

LOS GRANDES CRÍMENES

INFAMIAS DE UNA MADRE

(CONTINUACIÓN Y FIN DE "DOMINGA RIVADAVIA")

POR

EDUARDO GUTIERREZ



N. TOMMASI - EDITOR
BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD
DE LA
Municipalidad de Buenos Aires

INFAMIAS DE UNA MADRE

pat. 3595

DIRECCION DE BIBLIOTECAS PUBLICAS MUNICIPALES		310
N. ORDEN	17.070	
FECHA	11-12-16	
Ficha Material	821.134.2(82)-31	



INFAMIAS DE UNA MADRE.

En el paroxismo de la ira, Dominga tomó de la chimenea el punzón de atizar el fuego y dió un golpe á su hija con tanta violencia, que la pobre Edelmira cayó de espaldas bañada en sangre, sin pronunciar una palabra.

LOS GRANDES CRÍMENES

INFAMIAS DE UNA MADRE

(CONTINUACIÓN Y FIN DE "DOMINGA RIVADAVIA")

POR

EDUARDO GUTIERREZ



N. TOMMASI - EDITOR
BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



Los dos hogares.

Rivadavia miró con un placer infinito el casamiento de su hija que venía á librarlo de su continua preocupación: el porvenir de Dominga.

Su mayor deseo era no haberse separado nunca de ella, pero no quiso pedir á su yerno que viviera con él, consintiendo desde el primer momento que éste llevara á Dominga á casa de su familia.

Desaparecida, rota por decirlo así, su cadena de unión con Isabel, temía sobreviniera un rompimiento estruendoso y quería librar á su hija de presenciárselo.

Si se producía, él cuidaría de que fuese lo más silenciosamente posible y sin necesidad de esos reproches que agrían los ánimos y producen el escándalo.

Isabel no dijo tampoco á este respecto la menor palabra.

Comprendía que aquello era lo mejor y que su yerno no debería imponerse de ciertas pequeñas miserias, que podían muy bien aminorar el respeto que debía inspirarle su mujer y ella misma.

Iriarte se mudó con su espléndida esposa á casa de su buena madre, que creyó con esto completa su felicidad y la de su hijo.

Los nuevos esposos se amaban apasionadamente.

Iriarte, arrastrado por un cariño entrañable, no vivía sino pensando en aquello que pudiera ser agradable á Dominga.

Esta en cambio retenía sus más íntimas manifestaciones de cariño, por temor de perder el dominio que tenía sobre su marido.

Y de esta manera la jóven iba matando el amor purísimo que en un principio le inspirara el jóven, y que le sería perjudicial á la vida de libertad absoluta que había mirado siempre como su ideal.

Iriarte, completamente absorbido por el amor de su mujer y mareado por su belleza, creía ocupar todo el pensamiento de la jóven y cada vez más débil y más complaciente.

No sólo no era capaz de oponerse á los deseos manifestados por su esposa, sino que adivinaba para complacerlos en el acto, sus más frívolos caprichos.

—Eres bueno como pocos, le decía Dominga por toda recompensa: previsor de todo aquello que pueda serme agradable, te apresuras á proporcionármelo; ¡cuánto te lo agradezco!

—Mi vida está concretada exclusivamente á hacer tu felicidad, decía él: no quiero que á mi lado puedas tener un capricho sin satisfacerlo, pues el verte contenta y feliz constituye el más grato placer de mi alma.

Y pasaba largas horas extasiado en la contemplación de Dominga, cuya belleza parecía aumentar de una manera prodigiosa.

Sumamente astuta é inteligente, si Dominga no quería dar á entender á Iriarte que lo amaba y combatía aquel amor en su corazón mismo, con su suegra observaba un sistema muy distinto.

Para el mayor dominio del hijo era necesario dominar á la madre por el lado del corazón, para tenerla siempre de su parte, en cualquier cuestión que pudiera suscitarse.

Y refería á la buena señora cuanto amaba á su esposo, y cuán feliz se sentía de haberse unido á él.

—Es un alma santa, le decía, cuya exquisita delicadeza me conmueve y me subyuga: si no cambia, mi paso por la tierra habrá sido una estadía en el cielo.

Cada una de sus delicadezas y cariños, me muestra que si Dios me hubiese hablado al oído, no podía haber elegido un hombre más completo.

Ruégueme que no cambie, señora, que sea siempre lo mismo, y yo viviré y moriré teniendo que bendecirlo y bendecir mi unión.

—No temas, mi bella hija, respondía la señora completamente

engañada, él será siempre lo mismo, y sino, en mí tendrá su más severo juez.

Con estas manifestaciones de cariño, Dominga se había ganado á su suegra de tal manera, que si Iriarte le hubiera llevado alguna queja de su mujer, no hubiera obtenido más que una severa reprehensión.

—Comprende y aprecia el tesoro que tienes en tu esposa, le decía continuamente, y cuida que no disminuya el cariño y aprecio que te tiene.

Ocho días después de su casamiento, Dominga asistía á todas las reuniones y fiestas, como antes de su casamiento.

Ella se había manejado de modo que fuese Iriarte quien la llevase casi forzosamente, para estar á cubierto de las menores observaciones que pudiera dirigirle su suegra.

—No me gusta andar de fiesta en fiesta, le decía, porque me parece que esto se despega de una mujer casada; pero Iriarte se empeña y yo no quiero causarle el menor desagrado á él que no vive sino pensando en complacerme.

—Es justo que quiera lucirte, decía entónces la suegra, ayudándola muchas veces en su tocado: en ello no ofendes á nadie, hija mía: diviértete, diviértete cuanto puedas, que luego vienen los hijos y poco nos es el tiempo para cuidarlos.

—¿Los hijos? pensaba Dominga: si Dios me los manda no seré yo de las que se esclavizan al extremo de morir para todo lo que no sea el cuidar de sus hijos.

La juventud se ha hecho para gozarla: demasiado pronto viene la vejez, para que uno se anticipe á ella.

Dominga asistía á los bailes, ni más ni ménos que si fuera soltera.

Bailaba miéntras tenía con quien, recibía complacida los cumplimientos que se le dirigían, sin que su marido la preocupara en lo más mínimo.

Comprendiendo que su conducta podría haber mortificado á Iriarte y despertado sus celos que no le convenía existieran, borraba aquella impresión con estas ó semejantes palabras:

—Tengo que decirte una cosa que te será agradable y que me llena de suprema felicidad.

—Dilo, mi querida, que si en ello eres feliz, tendré que serlo yo mismo.

—En toda esa juventud brillante, entre todos esos hombres de mente unos, de talento otros, no he hallado uno solo que pueda comparársete.

Hay en tu noble fisonomía una expresión de bondad tan serena y plácida, que me hace pensar en las cosas de otro mundo mejor.

No se acerca á mí un solo hombre que no establezca yo una comparación, y hasta ahora te ha hallado superior á todos, pues tienes condiciones de corazón que no son comunes á los demás.

Soy feliz, y lo que es más, me siento orgullosa de mi felicidad.

Con estas palabras Iriarte enloquecía hasta la más completa ceguera, sentía remordimiento de haber tenido celos ó desagrado y decía allá en el fondo de su conciencia: soy un imbécil, ella me ama sobre todas las cosas y si se fija en otro hombre es sólo para apreciar cuánta supremacía hay en mí.

Así Iriarte iba adquiriendo una de aquellas confianzas que tan peligrosas suelen ser, y en las cuales un marido se vuelve un ente, que sólo vé y escucha por los ojos y oídos de su mujer.

Si álguien hubiera dicho á Iriarte: desconfía, tu mujer te engaña, hubiera sonreído de una manera complacida y lo habría contado á su mujer.

Esta era precisamente la situación que, con una habilidad imponderable, había creado Dominga á su marido.

—No tendrá un solo pensamiento que no me lo comunique, pensaba, y era esto realmente lo que sucedía.

Iriarte no se hubiera atrevido á pensar nada que pudiera haber mortificado los sentimientos de su esposa.

Mientras la hija pasaba esta vida feliz y venturosa, veamos lo que pasaba en el hogar de los padres, que su ausencia había transformado en un infierno disimulado.

—Entre nosotros no hay ya más amor, había dicho Rivada-

via á Isabel, después del casamiento de Dominga: no te molestes en fingirlo, porque yo ya no te lo creería.

Sin embargo no debemos romper, no por nosotros, sino por ella misma, en cuyo reciente hogar repercutiría cualquier escándalo del nuestro.

Es preciso entónces tener paciencia y seguir soportándonos, por amor á nuestra hija.

La vida de salón y de diversiones ha creado á tu corazón necesidades de galanterías que han muerto en tu alma el amor por mí.

No me quejo, porque yo soy de esto el único culpable: me apercibí de la cosa cuando ya no tenía remedio: paciencia entónces.

Lo único que te pido y que tengo derecho á exigir, es que no me pierdas el respeto, ya que me has perdido el amor, y que no me arrastres nunca en el terreno de la violencia.

Miéntas vivas bajo mi techo, esta será la única condición que te impondré, condición que por otra parte, será retribuída de la misma manera.

Isabel lloró, lloró profundamente ante las amargas palabras de su amante.

—Tú tienes la culpa, le dijo en medio de sus sollozos, porque me abandonaste; tú fuiste helando poco á poco todo el amor que para tí encerraba mi corazón, hasta que lo convertiste en un páramo.

—Ya no es tiempo de recriminaciones, porque los hechos producidos no tienen remedio: yo pude haber sido frío tal vez en mis demostraciones de afecto, pero el abandono de que tú me culpas no es exacto, no ha existido nunca.

¡El respeto! dijo así que se vió sola, ¡el respeto! ¿y lo ha tenido él acaso para mi amor, que le había sacrificado todo en el mundo? Si el respeto es la base del cariño, ¿puede existir el uno sin el otro?

Ante este pensamiento se había sublevado toda la soberbia altivez de Isabel Cires, haciendo brillar en los ojos algo que si Rivadavia hubiera visto, habría sentido miedo.

Isabel, siempre á la expectativa de lo que pudiera suceder, una vez que reaccionó de las amargas palabras pronunciadas por su amante, volvió á su vida de sociedad y de lujo.

Dueña de una buena fortuna, no necesitaba ocurrir al bolsillo de su amante para costear su lujo, deslumbrador muchas veces.

Y empezó á asistir como antes á todo género de reuniones y fiestas, dónde brillaba siempre, porque su hermosura era á prueba de años y sinsabores.

Y empezó á asistir como antes á todo género de reuniones y fiestas, dónde brillaba siempre, porque su hermosa era á prueba de años y sinsabores.

Entre los muchos hombres que galanteaban á Isabel aco-sándola de todos modos y halagando sus pasiones y sus sentidos, figuraba en primera línea don Pedro Gimeno, que tan tristemente célebre debía ser después.

Era Gimeno entónces un jóven de atrayente fisonomía y de lenguaje simpático y elocuente.

Profundo calavera ,vivía de la vida galante, poseyendo el arte de deslumbrar á las mujeres de cierto temple de carácter y de ciro alcance moral.

Maestro en encontrar y herir la cuerda sensible de cada mujer que le interesaba, se acercó á Isabel cuando el abandono de Rivadavia empezó á hacerse el tema de los salones; y la palabra «casamiento» fué el talismán con que hirió la cuerda sensible de la bella y codiciada amante.

Isabel, tan astuta y tan previsora, se engañó completamente respecto á Pedro Gimeno.

Lo creyó un mocito incauto y fácil de engañar sin más gasto que el de unas pocas promesas y á él fué á quien eligió como instrumento de venganza, para el caso que tuviera que hacer uso de él.

Isabel tenía pretendientes de más importancia que Gimeno, de mejor posición y de más peso, pero éste le parecía más manejable y fácil de adaptarse á su voluntad.

Gimeno podría ir hasta casarse con ella, lo que no haría ningún otro, dada su situación, y esto era lo que más la halagaba.

No era todo lo mismo dejar á Rivadavia para ir á correr una nueva aventura amorosa, que dejarlo para contraer matrimonio.

Quien sabe si aquel, picado por su amor propio y por el propio respeto á su hija, no se casaba para evitar el escándalo en que era él quién quedaba en un mal punto de vista.

Isabel cometi6 la inocentada de hacerse esos cálculos y empezó por hacer á Gimeno algunas concesiones, desde que él pronunci6 la sacramental palabra.

Don Bernardino Rivadavia estaba ent6nces en el apogeo de su gloria y esto mismo entraba en sus cálculos, pues por la misma posición de don Bernardino, su hermano no se atrevería á provocar un escándalo.

Sabe Dios á qué cúmulo de desgracias la habría conducido aquella creencia err6nea, si el destino no hubiera venido á favorecerla de cierto modo.

Su amante que hacía tiempo no gozaba de una salud firme, enferm6 tan gravemente, que las personas de su familia empezaron á temer un desenlace fatal.

En situación tan amarga, Rivadavia busc6 el seno de su familia, teniendo que dejar á la amante que su padre se negaba de recibir, pues jamás había querido que la recibieran en su casa.

Isabel se qued6 sola y á la expectativa de lo que pudiera suceder, creyendo que si la enfermedad tomaba un carácter fatal, su casamiento con Rivadavia, en artículo de muerte, sería el desenlace más natural de sus amores.

Y para evitar inconvenientes y contratiempos, se neg6 á recibir á sus visitas, diciendo que hasta que Rivadavia no se levantara de la cama, no recibiría más visitas que la de su hija y la de su yerno.

Pedro Gimeno corri6 ent6nces la misma suerte que los demás, aunque él se encontraba en un caso especial por las concesiones que se le habían hecho.

Estaba de Dios que Isabel había de equivocarse en todos sus cálculos, por más bien basados que le parecieran.

La salud de Rivadavia fué inspirando cada vez más sérios temores, hasta que llegó un momento en que se desesper6 de salvarlo.

Isabel enviaba diariamente á saber el estado de su salud, y siempre se le respondía que seguía lo mismo; pero ella, por su hija, sabía exactamente la marcha de la enfermedad.

Rivadavia agravó, y aunque tenía á su hija constantemente á su lado, no se le ocurrió un solo momento de pensar en un casamiento necesario.

—Háblale de mi, le dijo Isabel, dile que vivo en una agitación perpétua, y que quiero verle porque sé que está muy grave.

Pero Dominga se encontraba con esta otra prohibición de su abuelo:

—Si amas verdaderamente á tu padre, no le digas una palabra referente á su familia: mira que la menor impresión, aún las mismas que causa el placer más íntimo, podrían hoy serle fatales.

Dominga obedecía á su abuelo, porque amaba inmensamente á su padre y no quería comprometer su vida por haber desobedecido aquella previsora disposición.

—¿Le dijiste á tu padre el recado que te encargué? le preguntaba Isabel, y como Dominga le dijera que sí, saltaba en el acto con mil preguntas referentes á la contestación que debía haberle enviado su amante.

—Nada me ha contestado, respondía entónces Dominga: sonrió cariñosamente cuando le hablé de usted, y guardó silencio: está tan malo el pobre, que ni siquiera tiene alientos para hablar.

Isabel devoraba su impaciencia, pero no quería que su hija adivinara la causa: ésta creía que su matrimonio estaba secreto por razones de familia y no quería decirle la ingrata verdad que su padre no trataba de remediar.

Por fin el estado de Rivadavia llegó á un extremo en que, perdida toda esperanza, se esperó su muerte de un momento á otro.

E Isabel vió con amarga desesperación que su amante moría sin cambiar con ella su última palabra, su último beso.

Era el justo castigo que el cielo imponía á su falta.

Ella hubiera corrido al lado de su cama, pues en aquel momento amargo recordaba cuán feliz había sido al lado del joven.

• Pero ¿cómo entrar á una casa que le estaba cerrada? hubie-

ra sido exponerse á que la hubieran despedido de la puerta de una manera dolorosa.

Por fin el día fatal llegó y la muerte de Rivadavia se produjo como todo acontecimiento doloroso.

Isabel recibió el golpe en medio del alma: había amado á aquel hombre con toda la fuerza de su corazón impresionable y con él moría para ella un pasado que no se reproduciría más en su espíritu.

Isabel lloró con toda su alma la muerte de su amante.

Habría creído no amarle ya, se había sentido capaz de reemplazarlo con otro en su corazón y hasta olvidarlo; pero al perderlo paró siempre, arrebatado por la muerte, su espíritu había experimentado una violenta conmoción mostrándole que aún lo amaba, y que la impresión del primer amor es imborrable.

Con la muerte de Rivadavia, murió para Isabel una esperanza que á pesar de todo había alimentado: la esperanza de que el jóven se casara con ella.

Su posición ahora era sumamente vidriosa y difícil para una mujer como ella.

Poco á poco el recuerdo de Rivadavia fué empalideciendo en su imaginación herida por nuevas impresiones y nuevos pensamientos.

Su corazón empezó á mostrarle que aún existía para la vida del amor, y la imágen de Pedro Gimeno á grabarse en él más poderosamente.

Dejemos á Isabel Cires y sigamos á nuestra heroína Domingo, de quien ya empezaba á ocuparse la crónica picante de los salones.



El amor idólatra.

Existía entónces en la calle Potosí esquina á Chacabuco una **gran** tienda de un portugués Barbosa, que era donde se vestía la buena sociedad.

Los hijos de Barbosa estaban al frente de la tienda, lo que **les** valía estar relacionados con las principales familias que iban á hacer allí sus compras.

Jóvenes de buena conducta, frecuentaban las reuniones de **buen** tono, siendo generalmente estimados, pues hasta entónces nada se había dicho de ellos que pudiera ofender su buena reputación.

De estos hermanos era Cayetano el más alegre y bailarín, de quien se contaban algunas aventuras amorosas de buen género, en las que no entramos porque nada tienen que ver con nuestra historia.

Dominga Rivadavia, como todas las damas de la época, compraba en aquella tienda, y cuentan las crónicas que Cayetano Barbosa se **moría** por ella, al extremo de hacer sendas é interminables guardias por el solo placer de verla cruzar la calle.

La belleza arrobadora de Dominga la había vuelto soberbia y altanera.

Habituada á que todos se prosternaran ante sus encantos, miraba á los hombres con un desdén supremo, llegando su altivez hasta responder á un saludo como quien concede una gracia.

En los dos primeros años de su matrimonio había tenido dos

hijas, Hortensia y Eldemira, criaturas preciosas que constituían la más cara felicidad de aquel hogar.

La abuela había concluido por perder la cabeza con las nietas, á quienes cuidaba con un esmero y una pasión asombrosa.

Dominga nada tenía que hacer con sus hijas, pues la suegra le disputaba el derecho desde vestirlas hasta el de hacerlas dormir.

Y fingiendo complacer á su suegra con gran sacrificio de su cariño, se había emancipado de sus deberes maternos, procediendo con la misma libertad de siempre, sin perder paseo, reunión ó todo aquello que pudiera importar la más leve diversión.

Radiante de belleza y de tentación se presentaba en todas partes, deslumbrando con la luz de sus ojos á cuanto hombre se le aproximaba.

Y escuchaba las palabras de amor con una altivez suprema, sin siquiera dignarse tomarlas en cuenta.

Por esto nadie creía en los rumores que se esparcían sobre los amores con Barbosa, atribuyéndolos á venganza de algún amante desdeñado.

Y sin embargo aquel rumor tomaba más cuerpo cada día, alimentado por la constante presencia de la jóven en la tienda de Barbosa.

Dominga aceptaba las galanterías de todos sin corresponder á ninguna, destruyendo con esto cualquier rumor tendente á herir su buena reputación.

Así pasó el tiempo, tomando este rumor cada vez más consistencia, pero sin que hasta entónces ningún hecho práctico pudiera corroborarlo.

Fué entónces que la muerte vino á sorprender á Iriarte en medio de su mayor felicidad, y cuando ménos lo esperaban.

Una pulmonía violenta tomada á la salida de un baile, lo postró en cama y en cuatro días más concluyó con su vida.

Entónces los médicos eran escasos y los pocos que había no eran muy famosos que digamos, así es que una pulmonía grave revestía todo el carácter amenazante de una enfermedad mortal.

El general Iriarte hizo todos los esfuerzos que estuvieron á su alcance, llegando hasta á hacer traer médicos de Montevideo

para asistir á su hermano pero ya lo hemos dicho, todo fué inútil.

Iriarte se moría, y se moría de una manera desesperante, porque la pérdida de la vida en aquellos momentos no podía ser más amarga.

Pensaba que Dominga lo olvidaría, siguiendo la ley tremenda de la humanidad.

Iriarte se hizo traer sus dos hijitas á la cama, para darles el último beso y prodigarles su última caricia.

Aquel cuadro, aquella última escena de la vida fué terriblemente conmovedora.

—¡ Me voy! gritó Iriarte llevando sus manos á la garganta como si quisiera apartar el dogal que lo ahorcaba: siento que me ahogo y que ya no hay en mí fuerzas para luchar por más tiempo.

Dominga, alma mía, piensa en lo que me has dicho á las puertas de la muerte y no dar jamás otro padre á mis pobres hijitas....

La asfixia empezó su obra desesperante y pocos momentos después Iriarte rendía la vida en medio de la más tremenda desesperación y angustia.

Dominga sintió en el alma aquella muerte tan prematura, porque amaba á Iriarte y éste no le era de ningún estorbo para los planes perversos que empezaban á desarrollarse en su corazón.

Las voces de los amores con Barbosa, que habían cesado durante el tiempo que Dominga no se mostró en público, volvieron á sonar con más fuerza, y esta vez con más visos de verdad.

Barbosa era una visita infaltable en casa de la espléndida viuda y ésta pasaba largas horas en la tienda de Barbosa, revisando géneros y llevándose de ellos un buen surtido para su casa.

Si por casualidad se encontraban en algún paseo, era Barbosa el compañero obligado de la viuda, sin que los jóvenes de más rumbo pudieran arrancársela del brazo.

Sabiendo la señora de Iriarte lo que pasaba, quiso llamar á su nuera á una explicación, tomándole cuenta de su conducta en nombre de su hijo y de sus nietas, pero la respuesta de Dominga heló de espanto á la buena señora.

—¿ Piensa usted, señora—le dijo,—que yo voy á hacer correc-

ciones á las leyes de Dios que nos mandan olvidar á muertos y conformarnos con su pérdida, ó cree usted acaso que yo debo enterrar mi juventud y mi belleza porque á mi señor marido se le ocurrió morirse?

He de gozar de la vida hasta que la muerte me lo impida y los que no me quieran aceptar así, tal cual me ha hecho Dios, son muy dueños de darme la espalda, pero no consejos estúpidos que yo no pido y que no quiero aceptar en manera alguna.

Esta cuestión trajo un resultado violento que ocasionó un enfriamiento entre la suegra y la nuera, la que pocos días después se resolvió á irse á vivir con Isabel.

De esta manera quedaba más libre, y evitaba todo género de observaciones con respecto á su conducta futura.

La señora de Iriarte que había silenciado lo que sucedía y evitando tener una cuestión con Dominga por temor que ésta se llevara sus hijas, descendió de su actitud al ver el giro que tomaba la cuestión y las consecuencias que podían tener para ella respecto á sus nietas.

—Es justo, le dijo entónces cãmbiando de tono, que quieras pasar una temporada con Isabel, pero espero que no querrás llevarte también á Hortensia y Edelmira, porque nos harías mal á las tres.

Yo conozco todos sus gustos y ellas están habituadas á mí: te las mandaré todos los días si quieres, pero te pido no las saques de mi lado.

A Dominga le convenía por una parte no quebrar del todo con su suegra, y por otra de verse libre de la carga de sus hijas, así es que suavizando también la aspereza de su tono, dijo:

—Jamás he pensado en separar á mis hijas de usted, que tanto las quiere, pero tampoco es justo que me prive por completo de sus caricias.

Yo me voy á llevar á Hortensia para que me acompañe y usted se queda con Edelmira.

Dentro de unos días me llevo á Edelmira y le dejo á Hortensia, y así sucesivamente hasta que volvamos á reunirnos y estar todas juntas, ¿le parece bien?

La señora de Iriarte, que no se había atrevido á esperar tanto, aceptó sobre tablas aquella determinación, agradeciendo á su nuera el cariñoso obsequio que le hacía.

—Yo estoy muy grata, hija mía, porque Edelmira me consolará en algo de tu ausencia y la de su hermana, que espero en Dios no sea tan larga: no te hagas desear mucho, y aunque al lado de tu madre, piensa en mí, que te quiero doblemente, al recordar que eras la suprema felicidad de mi pobre hijo.

Desde aquel día Dominga se fué á vivir con Isabel, llevando á su hija Hortensia, condenada á respirar aquella doble atmósfera de veneno y á mantenerse en ella.

El desprendimiento de la madre robaba la inocente Edelmira de aquellos ejemplos fatales y perniciosos que iban á corromper su espíritu inocente y purísimo.

Isabel vivía ya con don Pedro Gimeno.

Unos decían que se había casado secretamente pero los más aseguraban que vivía con Gimeno como había vivido con Rivadavia, sin más vínculos que los del amor.

Fué en aquellos tiempos que se produjeron los acontecimientos políticos que engendraron la sangrienta tiranía de Rosas.

Don Pedro Gimeno empezó entónces á figurar como siervo de aquella infamante tiranía y á levantar á fuerza de uña y de bajezas la fortuna colosal que se le conoció al poco tiempo.

Fué aquella la verdadera época de apogeo de aquellas dos exuberantes bellezas, que figuraban como dos constelaciones en el cielo rojo de la Federación.

Muchos sostienen que los favores que obtuvo Gimeno y la impunidad con que arañó las arcas de la Capitanía fueron debidos á la belleza de Isabel que se prodigaba entre aquellos sombríos personajes; pero dejamos esto á un lado que no es de nuestra incumbencia.

Dominga, al lado de Isabel, no hizo sino entregarse por completo á la vida airada que había llevado desde la muerte de Iriarte.

Isabel tenía siempre por ella una ciega idolatría que contribuía además de su ejemplo, á que la jóven rodase hasta el último tramo de aquel camino fatal.

Sus amores con Bartosa, no interrumpidos á pesar de sus multiples aventuras de aquel género, fueron ya de una notoriedad evidente.

Ella misma reía picarescamente ante las bromas que con aquel motivo se le dirigían, contentándose con decir:

—Dejen gozar á cada cual de la felicidad que Dios le concede, sin preocuparse si la merece ó nó, pues desde que la tiene, es señal que la habrá merecido.

Pero sus amigos se burlaban de ella, asegurándole que no era permitido que tanta gracia y belleza fueran á manos de una persona tan destituida de toda condición que pudiera hacerla acreedora á tanta felicidad.

Ninguno pudo explicarse jamás, de una manera satisfactoria, el secreto de aquella constancia, en un mujer tan famosamente mudable como la viuda de Iriarte.

Gastando de una manera exagerada, Dominga había concluído con el poco dinero que le había quedado; pero la madre era para ella una mina inagotable, una caja sin fondo, de donde sacaba y sacaba sin saciarse jamás.

Pero esto poco perjuicio podía ocasionar á Isabel, pues lo que gastaba Dominga lo reponía multiplicado D. Pedro Gimeno, cuya *vindicación* no tardaremos tal vez en ver publicada.

Era tal la belleza de Dominga, tal la esbeltez de su cuerpo escultural y de una elegancia infinita, que á pesar de su vida vergonzosa y lamentable, se le veía continuamente rodeada de los hombres de más importancia y jóvenes más en boga que se disputaban una sonrisa suya, como el colmo de la felicidad.

Muchos llevaron su querella hasta discutirla con las armas en la mano, lo que llenaba de orgullo á la cruel coqueta, que un día de un escándalo por este estilo salía á lucirse por toda la ciudad, como haciendo gala de lo sucedido.

Su hija Hortensia y Edelmira iban criándose entretanto entre tan diversos ejemplos: la primera familiarizándose con aquella vida de escándalo perpétuo y sin la menor teoría de virtud; la segunda perdiendo las bellas condiciones de su espíritu con los ejemplos de una moral intransigente y de una virtud austera y arriba de toda ponderación.

Las dos hermanas se veían con frecuencia, ya en casa de una ú otra abuela, profesándose un cariño tranquilo é íntimo.

Ambas oían con un religioso recogimiento la palabra de la señora de Iriarte que les hablaba en nombre de su padre incitándolas al cariño más tierno y á la unión más íntima.

Hortensia solía pasar algunas semanas al lado de su hermanita, semanas que aprovechaba su abuelita en embeceller los naturales sentimientos de su corazón, enseñándole á odiar el vicio, mostrándole de una manera palpable, la noble misión de la mujer en el mundo.

—No se separen nunca, hijas mías, les decía, y serán bien acreedoras á la eterna bendición que desde el cielo les enviará su pobre padre.

Las niñas llegaron así á una edad en que fácilmente se daban cuenta de lo que pasaba al rededor de ellas, apreciando ciertos hechos de que antes no habían podido darse una exacta cuenta.

La vida airada de la madre llegó á no ser un misterio para ellas, lo que vino á ligarlas más aún, en el cariño que se profesaban.

Hortensia, más débil que su hermana, había sido dominada por la madre al extremo de ser gobernada por la sola expresión de la mirada.

Es que Dominga cuando se hallaba contrariada daba á sus ojos tal expresión de ferocidad, que la pobre niña temblaba como si la amenazara el mayor peligro.

Edelmira era de un carácter más varonil y decisivo, teniendo un valor más firme para afrontar una situación y sostenerse en lo que ella creía el camino recto, contribuyendo á la independencia de su carácter el haber vivido lejos de la madre, y sin que en su espíritu hubiera podido abrir brecha su ejemplo ponzoñoso.

Esto hacía muchas veces que las jóvenes tuvieran cierta manera diversa en apreciar ciertos hechos.

La continua presencia de Barbosa al lado de Dominga había levantado una invencible antipatía en el corazón de Edelmira, que ésta trataba de disimular para evitar que aquella se enojase.

Siempre que la jóven veía á Barbosa, su fisonomía adquiría

una expresión repulsiva marcadísima, teniendo que hacer un violento esfuerzo para contener los ímpetus de su corazón.

Hortensia á su vez había sentido la misma antipatía por aquella persona, pero la madre, conociéndola, la había dominado á tiempo, logrando cambiarla por una cariñosa simpatía á fuerza de prédica y ponderaciones de su amante.

Dominga había previsto que una enemistad antipática entre su amante y sus hijas podría traer fatales consecuencias, y había puesto todo su esfuerzo, no sólo en impedir que aquello sucediera, sino en infundir á sus hijas cierto cariño por aquel personaje, cosa que nunca pudo conseguir de Edelmira, en cuyo corazón hacían más fuerza los consejos de la abuela que las mismas amenazas de la madre.

El amor de Dominga por Barbosa era una pasión que la dominaba profundamente, tal vez sin que ella misma se explicara la causa.

Pero era una pasión que la conmovía y la llevaba á extremos de que ella misma no se hubiera creído capaz.

El amor de Barbosa había vencido en ésta hasta el mismo amor á los hijos, que ocupaba en su corazón un sitio muy secundario.

Y era un raro amor aquél, que la permitía andar de pasión en pasión y de corazón en corazón, sin que por esto disminuyera en un ápice la locura de que por él estaba poseída.

Por él había arrostrado el ridículo y la burla de sus mismos pretendientes á quienes quería agradar y que le echaban en cara lo que ellos llamaban una pasión risible, y por él había llegado hasta cobrar antipatía á su hija Edelmira, que no se doblegaba á su voluntad como Hortensia.

Y así se veía que aquel ser perverso, altanero y voluntarioso hasta el último extremo, se plegaba suavemente á la voluntad de su hombre inferior á ella.

Su misma madre llegó á afearle semejante pasión mostrándole que aquello no le convenía en manera alguna, y se rebeló contra la madre, asegurándole que si quería vivir en paz con ella no tocara jamás este punto.

Era tal la pasión de Dominga por Barbosa, que aún siendo éste un hombre insignificante, tenía celos, celos de que fuera á enamorarse de él alguna otra, y arrebatárselo por medio de un matrimonio de amor y de conveniencia.

E imaginándose en la desesperación en que la sumiría el abandono de su amante, llegó á concebir un plan monstruoso: casarlo con una de sus hijas, única manera de tenerlo seguro y perder para siempre este temor que se iba convirtiendo en pesadilla.

El plan era infame, digno sólo de un sér maldido y embrutecido por toda clase de vicios.

¿Pero que importaba esto á Dominga? ella quería á su amante sobre todas las cosas, tenerlo á su lado siempre y sin el peligro de perderlo, aunque para ello tuviera que despedazar el corazón de una de sus hijas.

Si hubiera sido necesario sacrificar á las dos, no se hubiera detenido, llevándolo á cabo con toda frialdad é indiferencia.

Ella tendría su amante, aún arrebatando el marido á su hija y convirtiendo su vida en un verdadero infierno de amarguras y sinsabores.

Pero aquella era obra larga y de difícil preparación.

Se requería mucho tiempo y mayor tino para preparar suavemente el corazón de la hija hasta producir sin violencia el hecho que deseaba.

Las niñas eran además muy jóvenes y había que tener paciencia hasta que llegaran á una edad conveniente, tiempo que ella emplearía en preparar el terreno de manera que le asegurase el resultado que buscaba.

Con una frialdad inconcebible en el corazón de una mujer, no ya en el de una madre, Dominga meditó su plan, el modo de desenvolverlo y los elementos de que había de valerse, para entregarse desde aquel momento á sembrar la primer semilla.

Faltaba ahora un punto importante á resolver: á cuál de sus hijas elegía como víctima de aquella iniquidad sin nombre.

Indudablemente la que más se prestaba por su carácter débil y por dominio que sobre ella ejercía, era Hortensia.

Edelmira era más independiente, de voluntad más firme y

que ya profesada á Barbosa una antipatía que Dominga estaba segura no poder combatir, ni aún por medio de fuertes castigos: al contrario, pues por este medio era expuesto que la antipatía se convirtiera en un ódio profundo.

La suerte de la pobre niña quedó así decidida desde el día que la madre concebió la infernal idea, que no se atrevió á comunicar ni al mismo Barbosa por temor que éste, horrorizado, la rechazara.

Porque Dominga comprendía perfectamente todo lo inícuo de un plan que podía rechazarlo el mismo favorecido; pero ya lo hemos dicho, por lograr su objeto hubiera sido capaz, no ya de sacrificar, pero aún de despedazar materialmente el corazón de sus dos hijas.

Dominga empezó desde aquel día á encomiar las virtudes del pobre tendero.

Con el pretexto de que era necesario se hiciera simpático á sus hijas, hacía continuamente que Barbosa le regalara á Hortensia todas aquellas fruslerías que encantan el corazón de una niña, encargándose ella de hacer el elogio del regalo y de quien lo enviaba.

—Pobre, mi amigo, le decía: tiene locura contigo y no piensa sino en todo aquello que pueda serte agradable.

Es necesario que tú le correspondas, hija mía, con todas las finezas que puedas y correspondiendo al gran cariño que te profesa.

Hortensia refería á su hermana todo esto, ponderando inoportunamente el cariño y las atenciones de Barbosa.

Pero Edelmira, con un terror instintivo, le decía:

—No te fies, no te fies, hermana mía, de ese hombre, ¡porque hay algo dentro de mí, que yo no me explico y que me dice que ese hombre va á labrar nuestra eterna desgracia!

—¡Pero si mamá misma me dice que es una persona excelente, de nobles sentimientos y que nos tiene un cariño paternal! respondía la inocente niña.

—Pero ¿de dónde va á nacer semejante cariño? respondía Edelmira: ¿qué motivos tiene para profesármolo?

Créeme, hermana querida, no te fies de él, porque todo eso es hecho con una intención que yo no alcanzo, pero que me hace temblar.

Mamá está ciega, hermana mía: ese hombre la domina, yo no sé por qué, y le hace creer cuanto se le ocurre.

Es preciso entónces que nos pongamos en guardia y observemos, no sea cosa que cuando acordemos ya el mal no tenga remedio.

Aquello no era exclusivamente el fruto de la observación de Edelmira, muy jóven aún para fijarse en las cosas del porvenir.

Todas estas eran ideas que le inculcaba hábilmente la señora Iriarte, que aunque no podía sospecharse el plan tremendo de Dominga, sospechaba que todos aquellos regalos y cariños eran hechos con un fin perverso.

Hortensia regresaba á su casa dominada por las ideas y temores que le había inspirado su hermana.

Pero bien pronto la voluntad y las ideas de la madre se imponían por completo en el ánimo de la niña.

Llegaba en seguida la noche, y junto con la noche Barbosa trayendo un nuevo regalo que Hortensia recibía halagada y convencida de que aquel hombre no obedecía más que á un sentimiento cariñoso al obrar así.

— ¡Pobre Barbosa! pensaba la inocente niña: ¡ Edelmira es injusta con este buen hombre! yo he de convencerla de que está equivocada.

Pero el convencimiento de Edelmira era superior á todas sus tentativas, como habia sido superior á los esfuerzos que en su corazón hizo Dominga.

— ¡ Esta criatura chúcara y díscola! decía Dominga Rivadavia, ¡ no parece hija mía! la educación que le dá esa vieja estúpida está echando á perder todo su carácter y modo de ser.

Es preciso que yo la traiga á mi lado para que por lo ménos se acostumbre á obedecerme sin tantos remilgos y tonteras.

Edelmira escuchó todo esto y vió que no le convenía ser franca y que era preciso disimular y mentir para conservarse al lado de su abuelita, por quien tenía un cariño inmenso.

Edelmira, de acuerdo con la señora de Iriarte, empezó á fingir que al fin se convencía que su madre tenía razón, y que Barbosa era un excelente sugeto, aunque para ello tenía que hacer esfuerzos supremos, pues aquel hombre había llegado á hacersele odioso, hasta el extremo que deseaba le sucediera cualquier desgracia que lo alejase de Dominga, alejando así el peligro de que se creía amenazada ella y su hermana Hortensia.

Dominga se engañó y demoró todavía el momento de traer á Edelmira á su lado, puesto que la niña había venido naturalmente al camino que ella quería traerla.

¿Había penetrado Barbosa el secreto del proceder de Dominga?

¡ Quien sabe! él se prestaba á todo cuanto su amante le indicaba, creyendo ó aparentando creer que el único motivo era el que se le dió al principio: que no quería hubiese la menor enemistad entre él y sus hijas.

Así empezó Hortensia á ser arrastrada al abismo en que la veremos rodar más adelante á pesar de los esfuerzos poderosos de su virtuosa hermana.



El amor de Facundo.

Y mientras Dominga se aseguraba de aquella manera monstruosa la posesión sin disputa del corazón de su amante, no por eso descuidaba sus aventuras amorosas que Barbosa parecía no notar, á pesar del carácter público que asumían.

El general Quiroga vino á Buenos Aires para combinar con Rosas un plan de dominio en las provincias del interior.

Quiroga vió un día en la calle á Dominga Rivadavia, y quedó deslumbrado.

No tenía la más remota idea de una belleza tan asombrosa.

Quiroga vió en Dominga un sér superior: quedó deslumbrado ante una belleza tan esplendente, para caer en un aturdimiento de que no tenía idea.

Era Quiroga un plebeyo bárbaro, de una grosería incalculable y de una soberbia infinita.

Hombre de grandes pasiones, y habituado á dominarlo todo, se encontró pequeño ante aquella mujer hermosa, y él que tenía toda la soberbia de su valor indómito y magnífico, se encontró cobarde ante la mirada de Dominga, é incapaz de soportarla con serenidad!

Era la fiera seducida por la hermosura.

Y sintió por primera vez de su vida el ser un bárbaro, puesto que sus condiciones físicas é intelectuales debían alejarlo de aquel astro humano, de aquel sol con formas de mujer.

Cuando Dominga pasó y salió él del círculo de fascinación en

Edelmira, de acuerdo con la señora de Iriarte, empezó á fingir que al fin se convencía que su madre tenía razón, y que Barbosa era un excelente sugeto, aunque para ello tenía que hacer esfuerzos supremos, pues aquel hombre había llegado á hacersele odioso, hasta el extremo que deseaba le sucediera cualquier desgracia que lo alejase de Dominga, alejando así el peligro de que se creía amenazada ella y su hermana Hortensia.

Dominga se engañó y demoró todavía el momento de traer á Edelmira á su lado, puesto que la niña había venido naturalmente al camino que ella quería traerla.

¿Había penetrado Barbosa el secreto del proceder de Dominga?

¡ Quien sabe! él se prestaba á todo cuanto su amante le indicaba, creyendo ó aparentando creer que el único motivo era el que se le dió al principio: que no quería hubiese la menor enemistad entre él y sus hijas.

Así empezó Hortensia á ser arrastrada al abismo en que la veremos rodar más adelante á pesar de los esfuerzos poderosos de su virtuosa hermana.



El amor de Facundo.

Y mientras Dominga se aseguraba de aquella manera monstruosa la posesión sin disputa del corazón de su amante, no por eso descuidaba sus aventuras amorosas que Barbosa parecía no notar, á pesar del carácter público que asumían.

El general Quiroga vino á Buenos Aires para combinar con Rosas un plan de dominio en las provincias del interior.

Quiroga vió un día en la calle á Dominga Rivadavia, y quedó deslumbrado.

No tenía la más remota idea de una belleza tan asombrosa.

Quiroga vió en Dominga un sér superior: quedó deslumbrado ante una belleza tan esplendente, para caer en un aturdimiento de que no tenía idea.

Era Quiroga un paisano bárbaro, de una grosería incalculable y de una soberbia infinita.

Hombre de grandes pasiones, y habituado á dominarlo todo, se encontró pequeño ante aquella mujer hermosa, y él que tenía toda la soberbia de su valor indómito y magnífico, se encontró cobarde ante la mirada de Dominga, é incapaz de soportarla con serenidad!

Era la fiera seducida por la hermosura.

Y sintió por primera vez de su vida el ser un bárbaro, puesto que sus condiciones físicas é intelectuales debían alejarlo de aquel astro humano, de aquel sol con formas de mujer.

Cuando Dominga pasó y salió él del círculo de fascinación en

que lo había encerrado la mirada de aquella mujer, preguntó quien era, diciendo: daría todo lo que valgo y todo lo que tengo porque esa mujer me mirara con cariño un solo instante: aquello debe ser como estar en el cielo.

Y Quiroga, por primera vez de su vida, tuvo una preocupación que le quitara el apetito y el sueño.

Dominga había visto al Tigre de los Llanos y se había sentido profundamente complacida ante el motivo de admiración y asombro que al verla hizo Quiroga.

Era la loba orgullosa de haber seducido al tigre y verlo arrastrarse á sus piés.

Aquellos dos espíritus se pusieron en contacto como los dos polos de una pila y el choque fué violento y sério.

Se habían reconocido y comprendido, encontrándose iguales.

Quiroga era un hombre feo y de una fealdad desagradable, sobre todo para una mujer.

Su ancha boca adornada por una barba cerdosa y negra, tenía una expresión desagradable y feroz, y sus mismos ojos, que eran su facción más bella, eran dos ojos sombríos cuya expresión dura hacía daño.

Dominga se enamoró del alma feroz de Quiroga cuyos actos de crueldad eran ya de todos conocidos, ó al ménos, si no se enamoró, encontró halagado su amor propio con el hecho de tener cautivo de sus encantos al feroz caudillo.

Quiroga estaba vencido, dominado por la mirada magnética de Dominga y por aquella belleza suprema de que ni siquiera tenía idea.

—Daría mi vida por esa mujer, dijo, y tendría miedo de ofrecérsela porque si no me la aceptara creo que hasta sería capaz de llorar.

Cuando dijeron á Quiroga que la conquista de Dominga no era cosa tan difícil y que podía emprenderse sin el menor temor, el Tigre de los Llanos tuvo una inmensa alegría.

—Soy tan fiero, dijo, que le voy á dar miedo, pero siempre en los grandes triunfos es preciso jugar algo: no se puede conseguir una gran victoria sin pelear fuerte.

Quiroga se preparó á aquel combate que iba á librar en terreno completamente vírgen para él, de la mejor manera que le inspiró su espíritu brusco y poco poético.

Una noche sonó una banda de música á la puerta de Dominga, que estuvo dando música hasta las doce de la noche, hora avanzadísima en aquellos buenos tiempos.

Esta era una de las tantas maneras que tenía Quiroga de declarar su amor.

Dominga estuvo escuchando desde la ventana aquella música, sumamente complacida, y hasta orgullosa de aquella pública manifestación que le hacía el terrible Quiroga, quien había mandado su ayudante á pedirle permiso para visitarla la siguiente noche.

—Diga usted al señor general, respondió la cortesana, que será el bienvenido y que estoy orgullosa de haber merecido tal distinción de un hombre de tanto mérito.

El general estaba radiante de felicidad ante aquella respuesta inesperada.

A pesar de lo que le habían dicho no creía hallar tanta facilidad.

Al día siguiente acompañado de uno de sus amigos, el mismo Pedro Gimeno, y cubierto con todos los entorchados y relumbrones de su grado, se presentó en casa de Dominga Rivadavia.

Esta por su parte había apurado todos los recursos de la más refinada coquetería, que hicieron brillar su belleza en todo su magnífico apogeo.

Quiroga, tan feo, y entre tanto galón y relumbrones de oro, estaba ridículo y grotesco, pero siempre imponente y feroz, porque esta era la eterna expresión que daban á su fisonomía sus ojos terribles.

Al ver á Dominga tan bella y tan magníficamente vestida, abrió la boca desmesuradamente y quedó aturdido como la vez primera que la vió.

Parecía una persona que había recibido un puñetazo en la boca del estómago.

Dominga sonrió satisfecha de sí misma al ver el efecto pro-

ducido y segura de que el tigre estaba domado y le pertenecía por completo.

Fué preciso que Dominga hablara, hiciera sentar al general y le preparara el terreno de acuerdo con sus deseos, de otro modo Quiroga no hubiera acertado á pronunciar una palabra en toda la noche.

Era, pues, Dominga quien hacía la corte al general y éste quien se dejaba seducir complacientemente.

Aquella era una situación verdaderamente celeste para aquel hombre, cuyas luchas amorosas se habían desarrollado siempre entre pobres é inocentes paisanas, que habían cedido siempre á las pretensiones del feroz caudillo por temor de causarle el menor desagrado y provocar su venganza, siempre terrible y sangrienta.

Por eso es que ante la belleza y la superioridad de Dominga, el caudillo estaba aturdido y como asistiendo á las ilusiones de una borrachera.

Y escuchaba su voz melodiosa y enamorada, estremecido de un placer de que ni siquiera tenía la idea más remota.

Fué tal el prestigio del acento de Dominga, que el general Quiroga, aturdido y tembloroso, pronunció estas palabras:

—A todo hay quien gane en esta vida, y usted, niña, me ha ganado á todo: á su lado me siento que no soy el general Quiroga, el Quiroga que yo he conocido siempre y cuya voluntad era inútil contrariar: me he convertido en un humilde asistente que no piensa ni obra sino por la voluntad de su oficial.

Estoy vencido, niña; mande y será obedecida, encontrándome feliz en recibir sus órdenes, pues ellas han de ser tan bellas como su cara misma.

Y pronunciadas estas palabras calló, como si con ellas hubiera llegado al límite de la audacia.

Dominga estaba extraviada ante su triunfo; tenía á sus piés al hombre más bravo y terrible de la República, convertido en un niño, sin más voluntad que lo que ella quisiera comunicarle.

Eran las dos de la mañana cuando Quiroga se retiró de la casa de Dominga, siendo necesario que ella se lo indicara, pues de otro modo no se hubiera retirado nunca.

—Eso no es una mujer, dijo á Gimeno echándole un tremendo terno cuando estuvieron en la calle: eso es un ángel, si es que en el cielo hay ángeles tan lindos.

Y aquí volvió á echar otro terno que llegó hasta asombrar al mismo Gimeno, tan habituado á escucharlos.

Quiroga no pudo conciliar el sueño en toda la noche, absorbido por completo en el recuerdo de Dominga.

De ella habló á sus amigos, á sus oficiales y cuando ya no tuvo á quien comunicar la noticia que llenaba su alma, despertó á sus asistentes y les hizo una pintura de Dominga, ordenándoles que al otro día trataran de conocerla.

—Ese es un sol que ha disipado todos los nublados de mi alma, dijo, y al que la encuentre y no se arrodille á su paso, le saco yo los ojos á azotes.

Y como era muy capaz de cumplir lo que decía, los pobres asistentes se echaron á temblar, deseando encontrar aquella diosa para hacerle los honores que el general había ordenado.

—Yo no soy nada sino un trapo de cocina, dijo á sus oficiales: esa mujer es el general Quiroga, y mañana á primera hora se presentarán todos en su casa á saludarla y recibir sus órdenes.

¿Quién se atrevería á contrariar la voluntad del terrible caudillo? Aquella fué una orden que cada cual se preparó á cumplir apenas llegara el momento fijado.

Al día siguiente la casa de Dominga Rivadavia parecía un verdadero cuartel general.

Todos los oficiales y tropa que formaban el séquito de Quiroga, se habían ido presentando sucesivamente á informarse del estado de su salud y pedir órdenes.

—Yo nada tengo que ordenar, respondía Dominga.

—El general nos ha dicho que pidamos órdenes, señora, pues es usted el general Quiroga; háganos el favor de ordenarnos cualquier cosa, porque es capaz de creer que hemos sido unos torpes y darnos cualquier castigo.

—Pues bien, digan ustedes al general, decía ella sonriendo, que no falte esta noche, que lo espero á tomar un mate.

Los soldados, pobres paisanos del interior, destituidos de to-

da inteligencia y habituados á obedecer exactamente las órdenes de Quiroga, apenas veían á Dominga se arrodillaban con el mismo fervor que lo hubieran hecho ante la imagen de una santa.

—¿Y esto, qué significa? preguntó ésta sonriendo ante aquella nueva locura de su tigre.

—No sé mi general, contestaban los pobres asistentes: el general nos ha dicho que usted es un sol y que nos arrodillemos cuando la veamos, para recibir el calor de sus rayos.

Esta era la manera que tenía Quiroga de enamorar á Dominga.

No se le ocurría que pudiera halagarse de otra manera el amor propio de una mujer, sino por los honores militares, que era lo único que estaba á su alcance.

Quiroga pensó en regalar algo á Dominga y pensó en aquello que á él mismo pudiera causarle más placer.

Y el resultado de sus reflexiones fué tratar á Dominga como lo habían tratado los que habían necesitado su influencia y su sangre.

Esa tarde se presentó en casa de Dominga un asistente, llevando una bandeja con algunos cartuchos cubiertos por un paño de encaje provinciano.

—El general Quiroga hace el amor con caramelos, dijeron las vecinas que observaban aquellos amores para alimentar la crónica escandalosa: eso prueba que cree que nosotras somos como las criaturas, que todo lo conceden ante un cartucho de caramelos.

Pero las vecinas padecían un error lamentable, porque lo que iba dentro de los cartuchos era una buena cantidad de onzas de oro que Quiroga había recibido como recompensa de servicios prestados y que pagaba á su vez como precio al amor que solicitaba.

Cuentan las crónicas de aquella época borrascosa, que las bandejas de cartuchos se repitieron con bastante frecuencia y que el famoso Tigre de los Llanos se adormeció más de una vez en el regazo de la aparente tórtola.

Aquellos amores frenéticos tuvieron escandalizada por mu-

cho tiempo á la sociedad de Buenos Aires, porque eran muchos los pretendientes de Dominga, y muchos por consiguiente los desairados por el amor de Quiroga.

Todas las noches después de la oración, una banda de música se situaba frente á la casa de Dominga y hacía oír sus acordes incesantemente hasta las doce ó una de la madrugada.

Quiroga, en traje de parada siempre y haciendo oír el ruido especial de sus grandes espuelas, se presentaba en casa de su amada á las nueve de la noche.

Los músicos entónces, muchos de ellos con la desesperación de la fatiga, hacían lo posible por seguir tocando, pues Quiroga era muy capaz de hacer una herejía.

Cuando la fatiga era ya insufrible, el director daba un poco de descanso, pero Quiroga, al no sentir la música, salía á la ventana y los hacía continuar con estas ó parecidas palabras:

—¡ Al primero que arrugue la trompa, aunque se le acalambre, salgo afuera y se la descanso á puñetazos!—cuidado con dejar de tocar, que la reina de la tierra escucha.

Y los pobres músicos se tragaban el cansancio, porque Quiroga hubiera cumplido su amenaza al pié de la letra.

Aquellas músicas verdaderamente espantosas, tenían desvelado al vecindario que salía á ver el grotesco espectáculo que ofrecía aquella pareja tan distinta bajo todo punto de vista.

Él, tan moreno y tan feo, frente á ella, tan hermosa y vestida de blanco, ofrecían los dos extremos en la escala humana.

Barbosa era también visita infaltable de la casa hasta cierta hora en que se retiraba, dejando el campo libre al general.

Algunos decían que Barbosa, convencido de que aquello no tenía remedio, toleraba los galanteos del general y hacía la vista gorda; otros aseguraban que era el miedo el móvil que lo hacía obrar así, y otros, en fin, decían que entretenido en galantear á la hija, poco se cuidaba del amor de la madre.

El hecho es que, parte por el respeto que imponía el general y parte por el dominio que sobre él ejercía Dominga, Barbosa no se atrevía á protestar del escándalo, que hacía recaer sobre él el más doloroso ridículo.

Barbosa además creía, porque Dominga se lo mandaba así creer, que sus relaciones con Quiroga no pasaban de ciertos galanteos que tenía ella que aceptar por altas conveniencias personales y de influencia entre la gente del Gobierno que necesitaba de Quiroga.

—Dominándolo yo, decía, me coloco en el sitio de una verdadera potencia frente al Gobierno que, para aprovechar los servicios de Facundo, tendrá que someterse á mis condiciones.

Y así era en realidad, porque Quiroga estaba tan dominado, que consultaba con Dominga todos sus pasos, imponiéndola de todos los secretos y manejos de la política de Rosas.

Y Dominga llegó á tener en realidad tal influencia en la política, que el Gobierno llegó á valerse de sus encantos para apoderarse de muchas voluntades que le eran completamente hostiles.

Todo el oro que se entregaba á Quiroga, á manos llenas iba á poder de Dominga que gastaba un lujo verdaderamente deslumbrador, puesto que disponía de sumas de gran importancia, entónces que mil onzas de oro constituían una fortuna seria.

Dominga había concluido por hacerse un verdadero personaje, una potencia política que dominaba á hombres de la mayor importancia.

Ella, como la madre, se habían afiliado en las filas de la Federación, que servían con alma y vida, hasta el punto de ser Dominga el más importante agente revolucionario del Gobierno, como lo veremos más adelante.

Cuando Rosas encargó á Quiroga la misión que le valió su asesinato, y que hemos narrado minuciosamente en nuestro libro *Historia de Rosas*, Dominga fué consultada ante todo.

Si aquella misión se llegaba á realizar, su preponderancia sería fabulosa y Dominga que no estaba ni podía estar en el plan de asesinato de su amante, consintió en que fuera, despidiéndolo amorosamente.

Anda, tigre mío, le dijo, y no te demores en volver; concluyendo tu misión y obrando con cautela, el interior de la República y el litoral mismo podrá ser nuestro.

¡Tú vés á ser el muro de granito donde se estrelle el poder

de Rosas, y quien sabe, quien sabe lo que nos guarda el destino!

Quiroga tenía una fé profunda en el talento de su amada y en sus vistas políticas no desmentidas hasta entónces.

Creía llegar, siguiendo sus consejos, al colmo del poder, y la obedecía ciegamente sin que se le ocurriese hacerle tan solo la menor observación.

Aceptó, pues, la misión que concluyó en el asesinato sangriento de Barranca Yaco, y emprendió aquel viaje que debía ser el último de su vida.

Cuando la loba supo el asesinato de su tigre, sufrió el más rudo contratiempo de su vida.

Todos sus castillos se vinieron al suelo, porque con la muerte de Quiroga desaparecía el único cáudillo á quien Rosas temía, y por consiguiente perdía toda la influencia que tan hábilmente había adquirido.

Ahora tendría que tentar nuevos rumbos y tender nuevas redes de seducción donde cayeran los que habían de levantar de nuevo el edificio de su influencia desmoronada en Barranca Yaco.

El tipo elegido entónces fué el mismo Rosas, quien comprendiendo de cuánta utilidad podría serle aquella mujer diabólica, trató de aprovecharla para deshacer los planes más importantes de la revolución unitaria, que se desenvolvía en Montevideo.

Barbosa aceptaba todos aquellos planes político-amorosos ya por la conveniencia que le tenía, ya porque no tenía otro remedio que aceptarlos.

Dominga á pesar de todas sus preocupaciones, no abandonaba en momento la ejecución de su plan monstruoso sobre la unión de Barbosa con su hija.

Á pesar de todo, el amor de Barbosa la dominaba, la arrastraba en una corriente de que le era imposible libertarse.

Si Barbosa se hubiera atrevido á fijar su atención en otra, hubiera visto entónces cuán terrible era el carácter de aquella mujer y hasta donde llegaba su maldad.

Todo el tiempo que le dejaban libre sus intrigas, lo empleaba en minar el corazón de Hortensia, inclinándola al amor de Barbosa, á quien pintaba como el bello ideal á que podía aspirar la jóven.

Conociendo todas las tendencias é inclinaciones de su hija, hacía que Barbosa procediera de acuerdo con ellas, halagando sus pasiones y sus mayores deseos.

—Sería el bello ideal para marido de una hija mía, le decía, porque estaría segura de su felicidad en esta vida.

La belleza del físico desaparece por mil causas, perdiéndose totalmente cuando ménos se espera.

La belleza que debe buscarse es la belleza del espíritu, la única que dura con la vida, y la única que constituye la verdadera felicidad.

Y aquí seguía siempre una pintura moral de Barbosa, que lo colocaba al nivel del hombre más completo que podía desearse.

Hortensia estaba completamente dominada y creía cuanto la madre le decía respecto á Barbosa.

El día que Dominga quisiera, se casaría con Barbosa, considerándose completamente feliz.

Dominga por otra parte cuidaba que su hija no fuera á ponerse en contacto con personas que pudieran atrirle los ojos y mostrarle otros horizontes que echaran á perder todo su trabajo.

Hortensia no iba á reuniones ni tenía intimidad con persona alguna.

Le permitía hablar con su hermana Edelmira, y eso en su presencia y porque creía haber destruído por completo la antipatía que su otra hija tenía por su amante.

Pero en mil momentos que podían hablarse sin testigos, Hortensia comunicaba á su hermana cuanto Dominga le decía respecto á Barbosa.

—Mamá está engañada lastimosamente, decía la jóven: Barbosa es un sérvulgar, incapaz de comprender y apreciar un espíritu delicado; no te fies de ese hombre, hermana, y por nada de este mundo vayas á ligar tu suerte á la suya, porque tendría para tí resultados funestos.

Pero Hortensia estaba tan trabajada por la madre, que creía que todo aquello era hijo del cariño exagerado que su hermana le tenía, y del ódio que profesaba á Barbosa, ódio disimulado ante la madre á costa de tanto sacrificio.

Así Hortensia quedaba condenada sin remedio al más amargo de los tormentos morales á que pueda sujetarse á una jóven.

Sólo se esperaba la oportunidad mejor para la realización de la infamia.

Barbosa, con la continuidad de estar próximo á la jóven y halagar por comisión todas sus pasiones y deseos, había concluido por sentir hácia ella un verdadero afecto, afecto que trató de ocultar á Dominga temiendo despertar sus celos y con ellos su cólera.

Porque no era lo mismo casarse con la hija, completamente indiferente á ella, y por coadyuvar á los deseos de la amante, que casarse enamorado, y caer precisamente en lo que Dominga quería evitar á todo trance.

Aquello habría sido desbaratar sus planes, y provocar á Dominga á una guerra abierta.

Barbosa temía á su amante como el mayor peligro que pudiera amenazarlo.

Sabía que era capaz de todo y que no se detendría ante ningún crimen.

Para darse el placer de poseer á la hija sin dejar de poseer á la madre, era necesario obrar con cautela, con gran cautela, porque Dominga era muy viva y muy difícil, por consiguiente, el engañarla.

—Dejemos que las cosas vengan naturalmente, pensó Barbosa, siendo más bien provocadas por ella que por mí, y así nada tendrá que reprocharme.

Si Barbosa hubiera sido un hombre vivo, ó hubiera estado en los verdaderos planes de Dominga, muy fácil le hubiera sido llegar á este resultado, tan solo con fingir un poco de abandono.

Pero no sólo él no estaba en posesión de la intriga, sino que temía como la peor desgracia que podía sucederle, la pérdida de su amor y se cuidaba de conservarlo en toda su pureza, sin que la menor sospecha se cruzara entre él y su amada.

Por estas razones, fingiendo obedecer á los planes de Dominga, servía á los suyos propios con una sagacidad digna de todo elogio, y con una cautela de que la misma Dominga no lo hubiera creído capaz.

Hortensia no sólo estaba habituada al cariño de Barbosa, sino que la frecuencia de su trato y las palabras de la madre habían concluído por hacer nacer en ella un sentimiento amoroso que se iba aumentando diariamente y creciendo á pesar de las observaciones de la hermana y de algo repulsivo que había en ella misma.

Barbosa ganaba terreno en el corazón de la jóven con perjuicio de todos los que tenían parte en la intriga.

Dominga, por su parte, para poder dedicarse con tranquilidad á sus intrigas políticas y de corazón, quería concluir prontamente aquella intriga de amores que era su constante preocupación.

Ya Hortensia estaba suficientemente preparada á secundar su plan y no faltaba más que poner en conocimiento de Barbosa todo su criminal alcance.

Decidida á terminar cuanto ántes, llamó á Barbosa y tuyo con él la explicación siguiente:



—El hombre es mudable por naturaleza, le dijo, y susceptible de caer en malas tentaciones.

Para evitar que caigas en una mala celada, yo he pensado casarte con Hortensia, no por ella ni por tí, sino para asegurarte á mi lado por este nuevo vínculo y evitar en lo futuro un cataclismo.

Quiero que siempre seas mío sobre todas las cosas y que puedas vivir francamente á mi lado, sin que nadie tenga nada que observar ni yo que temer.

Tú me conoces lo bastante para saber de lo que soy y de lo que no soy capaz: entónces es inútil te diga que te cuides, que no vayas á serme infiel ni siquiera en el pensamiento, porque ese sería el último día de tu vida.

Mi ódio tiene la misma intensidad de mi cariño: no lo pro-

voques, Cayetano, porque habrías llamado sobre tí todas las furias del infierno.

Y sus ojos, al decir esto, tomaron aquella expresión formidabile que borraba en ellos hasta su última lumbre de belleza.

Barbosa, al escuchar semejantes palabras, quedó sobrecogido de espanto: conocía á fondo á Dominga, y sabía que haría exactamente cuanto había dicho.

Aunque aquel plan lo horrorizó al principio, lo aceptó sin vacilar.

Por el momento obtenía la codiciada posesión de Hortensia, cualesquiera que fueran las consecuencias que vinieran después, y evitaba vacilaciones que pudieran desagradar á su terrible amante.

Es que Barbosa estaba así dominado por el amor incandescente y tolerante que le había inspirado su amada, y por el miedo invencible que le tenía, porque Dominga se le había impuesto no sólo como amante, sino como sér superior en carácter y en inteligencia misma.

Por nada de este mundo se habría atrevido Barbosa á contrariar un capricho de Dominga, ni siquiera con la significación de una mirada disconforme.

Así desde el primer momento y antes que aquella fuera á pensar que dudaba, aceptó la proposición como una orden perentoria.

—Yo haré todo lo que tú quieras, contestó, pues mi única felicidad es complacerte.

Puedes mandar sin tomarte el trabajo de explicarme tus órdenes, que serás obedecida de todo corazón.

Mi amor por tí no necesita precauciones de ningún género, porque para contrarrestarlo sería preciso un sér superior á tí y esto no lo hay sobre la tierra.

Haz, pues, lo que creas conveniente, que yo, obedeciéndote, me conceptúo completamente feliz.

—¡Sí, pero cuidado, mucho cuidado! exclamó Dominga, dejando brillar su mirada en toda su intensidad: en materias de corazón yo no reconozco vínculos sobre la tierra: tú podrías

engañarme con mi hija misma, pero cuenta entónces que á tí como á ella sería capaz de coserlos á puñaladas por mi propia mano: si yo te caso con ella, es porque así te aseguro para mí y nada más: ¡serás su marido en el nombre, nada más que en el nombre y en la apariencia, y cuidado con que ese título pudiera afectar tu corazón, porque lo afectaría de muerte! tú me conoces y basta.

Barbosa aceptó la proposición, sin atreverse á contrariarla. ¿Qué podía decir, además, cuando Dominga se la comunicaba como cosa decidida y contra la cual no había remedio?

Oponerse, hacer reflexiones tendentes á disuadirla, habría sido mil veces peor, pues ella hubiera pensado que ya él tenía sus planes de independencia, que habrían hecho á Dominga, sobre tablas, proceder en su contra.

Así quedó convenida aquella infamia sin nombre cometida por una madre contra el porvenir y la felicidad de una hija inocente.

Faltaba la segunda parte del trabajo, hablar con Hortensia; pero esto era lo más sencillo del mundo.

¿Qué resistencia podría ofrecerle la hija, hábilmente preparada para aquel resultado, y completamente inocente y ajena á los planes de la madre?

—Acaba de estar á verme Barbosa, le dijo, pidiéndote en matrimonio, y yo me considero feliz porque creo que es el mejor de los maridos que pudiera caberle en suerte á una hija mía: es un hombre sério, de responsabilidad, que te ama, y que estoy segura podrá labrar tu eterna felicidad.

—¿Quién mejor que tú puedes mirar por mi felicidad, madre mía? respondió aquel pobre ángel.

Si tu le crees así, yo nada tengo que hacer sino librarme por completo á lo que tú resuelvas.

—¿Pero lo amas tú? preguntó Dominga con voz ensordecida por los celos: ¿has pensado en él alguna vez para marido?

—Yo no, madre mía, ni sabía que él pensara en semejante cosa.

Lo estimo sólo por lo que de él me has dicho tú tantas veces: dichos que he visto siempre corroborados por sus obsequios y atenciones, pero nada más.

Tú me conoces bien, madre mía, y si algún proyecto me hubiera él revelado, habrías sido tú la primera en saberlo.

Así, si tú crees que debo casarme, me casaré, pero si crees lo contrario, lo haría también sin la menor violencia: es tu exclusiva voluntad la que ha de decidirlo.

Dominga observó un buen rato profundamente á la jóven, hasta que convencida de la sinceridad absoluta de sus palabras, le dijo:

—Pues bien, hija mía, estoy convencida de que al lado de ese hombre serás feliz, todo lo feliz que puede serse sobre la tierra: ¿quieres entónces que acceda á su pretensión?

—Es tu voluntad la que ha de decidirlo, madre mía: haz tú lo que quieras y dime solamente lo que has resuelto.

—Si ello es así y me hablas con el corazón, voy á dar mi consentimiento y el tuyo, para que se realice el casamiento lo más pronto que sea posible; pero ante todo quiero hacerte una prevención.

No vayas á decir de esto una sola palabra á Edelmira, porque sabiéndolo ella, lo sabría tu abuela, y ésta por solo el placer de mortificarme, sería capaz de intentarlo todo para hacerlo fracasar.

Yo te avisaré cuando puedas dar la noticia á tu hermana, sin peligro de que los demás se metan en cosas que deben serles indiferentes, pues ninguna de ellas, con más interés que yo, ha de velar por tu felicidad.

En seguida de esta conversacion Dominga habló nuevamente con Barbosa, quedando fijado el casamiento para quince días después.

Barbosa, á medida que llegaba el día fijado, pensaba seriamente en la situación que para él mismo podría traer aquel doble matrimonio, pero no se atrevía á resolver nada en su contra; amaba inmensamente á Dominga, pero la temía aún más de lo que la amaba.

Entónces pensó que lo mejor era aprovechar toda la felicidad que para él pudiera arrojar aquella situación é ir resolviendo las dificultades y contratiempos conforme se fueran presentando.

No varió, pues, en nada la regla de conducta que había observado hasta entónces: se mostró siempre obsequioso y atento con Hortensia, pero cuidando de hacerlo de manera que Dominga no viera en ello nada de malo.

La jóven entretanto se sentía feliz: apreciaba á Barbosa por lo que la madre le había dicho, y como no creía que ésta pudiera conspirar de esa manera contra su felicidad, pensaba que realmente aquel matrimonio debía convenirle.

Y consecuente con lo que había prometido, ocultó á su hermana lo que sucedía, aunque para ello tuvo que hacerse verdadera violencia, pues estaba habituada á hacerla participe de cuanto pasaba en su corazón.

Por fin, tres días antes del matrimonio y autorizada por Dominga, Hortensia refirió á su hermana lo que pasaba, con cargo de repetirle á su madre cuanto ésta le dijera.

Grande fué el asombro y el dolor de la pobre Edelmira al saber lo que sucedía, no escapándosele que aquella era la ruina de su querida hermana.

¡Es que Edelmira estaba en posesión de lo que sólo para Hortensia era un secreto: que Barbosa era el amante y el amante preferido de la madre!

¿Cómo haría para deshacer esta monstruosidad y desbaratar aquellos bárbaros planes?

A la pobre niña le costaba poner á su hermana en posesión del terrible secreto, pero era necesario á todo trance desbaratar el inicuo matrimonio.

No se le ocurrió nada mejor que consultarlo con su abuelita, y allí corrió en busca del mejor y más sano de los consejos.

La señora de Iriarte quedó tan aterrada como su propia nieta: era necesario desbaratar el plan, ¿pero cómo hacerlo sin que Dominga se apercibiera de todo y no les permitiera ver á Hortensia?—esta era la gran dificultad.

Con motivo de la noticia, que ya todos conocían, fué la señora de Iriarte á visitar á la nieta, con ánimo de darle á entender que debía resistirse á aquel casamiento, pero la astuta Dominga, sospechando algo, estuvo presente durante toda la visita.

Lo mismo sucedió al día siguiente, hasta que se convencieron que toda tentativa sería inútil y que era necesario dejar consumir el hecho.

Hortensia se casó con Barbosa, acontecimiento que hizo enfriar las relaciones de Dominga con su suegra, de cuyo lado retiró entónces á la gentil Edelmira.

Aquella noche de bodas fué la más sola que en su vida pasó Hortensia: no era Dominga persona de dejar á medias una cosa, ni exponerse á una derrota, aunque solo fuera en el deseo de Barbosa.

El alma recibe el golpe agudo del dolor y lo conserva; la vibración desesperada del espíritu estalla con la violencia del acorde terrible estremeciendo los medios ambientes del sentimiento, como el acorde mismo sigue la ley de las debilitaciones y el tiempo lo hace sentir al fin como un arrullo lejano.

¡Ah, sí, cómo un arrullo, á pesar de su desolación primera!

La expresión de la cara por el recuerdo de una muerte querida, cambia también con los años. Hace tiempo, mucho tiempo, la fúnebre amargura estaba en un semblante huérfano que hoy mira á los cielos como buscando el recuerdo de unos ojos en la mansa mirada de una estrella: hay dolor, pero hay también sonrisa: —el fondo de la expresión es un cariño.

Esto está en la ley de las cosas todas y la transformación, lo que vá haciendo la vida.

Pero hay también circunstancias en que los hechos cambian y el dolor se mantiene con toda la fuerza de su estallido primero.

Es que se vive ante la espantosa verdad que lo produce, situación tremenda que puede llevar hasta la misma destrucción del organismo:—así se muere de pena ó así se vá al manicomio.

La situación tremenda de la jóven, era de estas últimas.

La vírgen podía mirar á todos lados, podía sollozar con su dolor infinito, sin hallar ni una imagen ni un éco que respondiera su pena.

La soledad se hace sentir, no sólo por su misma personalidad vacía, sino porque en la ausencia de todo, ella hace, que los dolores como la tórtola bíblica, envuelvan después al alma no habiendo encontrado abrigo. Es como una reacción continua del dolor sobre sí mismo, la herida siempre renovada, la verdad constante con toda su fuerza que parte el alma haciendo estallar el sentimiento en los sollozos.

El alma se reconcentra de tal modo, de tal manera de todo se prescinde, que muchas veces nuestras cosas propias nos sorprenden como algo extraño que nos asusta.

Las lágrimas que surcan nuestras mejillas y que no hemos sentido correr, se enfrían insensiblemente y tocan con su hilo helado, sorprendiéndonos.

El sollozo escapado en un movimiento natural armónico á la situación del ser, solo lo apercibimos al oído como el sonido de una voz extraña.

¡ Ah! no estábamos solos: estábamos con nuestro dolor.

Tal era la situación de Hortensia, víctima inocente de una trama espantosa; su pena tenía el espanto de las cosas indefinidas cuya acción se siente.

El alma instintivamente analiza sus situaciones tremendas: cuando vé en ellas hay una base sobre la que todo se asienta, y la razón puede entonces actuar; pero cuando la situación afligida alcanza como un misterio, cuando no es posible conocer ni profundizar esa vaguedad maldita que nos hiere y nos domina, el terror de los desconocidos nos rodea, el espíritu se pierde en una niebla de lágrimas, niebla sin horizontes, y no se puede pensar sino sentir.

Hortensia estaba como el náufrago que con fuerzas para nadar ha perdido el rumbo bajo las aguas y no sabe hácia donde dirigirse para llegar arriba. Se ha perdido toda idea de colocación del cuerpo, no se sabe qué es arriba ni qué es abajo, y el agua sonora que rodea es la muerte inevitable por falta de una idea:

¡ Sola en la niebla de su pensamiento!



Cómo empieza y cómo acaba.

Las radiaciones en la acción del espíritu, son como las radiaciones de la esfera celeste: de un centro común, de un mismo punto, llevan á los polos opuestos, van á los mares helados del Norte, alcanzan las tierras misteriosas del centro del polo Sud reveladas por la geología moderna, tocan los colores de la línea ecuatorial y se pierden en el anillo húmedo que rodea la tierra en el espacio.

La desviación es al principio insensible, pero como la ley geométrica se hace á cada punto, á cada instante mayor, hasta que llega un momento en que el horizonte se pierde.

Es del amor de la mujer querida, es desde el centro mismo de los afectos del hogar paterno, que las pasiones suelen desviar su rumbo para llegar á la monstruosidad horrible de los crímenes en que corre la sangre de familia.

Es la misma pasión, el amor degenerando en sed insaciable de cariños, en hambre egoísta de afectos, que se hace avaro, sordido, implacable, malo, rencoroso y vengativo para todo aquello que cree puede serle un obstáculo ó un enemigo de la realización de sus deseos.

Los diversos organismos puestos en acción por esa pasión intensa hacen de un frío celeste una aureola rojiza y de los más nobles afectos del alma la abyección más miserable.

El cuadro sombrío que venimos trazando en la historia de Dominga Rivadavia, muestra el más palpitante ejemplo de estas

dolorosas desviaciones, en el proceso más ruidoso de este género que haya conmovido la sociedad entera.

Una mujer que quiere á un hombre, sin actuar en ella más fuerza que se conozca ella misma, que su propio amor, puede llevar al sér querido hasta el extremo último de la degradación moral.

El alma de ella quiere, quiere con avaricia y desea conservar el ser querido á todo trance, mucho más que el hombre rueda en un círculo de vida cuyos contactos son más frecuentes y en los que se halla por consiguiente expuesto á ser distraído á cada paso.

Entónces trata de establecer un predominio para disponer del hombre como de una cosa suya, mucho más si como en el presente caso, la mujer tiene un carácter habituado á imponerse, sea por las dotes del espíritu ó por las raras condiciones de belleza.

Aunque el espíritu femenino sea incuestionablemente superior al de su compañero, la acción superior no puede imponerse sin un ligero choque cuya rudeza está determinada por el grado de debilidad del carácter ópuesto.

La transición aquí empieza, é instintivamente ó por cálculo, la mujer comprende que mientras más bajo sea el nivel en que el hombre se coloca, mayor será su superioridad y su poder de dominación.

La pendiente de la degradación intencionada se hace ya más sensible.

En esta senda bien corta del trasformismo afectivo, se nota ya el rumbo completamente opuesto que el alma se propone.

El amor que empieza con todos los misticismos dulces de esa pasión celeste, la adoración íntima que se sucede por el ser querido que nos absorbe por completo, que nos subyuga, que nos arrastra trás de él y en que encarnamos todas las perfecciones y las superioridades; esa pasión, la más noble del alma, se transforma hasta el extremo de que quería engrandecer, se complazca en degradarlo.

Y sin embargo el alma se explica esta evolución por el cariño mismo.

Es que el fondo de esos sentimientos no es más que el egoísmo, los caracteres egoístas son los que son celosos, y son los celos los que llevan la mujer á esa pendiente.

Puede decirse que la medida del egoísmo la encuentra el ser en los celos, es decir, en los celos brutales que son la desconfianza del ser amado.

Los celos bajo este punto de vista, son una infamia, porque son la declaración de que á un ser querido se le supone capaz de traicionar el corazón confiado.

Los celos son la sospecha y la sospecha es una injuria.

El hombre que así procede, muestra á la mujer la pequeñez de su alma.

Es verdad que hay también celos de otra manera, celos que cuando se sienten son un movimiento justo, lícito y que en nada pueden ofender á la persona que los inspira.

El que siente dolor en el alma por no poder transformarse en el aire que aspira la mujer amada, el que envidia al batón ceñido que oprime sus formas, á la cinta que cae acariciando su espalda, á los encajes que tocan su cuello ó á la cortina que la acaricia en su paso, ese no siente una pasión mala.

Por más risueña que parezca la cosa, estos son los celos del loro, que muere porque la dueña acaricia otro animal.

A la mujer generalmente no son estos los celos que la asaltan, sino los celos desconfiados, los que con ó sin fundamento alguno creen que el ser querido va á abandonarla por otra.

Las mujeres dicen que tienen razón de pensar así, porque conocen los hombres; pero los hombres contestan que la cosa no es por conocerlos á ellos, sino porque una mujer conoce muy bien á las demás y la desconfianza no es precisamente de que el objeto se pierda, sino de que sea robado.

La mujer es un organismo que responde mucho más á su corazón que á su cabeza: es un ser sensible.

Devorada por los celos, se deja arrastrar de esta pasión maldita y sigue la pendiente fatal que la lleva sabe Dios hasta dónde.

Tal vez, bien analizados, los celos han sido el agente devorante que hizo obrar á aquella mujer de tal manera.

Dominga era celosa, quería á aquel hombre y era la ambición de no alejarlo de su lado y de cerrarle todo otro camino que el de su casa, lo que la hizo concebir el plan, que así se vá en la pendien-

te, bajando peldaño por peldaño hasta que se llega al penúltimo: el último está muy cerca, no hay que dar más que un paso; pero antes!... ; Ah! ; qué distante estaba!

Para establecer el predominio completo sobre un hombre, es preciso rebajar su espíritu, hacerlo inferior al de ella.

Esto puede perfectamente conseguirlo una mujer, aunque el hombre que tiene al lado no sea una persona mala: basta sólo que esté poseído de una pasión ciega ó que tenga la mayor de las desgracias de un hombre: debilidad de carácter.

Reunidas las dos cosas, la debilidad de carácter y la pasión por una mujer, el hombre no es ya dueño de sí mismo, absolutamente en ningún sentido. La esclavitud es dolorosa y abnegada, el hombre siente mucho más las penas que esa mujer le manifiesta tener, y la desesperación de ver aquella desventura sin motivo, disculpándola porque reconoce su fondo cariñoso, lo van haciendo ceder, lo van haciendo bajar y cuánto hay que callan por vergüenza las debilidades que han tenido y las cosas á que los ha arrastrado una mujer que quieren.

Y la mujer celosa no piensa en nada de esto: al contrario, vé con júbilo el descenso de nivel moral en su compañero, porque esto le va asegurando cada vez más su predominio.

Y así el amor celeste se vá transformando en una cadena de dolores que estallan de un lado y se pasan en silencio de otro, miétras tanto que una vez en la pendiente, se rueda en un abismo sin fondo conocido.

Y se rueda sin poderse contener cuando se llega á cierta profundidad.

Sucede en el organismo, lo que vulgarmente se dice «que se amolda».

Esto es, que las impresiones violentas de un mismo orden y que se suceden sin interrupción, en el ser que tienen vibrando en sus ondas, hacen impresiones tales, que lo mortifican por completo haciéndolo á su esencia misma.

El sér se modifica y sin duda las nuevas asimilaciones que se hacen bajo un movimiento dado, alteran y cambian la forma, lo que explica la evolución que transforma á un individuo sujeto mucho tiempo á un medio dado.

Un amor infinito, de esos que se hacen eternos, se forma sólo cuando las condiciones han permitido que la impresión sea continua sin que haya tenido ocasiones de gastarse. Lo mismo sucede con un ódio.

Un carácter débil sujeto continuamente á una dominación semejante, que se vá sin trégua imponiendo sobre la base de una pasión, al largo tiempo, «forma» el individuo á esa modalidad, de manera que no puede sustraerse á ella: está *hecho* ya á ese modo y no puede dar otros sonidos que esos: es un *instrumento*.

En el caso presente, había otra fuerza más que ya hemos indicado, y es que Barbosa quería á Hortensia.

Su afecto había ido gradualmente creciendo, y la disposición de Dominga á casarlo con la jóven, ni era una tendencia contraria á sus inclinaciones, ni se le presentaba como una imposición repulsiva. Era una solución de resultante ignorada.

El hecho de un casamiento semejante, es la prueba eficaz que puede dar la medida de la alteración del carácter de aquel hombre.

Así se empieza y así se sigue.

El análisis de la evolución de estos dos espíritus en la senda recorrida y fatal ¿qué producen que sea capaz de engendrar resultado de esa especie?

Un desequilibrio.

El matrimonio es una individualidad resultante formada por las condiciones propias del hombre y las de la mujer: razón y sensibilidad que se compensan y se suplen.

El hombre debe, pues, ser siempre el hombre, como la mujer debe siempre ser la mujer.

La absorción de las facultades de uno por el otro, la suplantación ó aniquilamiento de cualquiera de las dos individualidades, rompe el equilibrio y el desastre se sucede.

La armonía de la vida es un equilibrio de facultades diversas, desde la formación del aire y del agua hasta las modalidades sociales.

Todo desequilibrio trae inevitablemente la catástrofe.

No está de más apuntar de paso la evolución matrimonial y las pendientes del espíritu, estudiado sobre el natural en un hecho como el que nos ocupa.

Infamias de una madre.



El agente de Rosas.

Llegó la época en que el poder unitario asilado en Montevideo empezó á infundir sérios temores al gobierno de Rosas.

Los emigrantes eran muchos y todos se apresuraban á alistarse bajos las banderas que habían de dar en tierra con la infame tiranía.

Lo más notable y distinguido de la juventud argentina que había logrado escapar á la cuchilla de la « Mazorca » estaba allí ávida de entrar en pronta y eficaz acción.

Entre estos jóvenes que todo lo habían abandonado por el cumplimiento de deber cívico, se encontraban dos hijos de don Bernardino Rivadavia que no habían titubeado un momento en formar con sus compañeros y enemigos de la tiranía.

Bernardino, que era uno de ellos, era un joven inocente y noble, pero de carácter débil y fácil de dominar, sobre todo interesando su corazón sensible y apasionado.

Bernardino había tratado á Dominga, su prima, y había quedado locamente enamorado de ella: la belleza espléndida de ésta lo había deslumbrado y su corazón puro y ávido de cariños había temblado, y entregándose por completo al sueño de aquel amor idealizado por su fantasía soñadora.

Dominga había adivinado la pasión del joven y lo había alentado en lo posible con sus miradas ardientes y provocadoras, pero sin concederle la menor palabra de esperanza.

Bernardino, acompañando á su hermano, se había ido á Montevideo á tomar armas contra la tiranía, para engañar la desesperación de aquel amor que le había robado toda su tranquilidad.

Su jovialidad había desaparecido bajo la nube de tristeza que envolvía su espíritu, y taciturno y melancólico no vivía más que para pensar en aquel amor que lo tenía completamente dominado.

Las miserias de la vida de emigración y las fatigas del campamento no habían sido suficientes á distraer su desventura, y la espléndida imágen de Dominga no se separaba un momento de su mente soñadora.

En vano su hermano que lo quería con locura había tratado de arrancarlo á sus tristes cavilaciones.

—Es inútil, le decía, soy feliz con su recuerdo: es lo único que tengo de ella y quiero conservarlo sobre todo otro recuerdo.

El día que no la viera en mis sueños, sería capaz de volver á Buenos Aires, donde el puñal de la «Mazorca» concluyera de una vez esta vida desesperante.

Y mira, hay algo dentro de mí que me sonrío como una promesa de infinita ventura, y este algo es lo que alimenta mi vida, lo único que puede alimentar mi vida lejos de ella.

Alarmado su hermano trató de convencerlo de que Dominga no merecía una pasión de aquella magnitud.

—Excusa palabras y concluyamos con esto, le dijo un día; á esa mujer sería yo capaz de sacarla de la crujía de la cárcel y levantarla hasta mí; todo lo que de ella se dice son mezquindades dictadas por la envidia: esa mujer es un astro y no hay sobre la tierra atmósfera ni soplo capaz de empañarlo: no te empeñes, pues, en lo imposible, porque si quieres seguir insistiendo en tu propósito, concluiría por huir de tí como se huye de una calamidad.

El hermano abandonó entónces la empresa, convencido que no iba á lograr nada; sino tal vez el aumento de aquella pasión insensata, y Bernardino siguió viviendo del recuerdo, de la imágen de Dominga.

Y cada vez que tenía oportunidad de escribirle lo hacía lleno

de pasión y de caricias, tratando de mostrarle con frase vigorosa y galana todo el mundo de delicias que para ella encerraba su corazón.

—¿Quiéres que vaya á decírtelo yo mismo? concluía: ya sabes que por recoger una sola de tus miradas, sería capaz de desembarcar en Buenos Aires, jugando mi pobre cabeza que solo se alimenta de tu recuerdo.

Dominga recibía aquellas cartas llena de noble pasión, sin conmovirse y calculando sobre ellas, respondía siempre:

—De nada hay que desesperar en este mundo: espera tú que tal vez tengas tu galardón cuando ménos lo pienses.

Espera y calla y sígueme amando, que el amor, por indiferente que sea el objeto amado, cuando es constante es la gota de agua que concluye por perforar la piedra.

Y Rivadavia esperaba, esperaba feliz, porque entreveía una promesa que, por lejana que fuera, era siempre una promesa de su Dominga, de su espléndida Dominga que tanto amaba.

Los acontecimientos políticos y la necesidad que sintió Rosas de provocar la deserción en las filas unitarias, vinieron á favorecer, cuando ménos lo pensaba, los amores de Bernardino Rivadavia.

Dominga Rivadavia fué el agente que envió entónces Rosas á Montevideo, á provocar la deserción en las filas unitarias.

Al efecto debía entenderse con la viuda de La Rica, célebre criminal de que hemos de ocuparnos á su tiempo, y hermosísima mujer, harto conocida en ambas sociedades.

Pepa La Rica era en Montevideo, junto con otras mujeres de su especie y condición, uno de los agentes más activos de la tiranía.

Era su hermosura el resorte que ellas tocaban, para hacerse seguir hasta el campo de Oribe con aquellos jóvenes inocentes, de quienes se apoderaban haciéndoles creer en un amor sin límites.

Figurando entre el ejército unitario los jóvenes más distinguidos de la familia argentina, fué en éstos en cuya deserción pensó principalmente Rosas, para poder decir que entre sus enemigos no formaban los hombres conocidos por su valor, sino los entes oscuros que iban buscando el lucro ó habían sido arrastrados á su pesar.

Así es que su ateción malvada se fijó en los hermanos Rivadavia, cuyo respetable apellido quería arrancar de las filas unitarias.

—Es necesario que los hermanos Rivadavia vengan con nosotros, dijo, ó por lo ménos que nō figuren entre ellos.

—Pues eso es lo ménos para mí, contestó Dominga— los Rivadavia no quedarán en el ejército unitario sino el tiempo que yo necesito para ponerme en contacto con ellos.

Bernardino hará ciegamente lo que yo le indique, poniendo á mi servicio toda la influencia que tiene con su hermano.

—Pues mano á la obra, concluyó el tirano, y el día que los Rivadavia estén en Buenos Aires te daré lo que me pidas.

Desde aquel mismo día Dominga se puso en combinación con Pepa La Rica y otras damas que después han figurado en la primera sociedad, y á los tres días se ponía en viaje.

En Montevideo, tanto Dominga como Pepa eran conocidas como mujeres bellísimas y de vida airada; el crimen monstruoso que había originado el destierro de la segunda, todos lo conocían, pero á nadie se le ocurrió sospechar que aquellas fueran agentes de la tiranía de Rosas.

Se les acogió con alegría, siendo rodeadas al momento por la juventud más traviesa y brillante.

Fué sobre Bernardino que se dirigieron los primeros tiros de Dominga, puesto que era él el objeto de su viaje.

—Te amo más de lo que tú piensas y más de lo que podrás pensar, le dijo Dominga la primera vez que lo vió, bañando su fisonomía artística de una expresión apasionada y lánguida.

¡Tú eres el único objeto de mi viaje, pues he temido que, no comprendiéndome hicieras una locura, y aunque esto me cuesta el abandono de todo, aquí estoy á tu lado para decírtelo y repetírtelo hasta el patíbulo!

Aquellas palabras hicieron en el jóven Rivadavia el efecto de una mecha aplicada á una Santa Bárbara.

El estallido de la pasión fué violentísimo por la misma comprensión en que había estado tanto tiempo.

—¡No hay sobre el mundo, le dijo, melodía comparable á tu

palabra celeste, alma mía! con ella has disipado el infierno maldito en que estaba sumido mi espíritu y las ideas de muerte que empezaban ya á enfermár mi cerebro.

El mundo tiene hoy para mí, bajo los rayos abrasadores de tu amor divino, un aspecto de encanto que se siente vigorosamente, pero que no se puede expresar ni pintar.

Bendita entónces tú, que en mi hora de mayor tribulación, vienes á arrancar mi alma de su noche de infinito duelo.

¡Soy tu esclavo, amada mía: manda en mi espíritu como el viento manda en las olas del mar!

Y cayó de rodillas á sus piés, que arrebató y cubrió de besos.

Dominga sonrió como el demonio sonreiría, si existiera, ante el réprobo.

Fué aquella la risa con que Mefistófeles saludó el abrazo de la ventana: el espíritu perverso estaba satisfecho de sí mismo.

—¡Y habías dudado de mí!—exclamó aquel diablo:— bien sabe Dios que has sido la eterna preocupación de mi espíritu.

Irradia sobre mí la luz de tu mirada:—yo te amo inmensamente.

Rivadavia estaba loco de amor y de alegría, le parecía que aquello era un sueño, un horrible sueño y para asegurarse que no dormía se mecía con ambas manos y se mordía los lábios hasta hacerse sangre.

Y Dominga lo miraba con sus ojos de astro y lo bañaba con una expresión de infinita melancolía.

—Yo no quiero que expongas más tu vida, continuó, tu vida que me es más preciosa que la mía misma, pues ya ves todos los peligros que he desafiado para estar contigo.

Es necesario que te dejes de estas aventuras y te vengas conmigo, lejos de intrigas y peligros, para entregarte á la felicidad imperecedera que te brinda mi amor.

—Pero yo no puedo, exclamó el jóven dolorosamente sorprendido: yo no puedo sustraerme á los compromisos contraídos, al honor empeñado, desertando la más noble de las causas.

—No hay causa más noble que la de nuestro corazón, amigo mío: á ella es á la única que nos debemos y por la única que no podemos mirar atrás.

¿Qué vas á ganar tú con el triunfo de la causa unitaria ó federal? ¿qué pasión puede arrastrarte de uno ú otro lado?

Ven conmigo y deja los locos é ilusos que te arrastran á la ruina, pues ruina es la guerra contra un poder inmenso como el de Rosas; ven á mí que te tiendo los brazos dándote mi corazón y mi alma.

Rivadavia gimió de una manera desesperada: el sacrificio que se le exigía era enorme, pues tenía que faltar á su fé de caballero empeñada y á sus sagrados juramentos de luchar hasta la muerte.

Pero ahí estaba Dominga que le tendía los brazos, Dominga que lo amaba con locura, Dominga que representaba todos los halagos de su imaginación soñadora y de su corazón ardiente.

¿Cómo renunciar á todo esto? ¿cómo decirle: no quiero seguirte, prefiero mis compromisos políticos á las aspiraciones de mi alma?

La misma vacilación le parecía un crimen: tendría que arrostrar la sonrisa compasiva y tal vez el desprecio de sus hermanos de causa: ¿pero no estaba suficientemente compensado con el amor de Dominga?

—¿Vacilas? preguntó ella arrugando el gracioso entrecejo: ¿vacilas entre ellos y yo? bien, quédate con tus amigos si crees que valen más: yo habré escuchado un desengaño que no esperé jamás: sé feliz mientras yo lloro y despidámonos para siempre: ¡no volveremos á vernos más!

—¡No seas aturdida! gritó Bernardino fuera de sí y tomando entre las suyas una mano de Dominga.

Yo no vacilo, pues tú estás para mí antes que todo en este mundo: pero fijate que lo que me pides es enorme.

—Es que te pido mucho más de lo que tú crees, dijo ella, segura del dominio que ejercía sobre el jóven: yo quiero que tú vengas conmigo á Buenos Aires, que nos casemos, y que olvidados del mundo entero, no vivamos más que para nuestro amor.

Tú no eres un aventurero, pues posees una posición desahogada y espectacular; ¡huye del caos á que te arrastran y ven conmigo, yo te amo!

Y dejó caer sus manos aristocráticas sobre los hombros del jóven.

—Mira que el desprecio que caiga sobre mí te caerá encima de rechazo: mis amigos no me dejarán ir bajo ningún pretexto y para dejarlos tendría que desertar, que huir como un cobarde.

—¿Y qué te importan las apariencias cuando sabes que son otros los móviles que te impulsan? si tú no cometes acción despreciable, deja que piensen como quieran: tú tienes mi amor grande, abnegado y este no ha de disminuir por la opinión que quieran formar los tontos de la tierra.

De otro modo sería yo quien se arrepentiría de haber basado toda su felicidad en el espíritu de un sér pequeño y ruín.

¿Qué valen todas las miserias que me pintas, comparada con la fuente inagotable de mi amor? lo que vale la miserable vida de la criatura humana comparada con la felicidad eterna de la mansión de Dios.

Desengáñate, Rivadavia: la opinión de los hombres no vale la pena de darse vuelta para escupir, porque ella la hace variar con un puñado de oro.

Nada hay eterno en la vida más que el amor que liga á las personas con el misterioso y divino lazo del cariño eterno.

¡No vaciles, Rivadavia, ó me avergonzaría de mí misma!

La situación del pobre jóven no podía ser más violenta.

De un lado lo arrastraban sus compromisos de honor, sus sentimientos nobles, sus pasiones políticas y los principios sagrados que consagró á su partido.

Pero por otro lado lo arrastraba su amor, la suprema belleza de Dominga, el rayo de sus ojos, sus pasiones de hombre jóven, enardecidas por aquella boca donde asomaba un mundo de ventura sin límites y por aquella palabra tierna y apasionada donde vibraba una melodía que lo hacía temblar á cada nota, á cada acento.

Rivadavia comparaba, y en la comparación salía triunfante Dominga que había sabido herir hábilmente las fibras de su corazón.

—Y bien, preguntó ella al verlo trémulo é indeciso: ¿debo prepararme á huir al infierno de mi vida, ó tú corazón responde exactamente al juicio que de él me había formado?

Es preciso que te decidas pronto, porque mi permanencia aquí no puede prolongarse: no sé por qué me creen ligada al partido federal y estoy entre enemigos puede decirse.

—Pero ¿por qué no te quedas aquí conmigo? ¿por qué me obligas á arrostrar el desprecio de mis amigos?

—Porque aquí tu vida corre peligro como corre la mía misma: porque sería yo el blanco del ódio de tus mismos amigos y no nos dejarían gozar en paz un minuto de nuestra felicidad.

¡Vámonos á Buenos Aires donde viviremos tranquilos, lejos de intrigas y de miserias: ese es el camino que nos aconseja la prudencia!

—Pero ¿y mi hermano? ¿cómo lo deje aquí expuesto al ódio y la desconfianza que mi deserción haría nacer en su contra? ¿cómo levanto de sobre su cabeza la tormenta de ódio que voy á provocar?

—Muy fácilmente: habla con él, convéncelo y que venga con nosotros: en Buenos Aires será feliz y créeme, lo arrancarías á un sério peligro, pues esta campaña es insensata.

Yo vengo de Buenos Aires, yo aprecio sin pasión la situación y los hechos y te aseguro que al poder de Rosas nada lo conmueve.

Se necesitaría un ejército que ustedes no tendrían nunca, y una buena mina de elementos para dar en tierra con el poder de Rosas: ahora el sacrificio vá á ser estéril y sangriento.

Tráelo á tu hermano, dile que se venga, que no sea majadero y le habrás salvado la vida, ó lo que es peor, lo habrás arrancado á una existencia miserable y á un porvenir rodeado de tinieblas.

Bernardino pretendió luchar, pero fué inútil: estaba vencido de antemano.

—Bien, dijo, te lo sacrificaré todo, todo por completo, que no quede nada en pié más que nuestro amor, nuestro amor eterno y profundo.

—Así es como quiero verte, grande y generoso, abnegado y noble, comprendiendo las miserias de la vida y el mundo de ventura que te ofrezco: todo por y para nuestro amor, que lo único

que podrán reprobarle será que no hayas hecho una locura im-
perdonable.

Dominga había así triunfado de una manera completa sobre el espíritu de Bernardino Rivadavia, que se había decidido hasta emprender una campaña de seducción sobre su hermano y arrastrarlo á la deserción.

Estaba poseído por aquel espíritu satánico, y en aquellos momentos, bajo su soplo, hubiera sido capaz de todo.

Desde aquel día frecuentó á cada momento la casa de Dominga, arrastrado por su amor ciego y poderoso.

Algo había hablado con sus amigos de causa, pero unos habían querido disuadirlo y otros le habían afeado su proceder.

No le quedaba más camino que la deserción, y esto era siempre doloroso para un hombre de sus condiciones y de su posición.

Y sin embargo, la misma repulsión que sentía no bastó á hacerle tomar una resolución salvadora.

Amaba á Dominga con toda su alma y su corazón tendía naturalmente á complacerla.

Esta vió que pasaban los días sin llegar á nada práctico, y segura de la influencia que ejercía en el ánimo del jóven, se decidió á apurar el resultado.

Pero llegado el momento de obrar no se sintió con ánimo suficiente para consumar la acción desdolorosa que se le exigía.

Dominga recurrió entónces á su último recurso para obligarlo á dar el paso fatal.

—Yo no puedo permanecer más en Montevideo, le dijo: aquí me miran como un enemigo: yo no sé por qué se desconfía de mí y se me hace una guerra sorda y ruin: yo voy á salir hasta el ejército de Oribe, donde estaré más segura, y allí te espero.

Todo lo tendré pronto para complacerte en cuanto llegues y aún me casaré si así lo exiges: ¿quieres más?

—Sí, quiero más, exclamó Rivadavia en un arranque de pasión: quiero que me des la seguridad de que no me engañas, y que te casarás conmigo.

—¿Dudas de mí?

—Tengo miedo.

—Pues dime de qué manera he de darte la seguridad que me pides, y te complacerá en el acto.

—Pues bien, cásemonos ahora mismo.

—Jamás en Montevideo; vamos hasta el campo de Oribe y allí nos casaremos.

—Yo no puedo ir allí: sería preciso desertar y entónces tengo miedo que no te resuelvas á hacerlo.

—Pues bien, allí me casaré por poder: dame un poder para tu amigo el coronel don Gerónimo Costa, y me caso en seguida de llegar.

—Bien, acepto, terminó Rivadavia estrechando á Dominga entre sus brazos: yo te juro que en cuanto reciba la noticia de tu casamiento, en el acto me pongo en camino y dos ó tres horas después me tienes á tu lado para no separarnos más en la vida.

—Convenido, respondió Dominga, dando á Bernardino su primer beso; beso que debía concluir de enloquecer al jóven: ahora mismo me pongo en camino y mañana tendrás noticias mías.

Rivadavia extendió allí mismo su poder para que el coronel Costa lo representara en el acto de su matrimonio con Dominga y lo entregó á ésta, que aquella misma tarde salió de Montevideo dirigiéndose al campo del general Oribe.



Los desertores.

El triunfo de Dominga Rivadavia como agente de Rosas, quedaba asegurado.

Los dos hermanos abandonarían las filas del ejército unitario, como las habían abandonado ya otros jóvenes distinguidos, que habían cedido á las influencias de Pepa La Rica y las otras damas que desempeñaban tan innoble misión.

En cuanto llegó al ejército de Oribe, se ocupó del asunto que la llevaba.

Oribe que la conocía y que estaba al corriente de la misión que desempeñaba, rió mucho al saber el asunto que allí la llevaba.

—Pero, muchacha, exclamó, así te inutilizas para seguir sirviendo á la causa.

—No crea usted, amigo mío: aseguro las dos deserciones más importantes, puesto que ellos arrastrarán muchos más; en cuánto á mi espíritu, eminentemente libre, ya buscaré medio para deshacer el dogal que hoy se echa al cuello.

Aquella misma noche se vió al coronel Costa, al capellán de ejército y á la madrugada siguiente quedaba consumado el inesperado matrimonio.

«Por la carta del coronel Costa que te adjunto, decía Dominga á Bernardino, al siguiente día, verás que te he cumplido mi promesa: eres mi esposo, mi muy amado esposo.

Ahora espero que me cumplas la tuya y que no me hagas

Vén, alma mía, que te espero con el corazón verdaderamente estremecido.»

Aquella carta concluyó de trastornar el cerebro al pobre joven: los dos hermanos no quisieron separarse en tan distintos rumbos, donde el día ménos pensado podrían encontrarse con el fusil en la mano uno enfrente del otro, y aquella misma noche abandonaron las filas unitarias, y se dirigieron al campo de Oribe.

«Los dos Rivadavia están en mi poder y en el ejército de Oribe, escribió Dominga á Rosas aquel mismo día; soy, pues, su acreedora.

A esta deserción seguirán otras muchas de igual importancia y los unitarios se quedarán sin los hombres que más necesitan: pronto nos veremos.»

La desaparición de los jóvenes Rivadavia produjo el efecto más triste y doloroso entre los unitarios, no sólo por el elemento que con ellos perdían, cuanto por el prestigio que representaba aquel apellido ilustre.

Al principio se les buscó creyendo que andarían de paseo: al día siguiente se temió les hubiera sucedido algo, hasta que al fin tuvieron que convencerse de la triste verdad.

Los hermanos Rivadavia habían desertado las filas de la noble causa: allí estaban sus armas, sus ropas y sus cosas más necesarias.

Aquello era triste, porque importaba la moral rota, la fé perdida y la defección más dolorosa.

Desde aquel día las filas unitarias empezaron á sufrir deserciones una trás otra, siendo lo peor que estas se producían siempre entre los jóvenes más distinguidos y que más confianza inspiraban.

Y tantas fueron las deserciones, que la autoridad de la plaza pensó que aquello no podía ser regular, que había allí un misterio que era forzoso aclarar para impedir que siguiera el mal tomando cada vez más cuerpo.

De las pesquisas practicadas y averiguaciones hábilmente hechas, no tardó en conocerse la verdad sabiéndose que Dominga Rivadavia, Pepa La Rica y otras damas, tanto argentinas como o-

rientales, eran las encargadas de fomentar la deserción usando para el mejor éxito hasta de su propia belleza.

Y la autoridad arinó sus trampas para que sin sospecharlo, estos agentes de Rosas, tan peligrosos por los medios que usaban cayeran en el garlito.

Dominga Rivadavia, una vez que obtuvo la deserción de los dos jóvenes, había vuelto á la plaza para llevar á cabo otras más.

Bernardino había seguido viaje á Buenos Aires hábilmente engañado por su flamante esposa, que poseía para este género de intrigas un talento especial y admirable.

Lo había convencido de la urgente necesidad que tenía en quedarse en Montevideo un solo día, y él había consentido con la mayar inocencia.

Obtenido el conforme por un día, fácil le sería quedarse por diez, alegando mil pretextos del estado de sitio, que le podía muy bien impedir la salida.

Dos hermanos Galindez y un joven Fernandez fueron tocados por la cortesana para que siguieran el ejemplo de los Rivadavia.

Y tan hábil anduvo, que al poco tiempo los había seducido con promesas de un amor imperecedero.

Los jóvenes habían convenido en desertar y lo tenían todo listo, cuando la autoridad, que al verlos relacionados con Dominga les seguía la pista, les echó el guante y los redujo á prisión, para ver si podía arrancárseles algo sobre Buenos Aires.

Pero todo fué completamente inútil, puesto que ellos mismos no sabían siquiera el resultado que todo aquello podía tener.

Dominga y Pepa les habían brindado su amor y ellos habían aceptado aunque, según decían, aquel amor no era tan especial, puesto que se prodigaba demasiado.

Eran tan hermosas que bien podía pasarse por alto ciertas delicadas exigencias.

Tales fueron las deserciones y defecciones, que alarmados los hombres que aquellos trabajos dirigían, se pusieron en campaña para dar con la causa que las había producido.

Y pronto dieron con Dominga y sus compañeras, las que fueron inmediatamente reducidas á prisión.

Había diez y ocho mujeres complicadas de una manera grave, pues el último de los desertores, preso, cantó de plano, relatando los trabajos que se habían hecho para con él y los que se hacían para con los demás.

Era entónces Jefe de Policía de Montevideo el señor don Andrés Lamas, que todos nuestros lectores conocerán, y quien con una actividad asombrosa empezó á instruir el sumario consiguiente.

Había una gran dificultad que era necesario vencer en el primer momento y que á ninguno se le ocurría remediarla prontamente.

Se necesitaba tener rigurosamente incomunicadas aquellas mujeres, por lo ménos hasta haberles tomado la primera declaración, y en la Policía no había como hacerlo: no se tenía ni la mitad de las piezas necesarias.

Las mujeres eran vivas y sagaces, y entendiéndose podían bien ocultar la verdad de una manera impenetrable.

El señor Lamas, que era un espíritu sumamente activo y una inteligencia riquísima en recursos, salvó la situación de la única manera que hubiera podido salvarse.

Mandó traer diez y ocho volantas, cada una de las cuales fué convertida en un calabozo perfecto.

En cada carruaje se alojó una de las presas, poniéndose en cada portezuela un soldado con la orden de no permitirle hablar con persona alguna.

Y miéntras se instruía el sumario y se tomaban las declaraciones, se mandaron los más hábiles empleados de la Policía á practicar un minucioso registro en la casa de cada una de ellas, para apoderarse de la correspondencia que indudablemente debían tener con Rosas, y tomar así todos los hilos de la intriga que tan fatales resultados había ya producido.

Pero esto no produjo el menor resultado, pues nada se halló en ellas que pudiera revelar la intriga ni comprometer á las presas.

Todo se había registrado hábilmente, deshaciéndose hasta los colchones y almohadas de las camas.

No se halló el más leve rastro ni el menor papel.

Lo único que había quedado sin registrar era un altar que Pepa La Rica tenía en su casa para su uso particular y que el timorato agente no se había atrevido á tocar.

—Pues que se registre también, ordenó el señor Lamas: que se registre también, pues es precisamente allí donde está el archivo que buscamos.

Pero el registro del altar no dió mejor resultado.

Nada había allí, aparentemente y á pesar de una buena pesquisa, que no fueran objetos de culto.

No quedaba más que una pequeña camita, donde estaba un niño Jesús de reducido tamaño, camita que se registró también con suma prolijidad.

Las declaraciones empezaron á tomarse con vivísimo interés.

Cada una fué declarando de una manera tan hábil, que parecía que estaban ya combinadas para aquel momento.

Ellas debían haber previsto aquel caso y puéstose de acuerdo; de otra manera no se explicaba el acuerdo que mostraban en sus declaraciones.

No podía arrancárseles una sola palabra que los guiara hácia el verdadero objeto: apoderarse de la correspondencia que debía existir, fuera de toda duda.

Pepa La Rica, mujer llena de un talento vivísimo y sumamente interesante, fué la que verdaderamente batía el cobre al Jefe de Policía.

—¿ Si usted supone que hay correspondencia entre mí y el general Rosas, supone que yo sea tan imbécil para haber guardado esa correspondencia y exponerla á una pesquisa policial, lo que es muy poco galante, señor Lamas?

Usted dice que yo soy muy inteligente, pero que á pesar de todo encontrará lo que busca.

Eso es una contradicción, pues si hubiera existido esa correspondencia, con el talento que usted me concede, ya se podrá figurarse que mi primer cuidado sería destruirla.

—Sin embargo, decía el señor Lamas, fijando sobre la interesante mujer su mirada penetrante,—la correspondencia existe,

estoy seguro, y yo daré con ella, á pesar del cuidado y empeño con que usted la guarda.

—; Oh! esas son locuras, respondía ella sonriente: si hubiera existido esa correspondencia, tendría usted para encontrarla, que tener pacto con el fuego, secretario profundo que sabe guardar un secreto que se le confía, sin ofrecer el más leve temor.

—Ya lo veremos, usted es demasiado viva para haber quemado esa correspondencia, y yo daré con ella.

—Lo felicitaré á usted de todo corazón, pues me demostrará que es usted brujo, ó que tiene el poder de hacer milagros.

Para Lamas era indudable que existía la correspondencia, ¿pero en dónde diablos la habian guardado? aquí era donde estaba la gran dificultad.

Llegó su turno de declarar á Dominga, y si hábil había sido Pepa, mas hábil aún fué Dominga, pues negó no solo ser agente de la tiranía, sino que se rió como si le hicieran cosquillas cuando se sintió acusada de haber provocado y fomentado la deserción de los jóvenes unitarios, y sobre todo de los hermanos Rivadavia.

—Es público ya, y por consiguiente inútil negarlo, que Bernardino Rivadavia se ha casado con usted.

—Pero si eso yo no lo niego: no sólo confieso que me he casado con Rivadavia, sino que he contribuído á arrancarlo del ejército, no porque ese ejército se llame federal ó unitario, sino porque es natural que una mujer que se case aleje á su marido de todo peligro que amenace su vida.

¿Cómo se figuran ustedes que yo voy á casarme y dejar á mi marido expuesto á cada momento á perder la vida, y á sufrir todo género de martirios y privaciones? pues lindo casamiento hubiera hecho entónces.

Yo me he casado y me he llevado á mi marido donde podemos ser felices, sin que nadie nos amenace, sin temblar por su vida y sin que esté lejos de mí.

¡ Linda luna de miel habría pasado obrando de otra manera muy inocente en amores es usted, señor Lamas, si había pensado otra cosa.

Y con un cinismo sin igual, Dominga reía como si le hicieran cosquillas.

—¿Entonces el hecho de que yo me haya casado y llevado conmigo á mi marido, añadía, significa que debo ser agente de Rosas para fomentar la deserción en las filas de sus enemigos?

—Es que no son sólo los Rivadavia, sino estos otros jóvenes, los que han abandonado nuestras filas inducidas por ustedes, respondía el señor Lamas nombrando los demás jóvenes.

—Ese cargo es poco favorable para ustedes, decía entonces Dominga con infinita travesura, pues significa que tienen ustedes un ejército de débiles doncellas de quienes yo soy el seductor más acabado, el Tenorio más completo.

—Es preciso que abandone usted ese tono, que pega muy mal con la situación apretada en que están ustedes: reflexionen que los cargos que se les hace son muy graves, y que una vez comprobados podría muy bien costarles un juicio peligroso, un consejo de guerra cuyo resultado no se puede prever.

—¿Y si eso es así, cómo quiere usted que yo misma me condene confesando locuras que nadie puede suponer?

Yo creí que ustedes eran tontos, pero me voy convenciendo que además son locos, pero locos de mal género y peligrosos, puesto que suponen hechos que no solo no existen, sino que no pueden tomarse á lo sério.

Y Dominga no abandonaba este terreno ni la actitud risueña que había asumido desde el principio.

La conciencia de que eran agentes de Rosas, existía, pero por el momento no podía probárseles en manera alguna.

Y la incomunicación seguía entre las volantas, con gran risa de las mismas detenidas.

Las demás nada sabían, según ella, y muchas ni siquiera tenían relación entre sí.

Eran pobres seres, sin ninguna inteligencia, pero hermosísimas, y que habían sido eficaces instrumentos, manejados por Pepa y Dominga, cabecillas de toda la intriga y sus supremas directoras.

A muchas se les puso libertad, no sólo por no ofrecer mayor peligro, sino que, hábilmente observadas, podrían contribuir sin saberlo, al éxito de la difícil pesquisa.

Dominga estaba fastidiada, no se le escapaba el peligro que corría y deseaba verse libre cuanto antes.

Pepa La Rica era la poseedora de la correspondencia y el menor descuido de su parte, la menor falta de previsión y de serenidad, podía perderlas de una manera fatal.

Dominga empezó entónces á poner en juego todos sus recursos para evadirse, desconfiando que Pepa lo echara todo á perder con uno chambonada, ó que apretada hábilmente por el Jefe de Policía, cantara de plano y las comprometiese de una manera terrible.

En su poder estaba toda la correspondencia, y una vez esta en poder de una autoridad tan ligada á la causa unitaria, sus cabezas corrían un sério peligro, pues como crimen de alta traición podían muy bien condenarlas á muerte.

Pero como base de operaciones era necesario salir de aquella volanta maldida donde no podía hacer el menor movimiento sin ser observada de todas partes.

Su primer paso fué solicitar del Sr. Jefe de Policía se le sacara de allí porque aquello era atentar contra su decoro y decencia, desde que sus actos más íntimos pasaban al dominio de la soldadesca que por todos lados la rodeaba.

—Esto no es decente ni humano, dijo al señor Lamas: concedo que ustedes tengan hasta el derecho de fusilarme sin causa justificada, pero yo les niego el derecho de atentar de esta manera contra el pudor de una dama, cualesquiera que sean sus condiciones y los cargos que quieran hacérseles.

—Convengo en todo lo que usted quiera, respondía Lamas, pero yo obro forzado por las necesidades del momento: no tengo una pieza donde alojar á usted y necesito tenerla incomunicada.

Lo único que puedo hacer en su obsequio es poner al carruaje unas cortinillas más espesas, y aminorar de esta manera la observación que sobre usted se ejerce.

—Es que tengo un centinela de vista que se impone de mis actos más íntimos y esto no es decoroso, además de ser grosero y estúpido.

—Pues confiese usted y se verá libre de todas estas contrariedades: confiese usted y en el acto levanto la incomunicación, dándole un alojamiento más cómodo y reservado.

—Es una manera inquisitorial como cualquiera otra de arrancar una confesión por medio del tormento, pues tan tormento es torturar los huesos como amargar el espíritu, haciendo que todos los momentos de la vida sean otros tantos tragos de veneno.

Ambas cosas son cobardes é infames, probando en el que las comete un alma ruin y un corazón villano.

—Todo lo que usted quiera, señora, pero hay la conciencia de que usted es un agente de Rosas complicado en la desertión de soldados de nuestras filas, y es necesario que usted confiese, por lo ménos para atenuar su falta.

—Ya he manifestado, sin que se me haya podido probar lo contrario, que esa acusación es una imbecilidad que no tiene precedente.

Se puede ser tan malvado como se quiera, pero la misma maldad tiene sus límites, y ustedes los están pisando ya: tenga usted presente, señor Jefe de Policía, que bajo ningún pretexto puede usted olvidar que yo soy una dama, y que se me está tratando como podría tratarse á una mujer de cuartel.

—Señora mía, usted exagera y exagera horriblemente: confiese usted, entréguenos la correspondencia que guarda en su poder, y todas esas pequeñas incomodidades desaparecerán.

—¿Pero cómo voy á confesar un disparate? ¿cómo voy á hacerme pero de un crimen que no he cometido? ¿en qué cabeza humana puede haber semejante tontería? ¿ó hablo acaso con un demente?

He declarado ya cuantas veces se han servido interrogarme: ¿qué más se quiere? ¿ó se me va á mantener así incomunicada hasta que no declare lo que se sirvan dictarme?

—Señora mía, usted sabe lo que le conviene y lo que debe de hacer: de usted depende mejorar de situación y evitarse molestias; yo, por el momento, no puedo hacer más que poner cortinas opacas á la volante.

El expediente no había colado y era necesario buscar uno más eficaz. Lamas parecía un hombre práctico y conocedor del terreno en que pisaba.

Pero no era Dominga persona de descorazonarse por esto, ni

de abandonar un plan porque le hubiera fallado la primer idea puesta en práctica.

Al día siguiente Lamas recibió recado de su prisionera, avisándole que estaba enferma y que le era necesario atenderse en alguna parte, ya donde el Jefe de Policía indicara, ya en el dominio de una de sus amigas.

Creyendo que fuese una nueva treta, Lamas fué á la volanta á inquirir cuál era la enfermedad, encontrando á Dominga realmente enferma de una fuerte hemorragia.

Era preciso realmente asistirle en alguna parte, y como ella lo pidiera así, se resolvió trasladarla al domicilio de Pepa La Rica, donde podría ser vigilada de cerca.

Este pedido volvió á hacer pensar á Lamas que allí era donde estaba la correspondencia y que Dominga la destruiría en la primera oportunidad.

Lamas llamó nuevamente al oficial que había hecho el registro, quien le aseguró que cuanto había en la casa había sido escrupulosamente registrado, sin hallar el menor papel.

—He deshecho hasta el altar; no quedaba más que la camita del niño Jesús y ésta la deshice prolijamente pieza por pieza.

—¿Ha deshecho usted el colchón de esa camita? preguntó Lamas, herido por un pensamiento súbito.

—No señor, es muy pequeñito y no ofrece el mejor indicio.

—Pues allí está lo que buscamos, amigo mío, es entre el colchón de esa cama donde está la correspondencia: vaya usted á buscarlo.

Creyendo el oficial sumamente exagerada aquella sospecha, se permitió una sonrisa de lástima que no pasó desapercibida para su Jefe.

—Es usted un infeliz, amigo mío, le dijo bondadosamente: vaya usted á traerme ese colchoncito y se convencerá de que es usted el digno de lástima.

El joven oficial salió en busca de lo que se le pedía, regresando al poco rato con la camita del niño Jesús completa.

—Esta es la camita, señor, dijo: ya ve usted que aquí no hay correspondencia; es todo muy chico.

—Muy bien, amigo mío, deshaga usted ahora ese colchoncito y alcánceme lo que hay adentro.

El oficial deshizo el colchoncito y con gran sorpresa vió que aquel estaba compuesto solamente de cartas perfectamente dobladas para producir el mejor bulto posible.

Aquella era toda la correspondencia de Rosas con sus agentes en Montevideo, Dominga y Pepa, correspondencia que la segunda fió á la primera por la confianza que le inspiró el escondite.

Todo quedaba de manifiesto: era inútil seguir negando, pues por aquellas cartas quedaba suficientemente probado el delito.

El oficial quedó helado y corrido ante el resultado de aquella famosa pesquisa.

—¿Qué le parece á usted? preguntó el Jefe: ¿por qué no sonríe usted ahora?

—Señor, replicó el noble jóven, no me queda más remedio que confesar que he sido un imbécil, pero le aseguro también que aprovecharé la lección.

Lamas, dueño ya de la correspondencia, mandó conducir á casa de Pepa, no sólo á Dominga, sino á Pepa misma, encargando si que no se les perdiera de vista un sólo minuto.

—Pueden permitirles hablar aún en secreto, agregó, pues la incomunicación es ya inoficiosa.

—Lleve usted esta camita y póngala donde estaba, tratando de que no se note la pesquisa en ella practicada.

Cuando las dos amigas se vieron en la casa, fué para el altar la primera mirada, y al ver intacta la camita respiraron plácidamente: todo se ha salvado, murmuró Dominga: dueñas de nuestro tesoro, no tenemos que temer ni por qué apurarnos, pues nada nos podrán probar.

Su alegría fué aún mayor cuando notaron que la incomunicación estaba levantada, puesto que les permitían hablar en voz baja.

—Señor oficial, dijo la astuta Pepa, yo quiero dar gracias á mi buen Dios porque nos libre de la infame intriga de que éramos víctimas, y si para ello no hay inconveniente, voy á hacer traer mi cama al oratorio donde está el altar.

—Señora, respondió el jóven, ustedes están libres dentro de la casa: tienen la casa por prisión y no determinadas piezas; así, pueden ustedes instalarse en cualquiera de ellas, siempre que me ofrezca seguridades para mi vigilancia.

—Casualmente esa pieza no tiene más que una sola puerta, como puede verificarlo usted mismo; guardando esa puerta, puede usted estar tranquilo


El jóven reconoció la pieza prolijamente y convencido que lo que se le había dicho era exacto, consintió en que establecieran allí el aposento, prévia consulta al señor Lamas, quien sonriéndolo al comprender el plan de las prisioneras, dijo que en esa ó en cualquiera pieza que ofreciera comodidades de vigilancia, se les permitiera estar.

Las dos amigas cambiaron una mirada de infinita felicidad: aquella noche quedarían destruidas las terribles pruebas que contra ellas arrojaba aquella maldita correspondencia tan imprudentemente guardada.



INFAMIAS DE UNA MADRE.

— A todo hay quien gane en esta vida, y usted, niña, me ha ganado á todo: á su lado me siento que no soy el general Quiroya,.....



La fuga.

¡Con qué ansiedad esperaron la hora de acostarse que debía ser la de su salvación!

A pesar de la mala vida que hacía días llevaban y de tener un buen apetito, apenas probaron unos bocados á la hora de comer, pues deseaban apresurar el momento de hallarse solas frente á frente á la deseada correspondencia.

Apénas llegó la noche, Pepa llamó al oficial que las cuidaba y le previne que deseaba recogerse.

—Tengo dolor de cabeza, le dijo, y quiero acostarme: usted comprende que después de haber pasado quince días en una ventanilla, se debe mirar la cama como algo de sublime.

—Tiene usted razón, señora, dijo el jóven, y es usted completamente dueña de hacer lo que guste: usted está en su casa y mi única misión se reduce á impedir que ustedes salgan de aquí nunca más.

—Muy bien, al fin descansaremos como gente, pues supongo que estando levantada la incomunicación, tendremos el derecho de cerrar nuestra puerta y huir á la mirada curiosa de los centinelas.

—¡Puede usted cerrarla, sí señora, y estar completamente tranquila! ya no tienen ustedes centinela de vista.

Las dos mujeres se retiraron entónces á arreglar su dormitorio, y una vez que tuvieron cuanto necesitaban, Pepa llamó al oficial y entregándole un llavero con dos llaves, le dijo:

—Amigo mío, sé lo que es una mala noche y sé lo que es el penoso servicio que usted desempeña: soy práctica en ello porque he tenido muchos amigos en el ejército.

Así, para hacerle ménos penosa la noche y más entretenido el servicio, le entrego aquí las llaves de la despensa, donde encontrará usted buen vino y buena provisión de lo más necesario: sentiré un verdadero placer en que usted obre como en su casa.

La despensa de Pepa La Rica estaba admirablemente surtida, pues sus amigos íntimos se encargaban de proveérsela con esplendidez, por la cuenta que á ellos mismos les tenía, pues era allí donde se reunían todas las noches á cenar y estar de jarana y franquachela.

El sitio de Oribe había hecho escãsear los víveres en Montevideo, que eran escasos y malos, de modo que una despensa bien provista era cosa verdaderamente rara.

El oficial, buen soldado y mejor persona, tomó las llaves, decidido á hacer uso de ellas aprovechando los espontáneos ofrecimientos.

Dejaría un centinela cerca de la puerta de sus prisioneras y él se entregaría al descanso, una vez que hubiera cenado, pues Pepa se había también ocupado aquel día en hacerle arreglar una buena cama, con todo aquello que puede contribuir á que un hombre pase una noche agradable.

—Ustedes, le dijo cuando le mostraron su alojamiento, me están haciendo concebir ideas infernales y abrigar los deseos más malvados.

—¿Cómo así, amigo mío?

—Muy sencillamente: ustedes me tratan de una manera que me hacen desear se prolongue eternamente el tiempo de su prisión.

—Tengo la esperanza que pronto seremos libres, dijo entónces Dominga fijando en el jóven una mirada que lo hizo estremecer á pesar suyo, pero esto poco importa.

Siempre será usted el bienvenido en nuestra casa y entónces podremos atenderlo y tratarlo con arreglo á nuestro deseo.

Nada perderá usted entónces con nuestra libertad, ganando

al contrario, puesto que tiene dos amigas más, que no olvidarán las atenciones recibidas.

Después de mil cumplimientos por el estilo entre los que Dominga tuvo el cuidado de deslizar algunas frases dirigidas á impresionar el corazón del jóven, ambas se despidieron, encerrándose en su aposento improvisado.

¡Cuánto fué su placer al encontrarse solas, libres de toda observación y á dos varas de aquellas cartas ansiadas!

—Ahora, dijo Dominga, veremos cómo se manejan para probarnos la acusación que se nos hace y encontrar causa bastante, no ya para condenarnos, sino para mantenernos presas.

Y ambas tenían fijos los ojos en el colchón del niño Jesús, como si hubieran querido sustraer de allí las pruebas con la mirada.

Después de haberse retirado el oficial, esperaron todavía un buen rato, antes de sacar las cartas, temiendo ser sorprendidas en lo mejor de la operación.

Cuando se convencieron que no eran observadas, Pepa se dirigió al altar, mientras Dominga se colocaba delante de la puerta, para tapar así el único punto de observación, que era el ojo de la cerradura.

Pepa sacó la pequeña figurita de la cama y con mano trémula tomó el colchoncito que oprimió entre sus manos para asegurarse que contenía siempre el tesoro.

Habiendo sido cuidadosamente llenado de papeles, no pudo en el primer momento apreciar que su tesoro había sido sustituido con papeles blancos.

Tomó, pues, el colchoncito, y después de tapar con una colcha la cerradura de la puerta, se sentaron ambas sobre la cama á revisar la correspondencia y romperla de manera que fuera imposible entender una sola palatra.

—Esos mismos pedacitos, dijo Dominga, nos los podremos repartir para arrojarlos mañana al fuego, ó en parte donde no puedan jamás ser sacados.

—Preferiría quemarlos ahora mismo, observó Pepa. Toda precaución es poca en estas cosas y sólo el fuego me ofrece las necesarias seguridades de discreción absoluta.

—Es el caso que el olor á papel quemado puede vendernos, y lo ménos dejar el rastro que hemos destruido papeles: mejor será hacerlo de manera que nadie lo sospeche, y entónces será preciso esperar hasta mañana.

—Te confieso, decía Pepa, miéntras deshacía el colchón, que al apreciar lo minucioso del registro que han hecho aquí y ver cómo han deshecho el altar, temía que hubieran dado con nuestro tesoro.

Hay que confesar que han sido muy tontos, pues conforme han deshecho el altar para mirar el último hueco, bien podían haber deshecho la camita.

Así es que cuando toqué el colchón y lo noté intacto, apénas he podido contener un grito de alegría, pues esa misma benevolencia aparente que se usaba con nosotros, me indicaba que todo era una burla y que ya eran dueños del secreto.

—En fin, felizmente nada tenemos ya que temer, pues por la simple sospecha no podrán más que echarnos de Montevideo, donde por otra parte nada tenemos ya que hacer.

Hablando así, Pepa había deshecho el colchón y sacado el primer puñado de papeles que colocó sobre la cama y al ir á sacar el segundo se puso lívida y ahogó un grito de despecho.

—¡Por el infierno! exclamó, oprimiendo fuertemente el brazo de su amiga, ¡estamos perdidas! y ambas quedaron aterradas, mirando los papeles que habían aparecido dentro del colchón.

—¡Perdidas! exclamó Dominga, tomando algunos de aquellos papeles en blanco: se han llevado nuestras cartas y nos han dejado estos papeles en blanco como una sangrienta burla.

Ya tenían las pruebas en la mano, y por eso no han aparentado sospechar la menor cosa, dejándonos en completa libertad de acción y de palabra.

Pepa La Rica, ménos animosa que su amiga, se echó á llorar amargamente, vencida por el dolor y el espanto. ¡Perdidas! sollozó, ¡perdidas! ¡sabe Dios ahora qué será de nosotras!

Dominga, por el contrario, se reconcentró en sí misma, encendió en su mirada una expresión de amenaza terrible y lanzando un juramento horroroso murmuró:

—¡ No importa! esta burla me la han de pagar á mí de una manera más terrible aún, más sangrienta y dolorosa; ¡ no está la monta en el solo hecho de reír, es preciso reír el último, amigos míos, y veremos entónces á quien le toca arrancarse los cabellos! Animo, mi amiga, que aún no hay nada perdido: es preciso dominarse para poder obrar con acierto.

—Y ¿qué ánimo puede tenerse ante desgracia tan terrible? ¡ esos malvados nos van á matar, Dominga, una vez que lean esas cartas! ¡ no han de perdonarnos lo que hemos hecho!

—¡ Qué nos han de matar! es claro que si nos tiramos á muertas, todo debemos esperarlo de ellos.

Es preciso luchar entónces, y luchar con fé y con nervio; tenemos muchos recursos aún de que echar mano, debiendo aprovechar los instantes que son preciosos.

Vamos pues á meditar con reposo lo que debe hacerse y nos pondremos á la obra.

Dominga y Pepa pasaron aquella noche, llorando amargamente la segunda, y entregada la primera á sus más íntimas y sérias reflexiones.

—¡ Ay! decía Pepa con voz que los sollozos hacían ininteligible, ¡ nos van á fusilar sin remedio! esta gente es mala por inclinación y por necesidad, y yo, francamente, no me conformo con morir así, de una manera tan desesperada.

—No tengas miedo, no seas tonta, respondía Dominga, sonriendo de una manera amenazadora: convengo que han de tener intenciones, no digo de fusilarnos, de ahorcarnos y colgarnos en la plaza para escarmiento de las demás.

Pero no está la monta en el deseo y las intenciones de hacer las cosas: es preciso poder y es esto mismo lo que vamos á evitar nosotras.

—Pero, ¿cómo, cómo salir de entre sus garras y evitar el castigo que quieran aplicarnos?

—No nos queda más que un recurso: usar para con nuestros guardianes de los mismos ardides y seducciones que empleamos para hacer desertar esos mentecatos.

Es preciso que pongamos en juego nuestra propia belleza

cuando se agoten los demás recursos y tratar de asombrar el corazón del pobre oficial que nos vigila: ó esto, ó resolverse á correr la suerte que estos mentecatos nos deparen.

—Yo estoy completamente á tus órdenes, pues te reconozco la más inteligente; me siento además aturdida por este golpe inesperado, y confieso que no haría sino torpezas: ¡quién había de asegurarnos un desenlace tan violento, cuando más seguras nos creíamos!

—Pues fíate en mí, y en el gran recurso que te indico: la seducción; de otro modo estaremos perdidas.

—Pues no tienes más que mandar.

—Dájame entónces á mi exclusivo cargo el oficialito que nos custodia; ¡yo me encargo de él!



La evasión.

Las dos amigas se recostaron en sus camas vestidas y durmieron un par de horas.

Estaban fatigadas y postradas por las duras emociones de la noche.

Serían las ocho de la mañana cuando el oficial les tocó la puerta del cuarto, rogándoles tuvieran á bien levantarse, pues el Jefe de Policía venía á hablar con ellas.

—Entre usted, amigo mío, respondió Dominga, no nos hemos acostado y por consiguiente puede usted entrar.

El oficial levantó el picaporte y entró.

Era este un jóven alegre y simpático, inocente y fácil de impresionar con una palabra tierna y suplicante.

Aunque pequeño de estatura, era bastante esbelto y de arrogante apostura, bello, con una excesiva suavidad de líneas y fuertemente simpático.

Benitez, que así se llamaba, había quedado deslumbrado desde el primer momento ante la infinita belleza de Dominga.

Se había sentido dominado por ella, y deseaba ardientemente la ocasión de prestarle algún servicio de importancia.

—Ustedes me perdonarán que las incomode tan temprano, dijo, pero el Jefe de Policía me ha mandado les prevenga que él va á venir, y no he tenido más remedio que turbar su reposo; pido pues de nuevo perdón, porque no tengo la culpa.

—Usted no puede incomodarnos, amigo mío, respondió Dominga, porque su presencia léjos de ser incómoda, es agradable: no hay pues qué perdonar.

En cuanto al Jefe, puede venir cuando quiera, puesto que no hay medio de sustraerse á su voluntad.

—Pero, se atrevió á observar Benitez, ¿por qué no le hace usted decir que está enferma y que no puede recibirlo? Una persona enferma no puede recibir desagradados ni impresiones fuertes: yo le diré que la he visto pasar una noche terrible, llena de dolores y males.

—Muchas gracias, amigo mío, estimo ese servicio como si lo aceptara, porque me demuestra que es usted una alma noble y de elevados sentimientos.

La presencia del Jefe de Policía me es violenta, pero indiferente por otra parte, porque ningún daño podrá hacernos: la infamia que tramam contra nosotras, no podrán probarla jamás.

Ellos podrán fusilarnos y aún hacer otra cosa peor, si lo estiman conveniente: pero habrán procedido como unos malvados.

Y al mismo tiempo que hablaba, Dominga dejata caer sobre el jóven una mirada ardiente y lánguida que lo tenía desconcertado.

—Todas no han de ser amargas, amigo mío, continuó dulcemente, y para compensar en algo las grandes desventuras que sufrimos, el cielo nos ha deparado en usted un hombre noble y bueno, que comprenderá la infamia que se comete con nosotros.

Sus bellos ojos, amigo mío, están mostrando un bello espíritu: muchas gracias por las bondades de que le somos deudoras.

—Señora, por Dios, yo no he hecho nada para merecer conceptos tan favorables y benévolos, repuso el jóven estremecido de amor y de esperanza; pero esto nada importa, porque tal vez el cielo me depara la oportunidad de hacerlo.

Yo nada puedo y nada valgo, bella señora, pero en la esfera de acción en que estoy colocado, me pongo á sus órdenes, rogándole como el mayor beneficio á que puedo aspirar, que me ocupe en aquello que me considere útil.

Sin reserva de ningún género puede usted disponer de mí.

Dominga tomó la mano del jóven y la cubrió de besos lascivos que concluyeron de trastornar al pobre jóven.

—¡ Bendito el Dios que lo puso en mi camino! exclamó fingiendo sollozar: ¡ nunca olvidaré sus generosas palabras, amigo mío! guarde en memoria este miserable recuerdo, único que le puedo ofrecer por el momento.

Y diciendo esto, sacó del bolsillo un finísimo pañuelo, secó con él dos lágrimas imaginarias y lo entregó al jóven, que lo recibió cubriéndolo de besos y guardándolo en el seno de su uniforme.

—Este pañuelo vivirá siempre conmigo, dijo, sirviéndome para recordar el momento más feliz de mi vida: ya sabe usted, bella señora, repitió, si usted quiere hacerme dichoso, inmensamente dichoso, pídame algún servicio en la seguridad de que soy suyo, completamente suyo.

Y el jóven se retiró, pues el sargento del piquete que custodiaba la casa acababa de gritar: el señor Jefe de Policía.

El señor Lamas entró á la casa momentos después acompañado del secretario y un comisario, y se dirigió á la sala, donde hizo comparecer á Pepa La Rica.

Al insistir en las mismas preguntas que antes se le habían dirigido, Pepa negó á pié firme, aunque convencida que su negativa no podía salvarla del aprieto en que se hallaba.

El señor Lamas, sonriendo con la expresión traviesa que aún conserva, puso entónces de manifiesto las cartas extraídas del colchoncito del niño Jesús y preguntó:

—¿Podrá usted decirme ahora qué significan estas cartas halladas en sus habitaciones?

—Esas cartas, contestó Pepa, deseando siquiera vengarse de alguna manera, aunque sólo fuese con palabras duras: esas cartas significan que en mi casa se ha cometido un robo y que el autor de ese robo es el Jefe de Policía de Montevideo.

—¡ Perfectamente, pero no niega usted que esas cartas están en su poder!

—Tampoco confieso nada, puede usted robar mis palabras como robó mis cartas: ¡ estoy dispuesta á sufrirlo todo!

—¿Y con qué objeto tenía usted esas cartas en su poder?

—Con el objeto de que me pertenecen y que al guardarlas hago uso de un derecho legítimo.

Así continuó el interrogatorio sin que Pepa respondiera categóricamente, ni confesara uno sólo de los cargos que se le habían hecho.

—Quedamos entónces, dijo el señor Lamas, en que usted ha reconocido estas cartas, y que por consiguiente se declara culpable.

—Quedamos en lo que usted quiera, puesto que es su voluntad y no la razón ni la justicia lo que impera: haga usted entónces lo que le parezca y déjeme en paz, pues por lo ménos debe usted respetar mi tranquilidad.

Era forzoso convencerse que aquella mujer no quería confesar nada.

Decidido Lamas á llevar adelante la sumaria y pasarla á resolución del Gobierno, previno á la jóven que en vista de sus negativas, se veía en la necesidad de mortificarla aún con una prisión rigurosa que no era posible evitar sino confesando la verdad.

—Pues mortifíqueme usted cuanto quiera, bajo la inteligencia que nada más de lo dicho me hará usted decir: en otro interrogatorio no oirá usted de mis lábios la menor palabra.

—¡Eso lo veremos!

—Eso lo verá usted.

El señor Lamas mandó buscar una volanta y otro oficial de Policía, remitiendo al Departamento á Pepa La Rica, con recomendación de que se ejerciera sobre ella la mayor vigilancia.

Pepa salió verdaderamente aterrada: creía ver llegar un desenlace trágico para ella.

El señor Lamas mandó traer á su presencia á la célebre Dominga, quien llegó demostrando la mayor indiferencia.

—Es inútil que se moleste usted con un cúmulo de preguntas que á nada han de conducir, dijo: sé de lo que se trata y de ustedes todo lo espero.

—¿Usted sabe entónces que está en poder de la autoridad

su correspondencia con Rosas, correspondencia que viene á probar cuanto ustedes han negado?

—Nada podrá usted probar contra mí: ya he dicho que soy inocente, que yo no he desempeñado comisión de Rosas ni de nadie y que es estúpido pretender probar lo contrario.

—Sin embargo, aquí hay cartas que no solamente están dirigidas á usted, sino que se refieren á actos cometidos por usted en perjuicio de la causa unitaria.

—Si estas cartas existen realmente, ni las he recibido ni tengo de ellas conocimiento.

Usted comprende que si yo las hubiera recibido no las hubiera depositado en poder de nadie, porque esas cosas se destruyen y no se guardan: á mi no se me han entregado y desafío á cualquiera me pruebe lo contrario.

—Usted habrá dado á guardar estas cartas á su amiga la viuda de La Rica y es en poder de ella que se han encontrado.

—Vuelvo á repetir que no soy tan imbécil y que en caso de haber confiado á alguien mi secreto, no hubiera elegido precisamente á una persona que no supo guardar un secreto que le importaba su propia existencia: el asesinato de su marido.

Si usted cree que yo voy á fiar mi vida á quien no supo cuidar la suya, ó me creen una imbécil rematada, ó son ustedes tontos sobre toda exageración.

—Un descuido lo comete el más previsor, y usted lo ha tenido, amiga mía: ya es inoficioso negar, puesto que aquí se le agradece la deserción de los Rivadavia.

—Si la deserción de mi marido y mi cuñado venía á favorecer á alguien, pueden haberme agradecido un servicio que he prestado sin soñarlo siquiera, pero yo no conocía semejante agradecimiento que si ha existido lo rechazo.

Ya he dicho á ustedes que es cierto que he contribuído y he causado si se quiere la deserción de Bernardino Rivadavia, pero sólo haciendo uso del derecho que toda mujer tiene en este mundo: separar al marido de todos los peligros que puedan amenazar su vida.

Si ustedes creen que ésta es una traición á la patria, como

la califican, yo no puedo ir contra las creencias de nadie, pero felizmente las creencias nada prueban sino la falta de criterio del que las profesa, cuando como en este caso son ridículas.

—Lea usted esto, ¿á ver qué me dice? exclamó Lamas, haciendo leer á Dominga una carta en que Rosas le agradecía la deserción de los jóvenes, y la incitaba á seguirle prestando iguales servicios.

—¿Qué dice usted á esto? preguntó cuando la hubo leído.

—Digo que es la primera vez que tengo conocimiento de semejante carta y que ella se funda en un servicio involuntario.

¿Quién asegura, además, que la viuda de La Rica no haya estado haciendo creer á Rosas que yo me hallaba á su servicio, para arrancarle concesiones y dádivas?

Si esto es así, me sorprende tanta perversidad y tanto cinismo: sería preciso que tuviera pruebas evidentes para creerlo.

—Mire bien, señora, dijo Lamas, siempre con su sonrisa fina: no me queda ya más que darle un consejo, porque sentiría sucediera á usted una desgracia.

Usted debe confesarle todo y disculparlo de la manera que se lo indicará su claro talento: así se pondrá usted en condiciones de aminorar el castigo que usted ha merecido, atenuándolo y tal vez, tal vez hacerse perdonar, demostrando un franco y sentido arrepentimiento.

—¿Usted está loco, amigo mío! ¿cómo voy á sancionar yo con semejante actitud una acusación tan estúpida y una calumnia tan perversa?

No crea usted, ni espere nunca el terror obre de tal manera en mi espíritu: iré hasta el banquillo, si es necesario y puesto que ustedes son capaces de todo, pero como una mártir y no como una culpable: quedo completamente á su disposición, puesto que no puedo hacer otra cosa, pero piensen que no soy yo ni ustedes sino Dios mismo, quien ha de juzgar en definitiva.

¡La audacia y el aplomo de Dominga eran realmente asombrosos! se había colocado con tal firmeza en el terreno de negarlo todo, que todo esfuerzo para hacerla confesar era perfectamente inútil.

Así lo comprendió Lamas, terminando aquel interrogatorio que no había dado ningún resultado positivo.

Pero nada importaba todo esto: el delito estaba perfectamente mostrado y probado lo bastante: no había más que entregar todos los antecedentes al Gobierno para que éste dictara la resolución correspondiente, resolución que tendría que ser fatal para las acusadas y sus cómplices.

El delito de traición á la patria se castigaba de una manera terrible, más en aquel caso, que se había cometido frente al enemigo.

Lamas se retiró dando por terminado el interrogatorio, á disponer en la Policía la pieza que debía ocupar Dominga, y después de haber recomendado al oficial Benitez la más estricta vigilancia sobre tan peligroso reo.

—Yo enviaré á usted luego una volante, le dijo, para que en ella la conduzcan al Departamento sin dejarla hablar con persona alguna, y yendo usted en la misma volante.

Piense usted, mi oficial, que es usted quien me responde de esa mujer en todo sentido.

—No tenga usted cuidado, señor jefe, ya usted me conoce.

Lamas se fué, quedando Benitez solo con Dominga, que se preparó á seguir su plan de seducción sobre el corazón del jóven.

—¡Ya lo vé usted, amigo mío! exclamó llorando de una manera artística: se me quiere perder y arruinar sin que baste á salvarme toda mi inocencia.

¡Usted que es un corazón noble y un espíritu elevado, podrá apreciar todo lo infame y cobarde de esta intriga!

El jóven conocía el crimen de que se acusaba á Dominga, pero no tenía conocimiento del estado del sumario que se instruía y por consiguiente de la correspondencia.

—¡Pero á usted le será fácil demostrar su inocencia! exclamó conmovido, y tendrán que hacerle justicia.

—¡Imposible, amigo mío! aquí no se trata de justicia ni de cosa parecida; vergüenza me dá decirlo, ¿pero sabe usted la causa de todo esto?

—Diga usted, señora, todo lo que á usted atañe es para mí del más vivo interés.

—Lo que hay es que se quiere ejercer en mí una venganza y arrancarme por medio del terror concesiones infames cuyo detalle causaría á usted horror.

¿Sabe usted lo que es el fondo nauseabundo de esta intriga? pues escuche usted, amigo mío, á usted todo le puedo decir, porque es el único apoyo que tengo, el único corazón noble que conozco.

—Hable usted, señora, hable usted, y disponga de mí sin reserva, pues haré todo cuanto pueda por mitigar su pena.

Dominga tomó la mano del jóven, que se estremeció á su contacto, y envolviéndolo en una mirada llena de pasión, le dijo:

—El Jefe de Policía me persigue hace mucho tiempo con un amor innoble que me fastidia y me repugna, porque me causa horror.

No ha habido medio que no haya puesto en práctica para vencer mi resistencia y colmar sus pretensiones, desde la dulzura y las promesas hasta las más crueles amenazas.

Viendo que de ninguna manera podía hacerme acceder á sus miserables pretensiones, armó la intriga que hoy ha puesto en práctica, anunciandomela de esta manera.

—Tengo en mi poder medios suficientes para vengarme de sus desprecios: usted no ha querido acceder por nada á mi amor vehemente, pues sepa que ahora tendrá que acceder y conceder por la violencia lo que no ha querido darme voluntariamente.

—¡ Antes la muerte! exclamé entónces indignada: usted me causa horror y me repugna, ahora más que nunca, y le prohibo terminantemente volver á mi casa.

El jóven Benitez estaba lívido y tembloroso.

Creía quanto Dominga le decía, y su indignación crecía amenazando un estallido.

—Pero ¡ eso es infame y cobarde! exclamó: ¡ ese hombre es un malvado y un miserable!

—¡ Oh! ¡ noble amigo mío! exclamó entónces Dominga besando la mano del jóven que se estremeció poderosamente bajo la influencia de aquel beso satánico.

—¿ Y qué hicieron en seguida? preguntó.

—Lo ignoro; pocos días después me redujeron á prisión acusándome de delitos monstruosos que bien pueden costarme la vida.

Esa misma noche vino á verme el miserable y me dijo:

—Ahora estás en mi poder y sólo mi amor correspondido puede salvarte.

Cede, pues, á mi amor y te verás libre en el acto: de otro modo te juro que he de llevar las cosas adelante, hasta traer sobre tí una condena de muerte.

—No te temo, miserable, respondí entónces sofocando mi llanto, ¡ porque Dios no está en vano en el cielo!

¡ Ahora, ni aún con un dogal al cuello consentiré en la infamia que se me propone de un modo tan miserable!

Es usted un ente que ódio y desprecio con toda mi alma.

El sumario ha seguido su marcha, y está en vísperas de fallarse de una manera terrible, tal vez condenándome á muerte.

Esta es mi situación, amigo mío, y esta la infamia de que soy víctima.

—¡ Pero eso es infame! exclamó Benitez, que creyó toda aquella historia: ¡ eso es infame! ¿ y no ha pensado usted en algún medio salvador que eche por tierra esa terrible intriga?

—Ella está destruída por sí misma, puesto que jamás podrán probarme esa acusación: pero me condenarán sin pruebas, puesto que ante todo impera la voluntad de los que mandan.

Sólo un medio se me ocurre, pero este es de una ejecución casi imposible: ¡ ah si yo pudiera llegar hasta el campo de Oribe! ¡ él ha sido amigo de mi familia, me conoce desde chica y no me negaría su amparo!

—En efecto, la fuga sería el gran recurso, respondió Benitez; guardó silencio como si meditara algo de sumamente agradable.

Dominga se había quedado con una mano del jóven entre las suyas, que acariciaba distraídamente mientras lo miraba de una manera arrobadora.

Benitez se estremecía á cada una de aquellas caricias, miraba á Dominga con ojos humedecidos por la pasión y sonreía de una manera nerviosa; se veía claramente que mantenía consigo una lucha horrible.

Es que las caricias de Dominga lo habían trastornado, haciéndolo pensar en un amor ideal que vendría á realizarse en el momento ménos pensado, y meditaba la manera de salvar á la jóven para ganarse su más ardiente agradecimiento.

Al través de su noble fisonomía, Dominga seguía aquel pensamiento, incitándolo con su mirada y sus distraídas caricias á la mano.

—El plan tejido contra usted es monstruoso, pero hasta cierto punto es perdonable, exclamó Benitez, como si respondiera á una observación de su pensamiento.

El hombre que se enamora de usted sin esperanzas, debe perder la razón por completo: ¡usted inspira pasiones terribles, señora!

—Pero el amor no puede imponerse como se impone una creencia, respondió Dominga, feliz de pisar aquel terreno: si yo llegara á amar, siento que lo haría con una inmensa fuerza de pasión.

Pero ese hombre me repugna, lo detesto con toda mi alma, porque en vez de inspirarme amor me ha inspirado ódio.

Para ganar mi amor, amigo mío, es necesario tener un espíritu noble y un corazón bueno, ser compasivo como usted, y responder á todas las pasiones nobles con esa generosidad de espíritu que sin darse cuenta del por qué, obra de una manera rápida y decisiva.

Hay personas que se hacen querer y estimar desde el primer momento que se les vé, sin saberse por qué, como hay otras que parecen nacidas para inspirar ódio y desprecio.

En usted y en su Jefe, por ejemplo, se puede establecer esa diferencia, porque ambos son el tipo de esos dos modelos.

Y al decir esto, no apartaba del jóven su mirada tentadora y voluptuosa.

Benitez estaba lívido como un cadáver: no se atrevía á decir una palabra, porque sentía que no podría articularla: temblaba poderosamente y su boca entreabierta como la de un idiota, acusaba la fuerza de la impresión que sentía.

Y Dominga seguía la expresión de aquella mirada entrece-

arrada por la pasión y duplicaba la corriente de fluído amoroso transmitida desde sus manos á la mano del jóven.

Este, vencido por la languidez, cayó de rodillas y poco á poco inclinó su juvenil cabeza sobre el regazo de Dominga.

Ella se agachó suavemente y depositó un beso sobre aquella frente soñadora y espléndida, porque Benitez tenía una cabeza magnífica.

El jóven la miró deslumbrado y con voz entrecortada y melódica exclamó:

—Por Dios, señora, ¡no ponga usted en mi alma un amor que no podría realizarse! tenga usted compasión de mí, porque yo siento que si amara á usted sin esperanzas, concluiría por perder la cabeza y para huír al horror de mi desesperación, no tendría más recurso que alojarme una bala en el cráneo.

¿Y por qué se han de perder las esperanzas en nada? preguntó Dominga fingiendo un rubor que jamás había asomado naturalmente á su fisonomía: usted tiene condiciones suficientes para inspirar amor á cualquier mujer.

Pero no piense en mí, no piense en mí, amigo mío, que no podría tener de mí más que amargura; yo estoy perseguida y amenazada de muerte, lo que quiere decir que dentro de poco amaría usted un cadáver.

—¡Un cadáver! gritó el jóven fuera de sí: desgraciado de aquel que tocara un cabello de la mujer amada: sentiría en mí la fuerza de un gigante para deshacerlo entre mis manos.

Es preciso resolverse y resolverse ya á adoptar una resolución: en mi alma ha brillado hoy un relámpago que le ha hecho nacer á una vida nueva, donde en cada respiro hay una promesa de felicidad.

Dominga fingía una respiración fatigada como si estuviese pendiente de la palabra del jóven: una lágrima furtiva había venido á humedecer sus ojos y huía con cierta timidez artística al contacto del jóven.

—No pensemos en imposibles, dijo al fin como si cayera desplomada ante una realidad terrible: ¡no soñemos felicidades cuando sabe Dios lo que será de mí mañana!

—¿Y qué puede ser de usted mañana? lo que querramos, cuando se tiene fé y se obra impulsado por la promesa de una felicidad eterna, no hay obstáculos posibles: la voluntad lo vence todo: no hay nada imposible entónces.

—¡ Por Dios! ¡ por Dios! exclamó Dominga fingiendo un amargo llanto: ¡ no me haga usted alimentar esperanzas cuya pérdida fuera peor que la muerte, porque esto sería horrible!

—No se trata aquí de esperanzas sino de realidades palpables, exclamó Benitez exaltándose poco á poco: es preciso huir de aquí, es preciso que usted haga cuanto yo le diga y tenga valor para seguir todas mis indicaciones.

Yo voy á salvarla á usted aunque tenga que perecer en seguida.

—¿Qué me importa lo que yo pueda sufrir si tengo el consuelo de saber que usted es feliz?

—Mi salvación al precio de su desgracia no la quiero yo, exclamó Dominga: si se trata de salvarnos, salvémonos los dos, sino correré mi suerte sin el menor remordimiento.

—¡ Oh! ¡ nos salvaremos entónces! nos salvaremos, no tenga usted duda: yo me encargo de que todo salga á medida de mis deseos: he creído ver en sus palabras una promesa y me siento capaz de alcanzarla aunque fueran mayores las dificultades al vencer.

¡ Prepárese usted entónces con todo lo que quiera llevar, pues en vez de ir luego á la policía, iremos á campo de Oribe!

—¿ Pero usted vendrá conmigo? ¿ usted se quedará conmigo? preguntó Dominga fingiendo una gran agitación: tenga usted presente que sino me volveré: ó los dos ó ninguno.

—Los dos, sí, los dos, murmuró el jóven oprimiendo entre sus brazos el busto escultural de Dominga: los dos, y que venga el infierno á arrancarla de mi lado.

Con mucho ménos trabajo del que había creído tener, Dominga había obtenido mucho más de lo que creyó.

Benitez estaba ganado completamente, al extremo de que si hubiera sido necesario matar al mismo Jefe de Policía, lo hubiera hecho sin vacilar.

Dominga podía considerarse salvada ya: la fuga era muy fácil para ella que conocía prácticamente el camino y acompañada por un oficial de policía, la empresa era ya mucho más fácil de ejecutar, pues entónces quedaría salvada cualquier dificultad de vigilancia que pudiera tocar.

El resto del día lo pasaron perfeccionando su plan de fuga, y dirigiéndose palabras apasionadas.

El jóven estaba completamente aturdido: había visto correspondido cuando ménos lo esperaba su amor silencioso y se hallaba dispuesto á todo.

—La única dificultad que podemos tocar, dijo de pronto, es que el Jefe de Policía, al mandarme un carruaje para que la conduzca á la Policía, me mande también relevar.

Esto es difícil, porque tiene en mí puesta toda su confianza, pero en caso que suceda, ataré al oficial que venga, y aún le mataré si es necesario.

—Por Dios, no quiero que por mí se exponga usted á un peligro grave: déjeme correr mi suerte si ella ha de labrar su desgracia.

—No hay peligro capaz de detenerme: tenemos que huir forzosamente, y los inconvenientes que se presenten, se suprimirán violentamente si no pueden suprimirse de otra manera.

—¡ Por Dios! ¡ por Dios! ¡ qué ansiedad tan terrible!

—¡ Confianza, confianza en el éxito que es nuestro! ¡ todo ha de salir á medida de nuestros deseos!

El momento solemne llegó por fin y fué preciso prepararse definitivamente á todo evento.

El coche llegó á eso de las ocho de la noche, trayendo para Benitez instrucciones secretas.

«Es necesario que usted conduzca la presa, se le decía, no sólo bajo segura custodia, sino cuidando de venir por calles excusadas para evitar un escándalo, aunque fuera preciso dar grandes rodeos, á cuyo efecto adjunto un pase en toda regla para las patrullas con que pudiera tropezar.

Tenga muy presente, mi oficial, que esa mujer es capaz de todo, desde provocar un escándalo en el carruaje y en plena calle, hasta saltar á usted á la garganta.

Traiga dos soldados de confianza con usted.»

— ¡Miserable! exclamó el jóven arrugando la órden: ¡y decir que á un hombre de honor se encomiendan tales bajezas sorprendiendo su credulidad y valiéndose de la posición superior!

— ¿Qué es eso, amigo mío? ¿le mandan acaso órden de fusilarme? ¿por qué es esa agitación?

— ¡Peor que eso! ¡mucho peor que eso! lea usted, respondió Benitez recogiendo la órden y dándola á leer á Dominga: ese miserable ha perdido todo pudor.

Dominga leyó con tranquilidad aquella órden y la devolvió al jóven sonriendo.

No podía darse nada de más favorable á su plan: el Jefe de Policía mandaba un pase en toda regla, y esto era cuanto necesitaba por el momento.

— Todavía es tiempo, amigo mío, piénselo bien y no se pierda por mí que nada valgo: ¡usted juega su porvenir, puesto que juega su carrera; todavía es tiempo!

— ¡Es tiempo, sí, de ahorcarlo! exclamó Benitez con exaltación: de semejantes miserables debía uno librar á la humanidad.

¿Mire usted, sabe lo que en este momento pienso? que una vez que la dejara en salvo debía volver aquí, y vengar con sangre de ese bandido la infamia sin nombre que ha pretendido cometer.

¡Ah! ¡señor Lamas! ¿conqué todavía se arranca á los lábios de las jóvenes hermosas la palabra de amor triturándoles los huesos y despedazándoles la carne, como en tiempos de la Inquisición?

¿Conqué las cárceles sirven aún como en tiempo de los frailes, para hacernos amar de aquellas á quienes inspiramos repugnancia?

Pero el terror no ha cundido como en aquellos tiempos vergonzosos y hay hombres que tienen suficiente corazón para pedir cuenta estrecha de tales enormidades.

— Por Dios, Benitez, exclamó la astuta Dominga, no se exalte usted de esta manera y libre á ese infeliz al castigo que Dios le impondrá, no tenga duda: olvide las palabras que hemos cambiado y olvido también el secreto que le confió.

Yo, pobre mujer, no valgo el sacrificio que usted quiere hacer: ¡cumpla usted con su deber, y cúmplase la voluntad de Dios!

—¡Que yo me olvide! para eso sería preciso cortarme la cabeza y volcar la masa encefálica.

¿Sabe usted lo que me pide, Dominga? un imposible y un imposible peligroso, ¡porque puesto en el caso de tener que olvidar, mi pobre razón no duraría un minuto en mi cabeza!

¡Huyamos, vámonos donde no haya mónstruos semejantes y llore ese miserable la pérdida eterna de la mujer que quiso hacer suya por medio del terror!

Si tiene usted aquí algo que quiere llevar consigo, si desea salvar alguna cosa del saqueo á que será entregada su casa, prepárelo para mandarlo á la volante.

Yo debía al salir pegarle fuego á la casa, para que ni siquiera quedara memoria de este crimen vergonzoso.

—¡Por Dios! suplicaba Dominga fingiendo un vivo interés por el jóven: cálmese usted, amigo mío, cálmese, que su espíritu precisa reposo.

¡Dios mío! ¡Dios mío! añadió como si hablara consigo misma, aleje de sobre su cabeza hasta la sombra de una desgracia, ¡pues si algo pudiera sucederle por causa mía, no podría consolarme jamás!

—¡Angel generoso! exclamó Benítez, que la miraba absorto: piensas en mí cuando es tu suerte lo único que debía preocuparte!

¡Oh toda la sangre de mis venas sería poca para comprar tu felicidad!

Dominga sentía un bienestar inmenso al escuchar al jóven, pues á más de considerarse completamente libre y fuera del alcance de los unitarios, sentía el halago de ver á aquel jóven tan esbelto y bello rendido de amor á sus piés y dispuesto á obedecer á la dirección de su mirada.

La cortesana impura se sentía feliz al verse amada así, y quizá en aquel momento sintió por el jóven algún interés.

—Bueno, exclamó éste de pronto, si yo me pongo á mirarla, se me irá la noche en un suspiro sin haber hecho otra cosa que perder el tiempo lástimosamente.

De un momento á otro pueden venir aquí de la Policía y conviene entónces que estemos lejos.

No perdamos tiempo, señora, á estas horas debíamos salir ya de la ciudad.

—Un instante, dijo la jóven, y se arrodilló delante del niño Jesús, tan mal guardián de correspondencias.

Ayúdalo, buca Dios, dijo en voz alta, aunque perezca yo en manos de mis enemigos: ¡que tu infinita misericordia premie su valor y su abnegación!

Cuando Dominga se levantó, Benitez tenía los ojos llenos de lágrimas: aquella plegaria hipócrita lo había enternecido.

—Es usted la mujer más pura y más noble que he conocido, le dijo: aunque tuviera que afrontar el cadalso, yo la libraría á usted de sus enemigos: vamos.

Dominga, que no conocía la inteligencia del jóven, quiso dirigir la expedición, dándole algún consejo, pero él la detuvo apénas empezó á hablar.

—El puesto que tengo, le dijo, que como usted verá es de gran confianza, lo he conquistado á fuerza de valor y de astucia: no abrigue usted el menor temor y ya verá que está en manos expertas.

Mira, dijo al cochero, ¿sabes dónde vamos?

—El señor Jefe me dijo que viniera aquí y me pusiera á sus órdenes, nada más; ahora yo supongo que vamos á la Policía.

—Bien, vamos á la Policía, pero antes quiero dar un gran rodeo: ahora toma el camino de la Unión, y si sientes la menor palabra fuerte, el menor grito, te metes á todo escape en la calle más sola que tengas al paso.

Ya vé usted, señora, agregó dirigiéndose á Dominga, que toda tentativa de escándalo es inútil y no producirá resultados: confórmese usted con su suerte y fíese en la justicia de Dios.

Dominga, que entendió al momento todo el alcance de aquel diálogo, gimió como una persona desesperada.

Los dos jóvenes subieron al carruaje que empezó á andar velozmente en la dirección indicada, y Dominga se recostó sobre el pecho del jóven y empezó á llorar tratando de sofocar sus sollozos.

Benitez la consolaba de todos modos, diciéndole que ningún peligro corrían, pero ella lloraba siempre y se estrechaba á él cada vez que pasaban por un cuerpo de guardia.

La ardiente imaginación del pobre jóven recorría el mundo de la felicidad, forjando cuadros de suprema dicha y de amor infinito.

La espléndida belleza de Dominga llenaba su fantasía arrullándola con un paraíso interminable.

En aquellos momentos se hubiera sacrificado sin mirar atrás, por ahorrarle una sola de las lágrimas que vertía.

Así siguieron acertando el camino, hasta que llegaron á las primeras avanzadas.

La volante fué detenida y obligado Benitez á bajar para hablar con el Jefe del destacamento.

—No puedo moverme de aquí si no se me dán dos centinelas para que vigilen la persona que vá adentro, dijo Benitez.

Dominga, que al ser detenida se había alarmado, cuando escuchó la respuesta del jóven comprendió recién todo el espíritu y sagacidad de éste, quedando perfectamente tranquila.

—Dios me proteje, murmuró, pues he dado con el único hombre capaz de realizar proyecto tan difícil.

Benitez habló con el oficial superior encargado del destacamento, á quien exhibió su pase en toda regla.

Este conocía al jóven perfectamente, pero como desde las deserciones producidas había órdenes muy rígidas al respecto, examinó con cuidado el pase preguntando:

—¿Y qué diablo lleva ahí que con tanto cuidado hace guardar? preguntó: se entiende que esta pregunta es por si acaso puede decirlo sin faltar á su consigna.

—Llevo ahí nada ménos que á la célebre Dominga Rivadavia, persona peligrosísima como usted sabe: tengo orden de ponerla sobre las líneas enemigas y obligarla á pasarlas si se resiste, aún haciéndole fuego.

Dominga oyó éstas palabras y fué entónces que se sintió seducida por el espíritu del jóven.

—¡Bravo! respondió el comandante del destacamento, vá á

necesitar un pase mío para las últimas avanzadas, que se lo voy á entregar ahora mismo.

Y entregó á Benitez un pase sin el cual no hubiera podido salvar la avanzada, y una órden para que se le prestara cualquier auxilio que necesitara.

No necesitaban más los fugitivos, con lo que Benitez se despidió, pues tal vez dentro de poco llegara alguna órden de detenerlos, pues Lamas, al ver su tardanza, sospecharía quizás la causa, ó por lo ménos abrigaría sus desconfianzas.

«Dejará usted pasar al oficial de policia portador, decía el pase, proporcionándole todo auxilio que llegara á solicitar.»

Benitez volvió á subir en la volanta y dió órden al cochero de seguir adelante.

—Dios nos proteje, murmuró al oído de Dominga: aquí llevo un pase sin el cual no hubiéramos podido salvar las líneas de las últimas avanzadas.

—Es que usted ha procedido con una astucia infinita, respondió Dominga. Dios le premie lo que usted hace, pues yo no puedo más que expresar mi agradecimiento.

Y estrechándose contra el jónen en la oscuridad, buscó su boca, imprimiendo en ella un beso de fuego.

Benitez tembló de una manera poderosa, estrechó á Dominga entre sus brazos con tanta fuerza, que ésta tuvo que ponerle las manos sobre el pecho para evitar que la sofocara.

—¡ Por Dios bendito! exclamó, y yo había tenido á mi lado una Santa Bárbara sin sospecharme su estallido.

—Perdone usted, ángel mío, la monstruosidad que voy á decir, ¡pero en este momento bendigo la situación desesperante que la colocó á mí lado!

—Yo en este momento no siento lo que he sufrido, contestó ella, si es que había de tener semejante recompensa.

¡ Bien dicen que Dios no abandona sus criaturas!

Aquel diálogo de amor siguió en un crescendo enloquecedor, hasta que vino á sacarlo de sus éxtasis el «¡ alto ahí, quién vive!» del centinela.

Benitez se apersonó al oficial de la guardia á quién exhibió el pase que acababan de darle.

—Puede usted pasar y pedir lo que necesite, compañero, respondió el oficial: ya comprendo de lo que se trata.

—Por el momento no necesito nada, contestó Benitez, dueño de toda su serenidad, sino que no permita que esta volanta se mueva de aquí hasta mi regreso.

—Vaya usted tranquilo, compañero, pero con cuidado, porque aquella gente, antes de saber lo que se quiere, puede santiguarlo de un chumbo.

—No hay cuidado, pues la misma presa es mi garantía.

¡Baje usted, señora! agregó con aspereza dirigiéndose á su compañera: aquí vamos á seguir á pié, pero la distancia es corta y poco se ha de fatigar.

Dominga, comprendiendo la táctica de Benitez, gimió y descendió penosamente de la volanta.

—Si lo que se quiere es matarme, dijo, bien podían hacerlo de una vez, mortificándome ménos.

—Silencio, que aquí no hemos venido á discutir, la interrumpió Benitez con grosería: ménos palabras, señora mía, y andando que demasiado tiempo hemos perdido y yo no sé desde ayer lo que es descanso.

La noche no podía ser más hermosa y más clara.

La luna brillaba en todo su esplendor, y desde el punto en que se hallaban, podía apercibirse bien la sombra de los centinelas del enemigo.

—Por piedad, dijo Dominga, présteme usted su brazo, porque sin ningún apoyo no podría andar ni cuatro varas.

—No lo merece usted seguramente, pero no quiero que se me acuse de una crueldad que no he tenido: apóyese usted en mi brazo y siga á buen paso, ya nos observan y no quiero que me regalen una onza de plomo: ¡hasta luego, compañero!

Y Benitez, dando el brazo á Dominga, se alejó de allí rápidamente.

—Francamente, tengo miedo que aquellos bárbaros vayan á hacernos fuego, no por mí que estoy habituado á estas fiestas, sino por usted, señora.

Colóquese detrás de mí, se lo ruego, así tendré la felicidad de servirle de escudo y salvar su vida en un caso dado.

Dominga tenía una seña para hacerse conocer de las guardias enemigas, seña que se trasmitía diariamente á los centinelas, pues desde que Dominga estaba en Montevideo, había pasado ya muchas veces al campo de los sitiadores.

Esta seña consistía en un pañuelo blanco que se ataba en la frente de manera que se pudiera ver desde larga distancia.

Pero no quería decir á Benitez que tenía aquel medio de hacerse conocer para que la aventura fuese más novelesca y gozar más en los sacrificios que por ella hiciera el jóven.

Así es que á su proposición de cubrirse á su espalda de todo peligro, dijo que no aceptaba.

—¿Qué haría yo si usted cayera á mi lado herido por una bala? ¿morir de horror y de espanto?

No, amigo mío: sigamos así-nomás y corramos la misma suerte.

El jóven insistió pretendiendo obligarla á andar detrás, pero inútilmente: ella se escapaba y se colocaba á su lado.

Llegó el momento en que Dominga juzgó prudente ponerse su pañuelo en la cabeza.

—Un momento, amigo mío, dijo: todas las emociones sufridas me han dado un terrible dolor de cabeza: permítame oprimir mi frente con un pañuelo, que esto, si no me lo quita, aliviará mucho mi mal.

Benitez se detuvo y él mismo anudó el pañuelo á la frente de Dominga, en la forma que ella le dijo.

Ya era tiempo: los centinelas, que al avanzar una mujer acompañada de un oficial, pensaron que era Dominga, dudaron al no ver la seña convenida y habían ya preparado sus armas, que volvieron á echar al brazo al verla atar su cabeza.

Entretanto el oficial de la avanzada de adentro, estaba violento al ver que Benitez se aproximaba tanto al enemigo, pues creía que, como otras veces, se pensaba sólo en obligar á aquella mujer se internara en campo enemigo.

—¡Es un imprudente! exclamaba; desde ahí podía mandar la avanzar sola, amenazándola con su pistola; cualquier guardia de caballería que se desprenda lo va á hacer prisionero.

Y pensando en protegerlo si llegaba este caso, mandó á su guardia montase á caballo y marchara al paso.

—¡Nos persiguen! dijo Dominga con cierto recelo.

Dió vuelta Benitez, pero al observar el paso tranquilo de los soldados, miró cariñosamente á su compañera y le dijo:

—Me protegen. Aquel leal compañero cree sin duda que avanzo demasiado, porque no puede suponer que yo también me vayo, y manda esos soldados para que me protejan en caso que salieran á hacerme prisionero.

—¡Me había alarmado! no importa, apresuremos el paso.

Y siguieron avanzando hasta la guardia de Oribe, cuyo oficial se adelantaba también tranquilamente á recibirlos, habiendo reconocido á Dominga.

—¿Qué significa aquello? se dijo entónces el oficial de adentro saltando á su vez á caballo.

Y al ver que Benitez y Dominga hablaban con el otro oficial y avanzaban amistosamente, se puso á la cabeza de sus soldados que desplegó en guerrilla, mandando un chasque con la noticia de lo que sucedía al comandante que expidió el pase.

Ya en la ciudad se buscaba á Benitez, y habiendo sabido Lamas la dirección que llevó el carruaje, había mandado aviso á todas las avanzadas de la línea para que fueran detenidos.

Conociendo la astucia y el talento de Dominga, Lamas comprendió instantáneamente que su oficial había sido seducido y que junto con aquella víbora se había dirigido al campo de Oribe á engrosar las filas de los desertores.

Viendo el oficial que su chasque no volvía, y que Benitez y Dominga se iban, replegó su guerrilla y les hizo fuego.

Benitez cubrió á Dominga con su cuerpo y apresuró la marcha, miéntras salía una guerrilla más fuerte á contener á los que avanzaban.

El combate se trabó encarnizado, teniendo la guardia de adentro que regresar aunque haciendo fuego en retirada, pues el enemigo que avanzaba era mucho más numeroso.

—¡Traidor! ¡cobarde! exclamó: su traición nos cuesta dos bajas.

Y era verdad: á los fuegos del enemigo acababan de caer dos soldados de su guerrilla.

Aquel tiroteo fué la manera alarmante con que se anunció en el campamento de Oribe la reaparición de Dominga Rivadavia acompañada de un nuevo desertor.

Cuando el oficial recibió por chasque la órden de detener á los fugitivos, era ya imposible de cumplirse, pues Benitez y Dominga estaban ya en el alojamiento del general Oribe.

—Un momento, jóven, había dicho el general á Benitez; para saber á qué atenerme, voy á hablar un momento con la víctima: usted tiene toda la traza de ser su salvador, pero no sé en qué condiciones ha obrado.

Benitez se quedó á la puerta y Dominga entró al alojamiento del general, á quien después de imponer detalladamente de lo que pasaba en la plaza, le refirió de que manera había logrado escapar.

—¿Y Rivadavia? preguntó.

—En Buenos Aires están los dos esperándote.

Bueno, respondió Dominga satisfecha de aquella noticia que la dejaba en franca libertad: me voy á descansar y á hacer descansar á ese poltre jóven: dentro de tres días me iré yo también.

—¿Y él? preguntó Oribe.

—Usted hará entónces lo que le parezca, que siempre será lo mejor.

Bueno, vayan nomás, agregó sonriendo con malicia y la acompañó hasta donde estaba el jóven, dándoles un soldado para que los condujera á su alojamiento.

Benitez fué feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre que ama y se siente correspondido por una mujer bella y jóven.

Pero aquella felicidad le duró muy poco: fué un relámpago á la vida del corazón.

Un día, tres después de haber llegado al campo de Oribe, Dominga desapareció sin que Benitez pudiera atinar qué había sido de ella.

Esperó hasta mediodía y después hasta la tarde, pero Dominga no apareció.

Alarmado con tan larga ausencia, se apersonó al general Oribe para ponerlo en conocimiento de lo que pasaba y su sorpresa creció al ver la sonrisa con que Oribe lo escuchaba.

—Es bueno que usted sepa, jóven, que esa mujer es casada, reciénmente casada, y que tiene que cumplir deberes ineludibles.

Antes de ir á Buenos Aires, me vino á ver y me dijo que se iba sin prevenir á usted nada, porque quería evitarse el espectáculo del dolor que iba á causarle la noticia de su forzosa separación.

Hágale comprender, agregó, que estoy forzada á obrar así por circunstancias especiales que algún día le haré conocer.

Benitez no contestó una palabra, reflexionó un momento y sin dejar traducir á su semblante la honda pena que sentía, dijo de pronto:

—Muy bien, pero yo me voy á aburrir ferozmente: el general me haría un verdadero servicio si me nombrara en servicio de avanzada, de este modo pasaría el tiempo más entretenido.

—No tengo inconveniente, pero antes quiero darle un consejo: no trate de pasarse á la plaza, porque de mis filas es más difícil desertar y podrá hallar la muerte muy fácilmente.

—¿Y qué he de ir á hacer á la plaza, señor? exhibir mi vergüenza y mi deshonra que me llevarían á un consejo de guerra?

Mi suerte está ya echada, general, y la plaza de Montevideo cerrada á mí para siempre: la palabra traidor suena muy mal en mis oídos.

En vista de esta sencilla manifestación, el general Oribe nombró á Benitez jefe de una de las guardias más avanzadas, compuesta de un cabo y cuatro soldados.

Al día siguiente Benitez salió á hacer su reconocimiento, comprometió un combate y se hizo matar bizarramente, luchando cuerpo á cuerpo y con la espada en la mano.

No había podido resistir á la pérdida de Dominga, en quien había encontrado toda su felicidad y á quien había creído libre de todo compromiso de corazón.



Un desengaño.

Una vez en Buenos Aires, Bernardino Rivadavia empezó á recibir los más crueles informes de su mujer y el pésame más sentido por el matrimonio que había contraído.

Le habían pintado á Dominga en toda su horrible desnudez, pero era tan monstruosa esa pintura, que el jóven la había creído una calumnia dictada por la envidia, pues no podía concebir un sér tan malvado como el que se le pintaba.

Recordaba la suprema hermosura de Dominga, la plácida y noble expresión de su semblante purísimo, la bondad acariciante que brotaba de sus ojos y no podía creer en la verdad de lo que se le decía, pensando que fuese una maldad ó una broma de pésimo gusto.

Es que Bernardino Rivadavia era un jóven inocente y noble que, no teniendo idea de la perversidad humana, juzgaba á los demás por sí mismo, no creyendo que hubiera álguien capaz de gozarse en el mal ajeno.

Rivadavia estaba enamorado de Dominga con todo el vigor de su alma vírgen é impresionable: amaba á Dominga con locura y la creía la mujer más santa que pudiera hallarse.

—¿Qué razón hay para que ella hubiera ido á fingirme amor? pensaba y contestaba á los que le retrataban aquel mónstruo.

No es el prestigio de mi apellido, puesto que sin mí ella lo lleva; no es la ambición de un marido, pues conozco mil hombres

que habrían hecho lo mismo; no es tampoco algún dote extraordinario que yo posea, pues soy de los más insignificantes hombres que ella habrá tratado.

No siendo nada de esto, ni el brillo de una fortuna que no tengo, hay que convenir que si Dominga se ha unido á mí, ha sido arrastrada por un cariño espontáneo que no puede haber obedecido á cálculo alguno.

La familia de Rivadavia, como todo Buenos Aires, sabía cuál era la misión de Dominga en Montevideo y calculaba cuál había sido el móvil del casamiento.

Pero aunque se lo hacían presente al jóven, de una manera clara y precisa, él se resistía á creerlo, añadiendo que era inútil cuanto pudieran decirle, pues solo la evidencia podría convencerlo de cuanto se le decía.

—Mientras mayor sea tu incredulidad mayor será tu desencanto.

—Veremos á ver, pero mientras no tenga la evidencia no creo.

Entretanto, Dominga, detenida en Montevideo, no podía hacer llegar sus noticias hasta Bernardino, que no podía explicarse su ausencia y empezaba ya á alarmarse.

Ya se preparaba á regresar al campamento de Oribe, á ver si el general le daba alguna noticia, cuando fué agradablemente sorprendido por la presencia de su esposa, que le saltó al cuello llenándolo de apasionadas caricias.

—¡ Al fin te vuelvo á ver! decía aparentando una alegría extrema, ¡ cuándo ya creía que no volveríamos á vernos más sobre la tierra!

Mucho he sufrido, amado mío, estando amenazada de fusilarme, pero todo lo sufría por tí y era feliz: me parecía que al saberlo, aún muerta, tú me habías de amar más.

—¿ Y cómo puedo haber sido yo la causa de tus sufrimientos? preguntó Bernardino dolorosamente impresionado: ¿ por qué han llegado hasta amenazar tu vida?

Dominga bordaba aquí una historia fantástica, que refería entre lágrimas y sonrisas, entre frases de horror y de apasionado cariño.

—Tú sabes que regresé á Montevideo á buscar mis papeles y alhajas, decía; apénas pisé la ciudad fui arrestada por órden de la policía y encerrada en un lóbrego y súcio calabozo.

Se me acusaba de haberte hecho desertar de las filas del ejército, porque yo era allí agente de Rosas.

Yo dije que no te había hecho desertar, pues tú no habrías consentido esto jamás, y aseguré que te había hecho dejar el servicio, usando del derecho que tiene toda mujer enamorada de su marido, de apartar á éste de todo peligro grave para conservarlo vivo á su amor.

¿Cómo se figuran ustedes que yo voy á tener un marido para que el día ménos pensado me trajeran á casa su cadáver ó la noticia de su muerte?

Mi primer cuidado fué arrancarlo de las filas del ejército y conservarlo para mí, puesto que una vez muerto ustedes no habían de resucitármelo.

Si este es un delito de la magnitud que ustedes le dan, declarado con franqueza que si veinte veces me hallara en igual caso, veinte veces procedería de la misma manera, á pesar de todas las amenazas que ustedes puedan hacerme y aún cumplir con la mayor crueldad.

—Pues si usted no promete hacer regresar á Rivadavia á Montevideo, por medio de cartas que yo mismo dictaré y enviaré, me dijo el Jefe de Policía, me es triste anunciarle que será usted fusilada.

—¿Fusilada? pregunté: será una nueva infamia añadida á las tantas que han cometido ya; pero de todos modos, fusilada ó nó, lo que se me pide es un disparate y un crimen semejante, que sólo mueve á risa: no me espanta.

—Pues aseguro á usted que será fusilada y que sólo podrá salvarla la presencia del desertor Rivadavia.

—¿Para juzgarlo y condenarlo?

—Fuera de toda duda; pero seremos con él bondadosos: sólo queremos hacerlo reincorporar al ejército para salvar la moral y buen nombre.

—¡Estúpidos! grité entónces sin poderme contener: ¡son ustedes tan estúpidos como malvados!

¿Cómo se figuran que voy á contribuir á que venga mi esposo para que ustedes lo martiricen? ¿cómo creen que yo les voy á entregar el hombre que amo, para que ustedes lo traten como me tratan á mí actualmente?

¡La muerte! ¡mil veces la muerte! pero no vuelvan á proponerme esa infamia porque se expondrían á que yo les escupiera en la cara.

Estas palabras mías irritaron ferozmente á Lamas, que después de dirigirme todo género de insultos y palabradadas, me mandó encerrar nuevamente, después de mil amenazas que no dejaban de hacerme impresión.

Rivadavia estaba encantado: estaba persuadido de la verdad de aquella narración y admiraba, entusiasmado el amor que por él tenía Dominga, y el valor heroico con que por él había arros-trado la muerte.

Y la llenaba de tiernas caricias, dirigiéndole las frases más enamoradas.

Así me tuvieron algunos días, hasta que me sacaron del in-mundo calabozo para hacerme la misma proposición bajo las mis-mas amenazas.

Yo sufría horriblemente, pero, ¿qué me importaba? sabía que tú estabas á salvo de todo peligro y esto era mi mayor con-suelo.

—No vuelvan á hacerme semejante proposición, dije de una manera terminante, pues ya no los crearé estúpidos sino simple-mente locos.

—Pues será usted fusilada.

—Háganlo en buena hora, pero déjenme en paz.

La ira de aquellos bárbaros no tuvo límites entónces; me in-sultaron de una manera sangrienta y me volvieron al calabozo, diciéndome que tomara mis medidas, porque á los tres días se-ría fusilada.

Dios, que no falta nunca á sus criaturas en los momentos de tribulación, me deparó un oficial noble y generoso, que habiendo escuchado mi última entrevista y compadecido por los sufrimien-tos infames de que yo era víctima, se me acercó á la noche y me dijo:

—No tenga usted cuidado, señora, estoy horrorizado con lo que de usted se pretende y me he propuesto salvarla: esta noche y mañana á la noche esté usted dispuesta, que en el momento oportuno yo vendré á salvarla.

No se alarme, aunque le digan cualquier otra monstruosidad.

Y aquel hombre generoso cumplió su inesperada promesa.

A la noche siguiente, aprovechando un momento en que todos dormían, vino trayéndome un traje de hombre y me condujo hasta las avanzadas, de donde me fué más fácil pasar á campo de Oribe, á pesar de los tiros que me hicieron los centinelas que me vieron huir.

Aquí tienes mi triste historia, que te explicaré el por qué antes no me he reunido á tí: he sufrido mucho, te lo aseguro, pero no me pesa, puesto que eras tú el objeto de mis sufrimientos.

Rivadavia se sentía profundamente conmovido con aquella narración.

¡Cómo no amar con locura á una mujer que tan grandes sacrificios había hecho por él y que tanto había sufrido por su amor!

—¡Tan buena, tan noble, y tan calumniada! exclamó; ¡es preciso convencerse de la maldad humana que nada respeta, ni los vínculos más sagrados!

—¿Por qué dices eso? preguntó Dominga, te han dicho algo de mí?

—Mucho, contestó Rivadavia abrazándola; y refirió á Dominga todo cuanto de ella le habían dicho desde que volvió de Montevideo.

¡Pero todo era en vano: demasiado te conozco yo para creer esas infamias!

—¡Brutos! exclamó Dominga, separándose de los brazos del joven y dejando asomar dos lágrimas.

¿Cómo pueden lanzar así calumnias tan fáciles de destruir y enconarse en una persona que ningún mal les ha hecho?

¿Sabes la causa de todas esas infamias? escucha y asómbrate al ver hasta donde llega la maldad de los hombres.

Y Dominga, con un talento exquisito forjó en seguida una de esas fantásticas historias en que, como siempre, aparecía como víctima expiatoria de culpas que no tenía.

Por aquella historia resultaba que todos aquellos que le habían hablado de aquella manera, eran personas que habían estado enamoradas de ella, y que ella había despreciado ó mandado en hora mala.

—Es lo mismo que si tú, en vez de haber tenido fé y esperanza en mi amor, me hubieras también calumniado, vengándote de que yo no te amara.

Todos esos seres groseros y ruines, lo que me han visto casada contigo y muertas por consiguientes todas sus esperanzas, se han sentido ahogados por el despecho y han creído vengarse diciéndote todo eso, no por hacerte mal, sino para obligarte tal vez á abandonarme y ver renacer entónces sus esperanzas muertas por la soledad en que yo quedara.

Aquella explicación hábil no sólo convenció á Bernardino de la verdad de las palabras de Dominga, sino que se sintió profundamente indignado contra aquellos que se habían hecho cómplices y propaladores de las calumnias.

—Desprécialos, mi querido, dijo, que demasiado castigo tendrán al ver que, lejos de aceptar sus calumnias, me amas siempre de la misma manera.

Este será el único castigo duro que pueda aplicarse á su infamia.

—Tienes razón, mi vida, contestó el jóven; con mi desprecio llevan su mayor castigo: esto en cuanto á lo que ya me han dicho.

Ahora, tengo el firme propósito de partir el corazón al primero que pretenda venir á remover la calumnia.

Yo no puedo tolerar que mi mujer sea el ludibrio de nadie, ni que me tomen á mí por el vaciadero de sus infamias.

—No quiero que te expongas, que por verte libre de peligros he sufrido yo tanto: desprécialos como los desprecio yo, que te aseguro que sus calumnias no producen en mi espíritu mayor impresión que la que produciría el zumbido amenazante de un mosquito, que se espanta moviendo la mano.

—Tal vez tengas razón, pero el desprecio es á veces hijo del temperamento y de los nervios y no siempre se está dispuesto á oír con la misma calma las cosas desagradables, más cuando se sabe son dichas con tan perversa intención.

—No quiero, no quiero, exclamó ella fingiendo gran agitación: basta de peligros y de alarmas: ¡quiero pasar una vida más tranquila, que demasiado he sufrido!

—Siempre será lo que tú quieras, pero tendré que pedir á Dios una buena dosis de paciencia, único medio de acceder á tu pedido.

Así, respecto á Rivadavia, Dominga podía estar perfectamente tranquila: por brutal que fuera la revelación que pudieran hacerle, ya el jóven estaba preparado para recibirla y rechazarla.

Y ella podría seguir su vida de perdición y de maldades, sin peligro que ellas le robaran un átomo del amor de su marido.

No es que Dominga lo amara, porque jamás había amado á nadie, ni á sus propias hijas.

Pero sentía bien pagada su vanidad de cortesana, con un marido jóven, de mérito y perteneciente á una de la más distinguidas familias, de cuyo brazo podría franquear cualquier dintel, ultrajando con su presencia á las damas que tanto desprecio le demostraban.

—No quieren darse conmigo, decía: se creen manchadas con mi contacto, y tendrán que soportarme, mal que les pese, obligadas por el nombre de mi marido.

Entónces, como ahora, había la preocupación de creer que el marido levanta á su nivel á la mujer con quien se casa, sin ver que es él quien rueda hasta el abismo cavado por la conducta de su mujer, á nivelarse con ella.

El caballero que se casa con una mujer degradada, no podrá levantarla jamás á su nivel, porque no se borran con un matrimonio los actos infamantes: él será quien se asimila entónces á la mujer con quien se liga, participando de la vergüenza que ella entraña.

Así Dominga creía que su matrimonio la elevaría hasta Rivadavia, sin ver que era Rivadavia quien rodaba hasta el cieno de su conducta pasada.

Rivadavia, inocente y noble, crédulo y enceguecido por su amor; no vió el lodazal á que se arrojaba sin defensa y se sintió feliz ante esta suprema vergüenza: ser el marido de una mujer impura.

Confiada en la seguridad del ciego amor de su marido, Dominga, lejos de contenerse, volvió á entregarse á su vida de escándalo y de impureza.

La trágica muerte de Benitez le había sido comunicada, pero lejos de producirle una impresión dolorosa, la había mirado con cierto placer.

¿Qué más quería que verse libre de un amante importuno y peligroso por la misma intensidad de su amor?

La muerte de Benitez era, pues, una noticia agradable para ella que no había dejado de pensar en el peligro que entrañaba un encuentro con Benitez que todo lo había sacrificado á su amor, y á salvarla de Montevideo.

Esta noticia fué, pues, el complemento de su tranquilidad: ya nada tenía que temer por aquel lado.

Su viejo amante fué el objeto único y exclusivo de sus cuidados y caricias, con gran escándalo de todos ménos de su marido, que era el único en ignorarlo.

El vivía feliz, creía profundamente en el amor de Dominga, nada de malo ni de criticable veía en su conducta y hasta atribuía á envidia mal contenida la expresión de ciertas miradas que le dirigían al paso.

—; Pobres diablos! murmuraba, ¿no pueden todavía conformarse con la pérdida de sus esperanzas, y me quieren mal por esto!

¿Tengo yo la culpa de que Dominga me haya preferido á todos ellos?

Pero aquella confianza ciega no podía durar eternamente.

Dominga no se daba la pena de recatarse y sus escándalos eran del dominio público.

En todas partes se la veía con Barbosa, ó éste se pasaba los días en su casa.

Y como Barbosa era su yerno, Rivadavia miraba aquello como la cosa más natural, pues su alma noble no podía tampoco suponer que una madre fuese susceptible de cometer contra su hija tan infame crimen.

Fué su hermano el que tomó sobre su cuenta el duro deber

de abrirle los ojos y mostrarle el abismo de infamia en que vivía, haciéndole presente lo que pasaba.

Aquello era duro y mortificante, pero era necesario.

—Hermano mío, le dijo un día, es necesario que yo te revele una verdad monstruosa, aunque ella vá á causarte un dolor profundo.

Yo sé que voy á causarte una pena inmensa y que vas á resistirte á creerla, en el primer momento.

Pero son tan grandes los beneficios que vas á reportar, es de tal magnitud el bien que vés á recibir, que no trepido en causarte la honda pena del momento, para evitar mayores males: asumo yo cualquiera consecuencia que esto engendrará para mí.

—¿Qué sucede, hermano mío? preguntó Bernardino, justamente alarmado por el grave tono que aquél empleaba; habla pronto que ya me tienes sobre áscuas.

—Sucede, Bernardino, que estás haciendo un papel desgraciado y poco envidiable ante la sociedad.

Yo, como los que te concen, sabemos que eres completamente inocente y que te venden como á un niño, pero habrá muchos otros que te creerán cómplice, ó por lo ménos que toleras esa infamia y que te enlodas á sabiendas.

—¿Pero qué sucede? ¿de qué manera puedo yo estar enlodando?

—Sucede, hermano mío, que has tenido la desgracia de caerte con una miserable que se complace en arrastrar tu nombre por el fango.

Bernardino se puso de pié lívido y amenazador, gritando: ¡eso es una calumnia miserable! ¡la misma calumnia de toda la vida!

—Óyeme hasta el fin, y después me dirás cuanto quieras; óyeme con juicio y no te dejes arrebatar por la cólera, porque entonces creeré que has perdido el juicio.

Cuando á un hombre se le habla de su honor y es su hermano quien le habla, por lo ménos debe escucharlo sériamente y no ponerle móviles infames.

Oye, pues, oye atentamente, y si después dudas, yo me encargo de probarte todas mis afirmaciones.

—Habla entónces desde que así lo exiges; tendré el placer á mi vez de destruir todas tus pruebas.

Rivadavia hizo entónces con tintes vigorosos y breves la historia de Dominga, hasta su aventura con el desgraciado Benitez que conocía en todos sus detalles.

Ahora que ya no tiene que hacer, que no tiene nuevas aventuras que correr, porque todos la desprecian, ¿sabes lo que hace?

Pues bien, arrastra tu nombre por el lodo, entregándose á su viejo y favorito amante.

Bernardino estaba trémulo y lívido; miraba con espanto á su hermano y se oprimía la frente con desesperación.

—Pero esa es una mentira infame y estúpida, eso no puede ser cierto, y tú propalas esos rumores que desparrama la envidia y el despecho.

—¡ No seas loco y abre los ojos! todo cuanto te he contado hasta el episodio de Benitez, es público y te lo puedo hacer narrar por cincuenta, pues públicos han sido sus escandalosos amores con Quiroga y tantos otros, como públicos son también hoy sus aventuras con Barbosa.

¿Qué puedes esperar de una mujer que casa su hija con su propio amante, para vivir con él en mayor franqueza y desahogo?

¿Qué vás á esperar de una mujer que sacrifica sus hijas en honor de su vida de infamia y vicio?

¿Crees que puede guãrdar amor por su marido quién no lo ha tenido para sus hijas?

—Pero eso es tremendo, exclamaba Bernardino horrorizado; eso necesita una prueba y una prueba inmediata, de otro modo no podré creer jamás lo que me dices.

—Te lo probaré de una manera palpable puesto que ello es necesario para salvarte: voy á empezar por probarte su vida pasada: después te haré ver por tus propios ojos cómo procede esa mujer en la actualidad.

¿Díme ante todo, tienes fé en el general Iriarte? ¿crees que sea una persona capaz de levantar calumnias á una mujer ó prestarse á hacer correr las que otros inventan?

—No lo creo capaz de tales cosas; tengo profunda fé en su palabra, que considero como la más pura verdad.

—Pues bien, toma tu sombrero y vamos á verlo, él te dará informes soberbios sobre su cuñada, demostrándote la verdad de cuanto te he referido.

—Vamos allá, dijo Bernardino tomando su sombrero de una manera nerviosa, y si Dominga resulta conforme á la pintura que tú me has hecho, yo te juro que tendrá para llorar toda la vida.

¡Ea, andando, que siento que el juicio se me escapa por entre los dedos, y que me voy á volver loco!

—Vamos, pero conserva todo tu aplomo, que harto lo vés á necesitar.

Sobre estas cosas que afectan el honor y el porvenir de un hombre, vale la pena de reflexionar un momento con cierto reposo, para no hacer una locura de que más tarde haya que arrepentirse.

—Es que cuando se escuchan cosas semejantes no se puede tener calma porque el golpe es demasiado rudo y doloroso.

Han dado sobre mi corazón un golpe que vá á repercutir sobre la felicidad de toda mi vida, que estaba basada en el amor de esa mujer.

Todo lo perdería con ella; justo es entónces que empiece por perder el juicio.

Los dos hermanos se dirigieron á casa del general Iriarte, persona leal y de respeto, cuya palabra podía creerse sin la menor vacilacion.

Al saber de lo que se trataba, estrechó la mano de Bernardino, diciéndole:

—Su hermano dá un paso que lo honra, amigo mío, y una indiscutible prueba del amor que le profesa: tenga calma y valor, amigo; cuando se tienen tan pocos años como los que usted cuenta, todo se remedia en esta vida.

Bernardino se sentó con ademán desesperado; por las pocas palabras del general comprendió adonde iría á concluir.

Con noble y reposado ademán, refirió á Rivadavia y á grandes rasgos, la historia de Dominga que hemos narrado, referencia que fué corroborada por su respetable madre.

—Ahora sólo me resta darle un consejo, si usted me lo permite y lo acepta.

—Me honra usted con él, general.

—Pues bien, amigo mío, su vida al lado de su mujer, y aún en el mismo país que ella habite, es imposible.

Retírese usted á dar un lejano y largo paseo, sin decirle nada, sin cambiar con ella una sola palabra, pues esa podría dar pábulo á un diálogo violento.

Si se tratara de otra mujer, yo hablaría á usted de distinta manera, pero esa no merece siquiera el honor de alojarle una bala entre los sesos.

Este es un consejo leal y prudente que usted debe seguir al pié de la letra, créamelo: otra cosa, sería un desatino que más tarde le pesaría haber cometido.

Bernardino salió de casa del general, pudiendo apénas contener las lágrimas: amaba con pasión á Dominga, al separarse sentía que la amaba más de lo que él mismo se había figurado; y experimentaba un dolor agudísimo.

—Ya ves que yo no era un calumniador, hermano mío: te ofrecí probarte con testimonios irrecusables lo que había sido aquel mónstruo y te lo he cumplido.

Ahora me falta hacerte palpar lo que es hoy y de qué manera miserable te vende: ten un poco de paciencia y resolución, que yo te haré ver por tus mismos ojos.

—Es inútil, contestó Bernardino, tengo bastante con lo que sé: ¿para qué he de beber más veneno?

Voy á seguir el prudente consejo del general Iriarte, pero necesito que tú me acompañes á casa, que me acompañes toda la noche, porque tengo miedo que la desesperación y el dolor me hagan cometer un crimen.

¡Quiero ir á casa por última vez, para recoger algunos papeles que no quiero perder y destruir algunos otros: quiero mirar por última vez aquellos muebles que yo creí testigos de mi felicidad sobre la tierra!

Después, no volveré más allí; ¡quién sabe si vuelvo á Buenos Aires donde dejo un recuerdo de vergüenza!

¡Quién me hubiera dicho esto cuando aquella miserable se acercó á mí en Montevideo, haciéndome afrontar hasta la infamia de desertar mis banderas y abandonar mis compañeros de causa!

¡Pero cómo había yo de figurarme el pasado de esta mujer! ¡cómo al través de un semblante tan espléndido podía descubrir yo un espíritu tan deforme!

¡Esa mujer no puede tener perdón de Dios sobre la tierra!

Rivadavia escuchaba á su hermano profundamente conmovido: comprendía todo el dolor que debía experimentar y lo compadecía desde el fondo de su alma.

—Valor, querido Bernardino, decía de cuando en cuando; todas las cosas tienen su compensación en esta vida, y tu sacrificio tiene la de librarte de una cadena de vergüenza que, sin saberlo tú, te tenía amarrado como un grillete.

Eres jóven, como te ha dicho el general, y la felicidad te sonreía todavía bajo mil distintas formas: la primer mujer pura con quien tropieces, te hará olvidar á este mónstruo, compensándote con usura cuanto hayas sufrido.

—¡Tal vez tengas razón! ¡quién sabe! pero concluyamos, concluyamos de una vez este asunto para salir pronto de este dolor.

Y ambos se dirigieron á casa de Bernardino.

Era ya tarde, había pasado la hora de comer, y Dominga no estaba.

—La señora me encargó avisara á usted, dijo el sirviente, que no la esperara á comer porque iba á comer con la niña: todavía no ha vuelto: ¿sirvo ya la comida?

—No, yo he comido ya y voy á salir nuevamente.

Había algo de tan terrible en la expresión del jóven, que el sirviente lo miró asombrado hasta que entró á su habitación.

—Es extraño, murmuró, ¡pero juraría que al patrón le sucede algo!

Bernardino entró á sus habitaciones seguido de su hermano y empezó á recoger papeles y objetos que colocó dentro de una valija.

Los otros papeles los fué amontonando en la estufa y les prendió fuego.

Concluída esta operación, dijo á su hermano: por mi parte estoy ya pronto, vamos cuando quieras y arreglaremos por ahí mi equipaje, porque mañana mismo me voy de Buenos Aires; aquí no podría vivir.

Los dos hermanos tomaron la valija, algunos otros objetos que había apartado Bernardino, y salieron; eran ya las diez y media de la noche.

Llegaban ya al zaguán, cuando se encontraron con Dominga que entraba á su casa.

—¿Qué es esto? preguntó sonriendo, estamos de viaje ó de simple excursión?

Algo como la sensación de la muerte pasó por Bernardino, quiso seguir adelante, pero se detuvo de pronto y se acercó á su mujer.

—Estamos de viaje, sí, de largo viaje, dijo, puedes pues felicítarte.

Dominga comprendió por lo demudado de Bernardino, que algo de terrible le sucedía; quiso entónces detenerlo de un brazo y preguntarle lo que le pasaba, pero el jóven se desprendió de sus manos y con ademán resuelto, dijo:

—Me voy porque he visto que eres una miserable y no quiero degradarme á sabiendas: jamás volverás á verme sobre la tierra, y podrás seguir así libremente tu vida de infamias infinitas.

Yo podría haberte hecho saltar los sesos, pero eres demasiado infame para que yo manche en tí mi mano; adiós, pues, canalla.

Y tomando el brazo de su hermano salió con paso precipitado.

—¡Créí que sólo eras un infeliz inocente! le gritó Dominga trémula de coraje, ¡pero veo ahora que eres un pobre idiota demasiado estúpido y demasiado canalla!

Rivadavia se estremeció poderosamente al oír aquella blasfemia y se detuvo para volverse, pero su hermano lo arrastró obligándolo á seguir adelante.

—Ya ves qué mujer es esa y que no vale la pena de que un hombre como tú se preocupe de ella tan sólo cinco minutos.

Bernardino gimió siguiendo á su hermano: ¡Demasiado lo veo, repuso, y francamente no comprendo como puedo haber estado ciego tanto tiempo; si no es por tí, hermano mío, sabe Dios donde hubiera concluído!

Aquella noche la empleó Bernardino en arreglar ligeramente todas sus cosas, y al otro día se embarcó en un buque para esperar á su bordo el primero que saliera.

No había querido quedarse en tierra un sólo día.

El hermano quedó encargado con un poder en regla, para gestionar su divorcio con aquella víbora.

Dominga quedó anonadada, no porque se le importara lo más mínimo de Bernardino, sino porque no se explicaba aquella reacción y no comprendía como aquel sér tan dominado por ella podía haberse sobrepuesto de aquella manera.

Y el abandono de un sér á quien había creído inferior bajo todo punto de vista, la humillaba haciéndole nacer el deseo de una venganza terrible.

—¡Yo me vengaré! dijo, me vengaré no sólo de él, sino de los que lo han sublevado en contra mía, haciéndole dar un paso del que él no habría sido nunca capaz.

Aquella misma noche Dominga se trasladó á casa de Barbosa, á quien refirió la infamia de que la habían hecho víctima.



La madre maldita.

Dominga se trasladó entónces con sus hijas y su yerno á la quinta de la esquina de Cerrito y Juncal, donde vivió hasta su muerte.

Quería alejarse un poco de la sociedad para obrar con más libertad, y retirarse á tiempo, porque con el abandono de Rivadavia, era indudable que empezarian á cerrarse las puertas de la sociedad, viéndose despreciada por las personas á quienes había tratado de humillar de todos modos.

Allí empezó á vivir con su yerno, única pasión de su vida á que había sido consecuente de una manera tan terrible.

Sus hijas pasaban una vida tremenda, verdadero martirio que tenían que soportar de todas maneras.

Las dos conocían ya el misterio de la vida de Dominga, en sus detalles más repugnantes.

La infeliz Hortensia veía en su madre una implacable rival, y una rival afortunada y perversa, que se complacía en robarle todo el afecto de su marido, que estaba dominado al extremo de no permitirse una sola mirada cariñosa para su mujer.

Aquel era un martirio insoportable para la pobre jóven, que había concluido por pasar su vida llorando.

Edelmira que amaba á su hermana con idolatría veía que aquel género de vida arrastraría á Hortensia á la tumba, pues no se podía soportar una vida de desesperación sin tréguas.

Cuando Dominga salía con Barbosa, Hortensia buscaba á su hermana para contarle sus miserias y ésta la daba consoladores consejos.

—Es preciso que esta vida concluya, hermana mía, y en tí sólo depende que dejes de sufrir.

—¿Pero cómo provoco yo la cólera de mamá? tú sabes lo tremendo de su génio, que no sufre contradicciones, y francamente, yo no me atrevo á tentar su cólera: ¿le tengo miedo!

—Pero es necesario que tengas resolución, sufrirás un momento las consecuencias de su cólera, por violenta que sea, pero en cambio te ahorrarás muchos días, muchos meses quizá de eterno martirio.

—¿Y qué crees tú que debo hacer para salvar situación tan miserable?

—Mudarte aparte, y si es necesario, cortar relación con nuestra misma madre: todo es preferible á la vida que llevas.

—Es que no me atrevo, respondía la pobre niña: mamá está tan apasionada de Barbosa, que hasta la creo capaz de matarme si llegara á separarlo de ella.

Además, si yo descubro que todo lo sé, ¿quién me garante que Barbosa me siga á mí? ¿quién me dice que él no ama más á mi madre que á mí misma?

La situación era verdaderamente desesperante, y las pobres niñas buscaban un consuelo en los cariñosos consejos de su abuela que, por poder verlas, no se había atrevido á romper su relación con Dominga.

El mismo general Iriarte, cuyo modo de pensar ya conocemos, no había cortado su relación con Dominga por las dos pobres niñas á quienes amaba con toda su alma.

El recurso propuesto por Edelmira no había parecido mal á estos protectores, quienes aconsejaron también á Hortensia que trabajase á su marido para que se mudaran.

Pero Hortensia no se resolvía á hacerlo, pues la madre inspiraba un terror invencible.

Sin embargo, su conducta había cambiado visiblemente.

Queriendo ganarse á Barbosa por el lado del cariño, sus ate

ciones para con él eran muy marcadas, reteniéndolo en sus habitaciones todo el tiempo que le era posible.

Los amores de Dominga habían tenido un fruto, Alberto Barbosa, que se hizo pasar en el acto por hijo de Hortensia, hijo que la desventurada niña tuvo que aceptar por no provocar la ira de la madre, pero que la decidió á buscar su separación de ella.

—Yo no puedo vivir así, dijo una noche á su marido llorando amargamente: tus relaciones con mi madre han llegado á un punto insopórtable y yo siento que mi vida se vá envenenando poco á poco, hasta que llegue un momento en que el dolor la ahogue.

Yo te he amado inmensamente y con toda la pureza de mi alma, hasta el extremo de hacerme aceptar sus hijos y su vergüenza.

Comprenderás que esto no puede seguir así, y que es necesario que termine de alguna manera.

Barbosa quedó sorprendido al escuchar á su esposa; creía que ésta no sospechaba la relación que lo unía á Dominga, pues jamás se había permitido el más leve reproche.

Indudablemente Hortensia conocía su conducta por revelaciones que le habían hecho, y entónces, ante todo, era necesario destruir la creencia.

—¡No seas loca, querida mía! dijo: ¿cómo te figuras que yo pueda desdeñar tu amor por el de nadie, y cómo creer que tu madre ha de ser tan infame para labrar tu desgracia á sabiendas y destruir un hogar que ella misma contribuyó á formar, con verdadero desseo de verte feliz?

No seas niña y no creas esas infamias que sólo pueden haber sido sugeridas por espíritus perversos.

—Esas no son infamias, ni sugeriones, porque es lo que yo vengo viendo desde que me casé: nunca había tenido valor para decirte una palabra, pero las cosas han llegado ya á un extremo en que no es posible permanecer.

—Pero es que yo te juro que estás equivocada, dolorosamente equivocada: ¿cómo crees, infeliz, que yo pueda abandonar á mi mujer, bella y jóven, á quién amo con delirio, por una mujer ya marchita y cuyo amor tibio no puede hacer un corazón?

Y diciendo esto quiso abrazar á Hortensia para prodigarle sus caricias, pero ésta lo rechazó horrorizada.

—¡Por Dios! le dijo, bajo esta impresión no me acaricies porque me causas horror, un horror invencible: veo á mi madre y á ese hijo que me han hecho aceptar, cruzarse entre nosotros.

—¡Y sin embargo no tienes razón, no tienes un átomo de razón! yo puedo probarte, demostrarte que te equivocas dolorosamente.

—Tú no puedes probarme nada: nunca quise abordar esa cuestión ni decir una palabra, pero una vez que me he resuelto, es preciso que sea yo quien te pruebe y demuestre que todo lo sé y que es inútil negarlo; que tú no puedes hacer otra cosa que enmendarte y cambiar de conducta, porque así no solo no podemos vivir, sino que esta vida concluirá por llevarme á la tumba.

Ya he contraído una enfermedad cuya marcha rápida la siento día por día.

En seguida la pobre niña hizo á Barbosa una relación exacta de todos sus pasos en sus amores con la madre.

—Y aunque no supiera todo esto, concluyó, ¿cómo te figuras que no había de apercibirme que vives más al lado de mi madre que á mi lado?

¿Dónde pasas tú los días? ¿qué haces cuando con ella vés á pasear á Morón? ¿qué haces las noches que faltas de mi lado? ¿qué significa ese hijo que me han encajado y que lleva tu apellido, por cuyos cuidados tú y mi madre se desvelan?

Yo puedo ser una inocente, pero no una idiota, te lo aseguro: piensa lo que te digo y no me obligues á tomar una resolución violenta.

Barbosa estaba aterrado, y viendo tan claramente demostrada su culpabilidad, creía inútil defenderse.

Dominado á su vez por Dominga, y sabiendo que ésta era capaz de todo, no dejaba de aterrarse ante las consecuencias que aquello podía tener, si su amante se apercibía de lo que pasaba.

—No tienes razón en lo que dices, murmuró débilmente, y yo estoy dispuesto á demostrarte tu error de la manera que quieras.

—Eso es imposible: ya te he dicho que lo único que puedes

hacer es enmendarte y cambiar de conducta, y para ello no tienes más que un camino.

—Pero dime entonces qué es lo que quieres, y verás que pronto y fácilmente podré complacerte.

—Bueno, mudémonos á otra casa, donde vivamos completamente solos: de esta manera, por lo ménos, no tendré en la misma casa á los enemigos de mi tranquilidad.

Aquella pretensión era tremenda para Barbosa, que de ninguna manera podría complacer á Hortensia sin irritar á Dominga de una manera peligrosa.

El cambio de domicilio no vendría á modificar en nada sus relaciones amorosas, pero Dominga no quería permitir aquella modificación que la haría descender de su absoluta preponderancia.

Pero no quiso tampoco negarse de pronto por no alarmar á Hortensia, hasta que resolviera la mejor manera de proceder.

—Bien, le dijo, yo estoy dispuesto á complacerte en eso y en cuanto quieras, pero comprendes que esto no puede hacerse sobre tablas; es necesario que yo prevenga con tiempo á mi suegra para que no la tome de sorpresa, y necesito el tiempo para hallar una casa conveniente.

—; Ni una palabra á mi madre! exclamó Hortensia, porque no quiero provocar una desgracia: si tú quieres mudarte porque hallas justo y razonable lo que te he pedido, no quiero que lo sepa ella hasta que yo no haya salido de la casa.

—Bien, así lo haré, pero dame un poco de tiempo que es necesario para prepararme.

Hortensia quedó así satisfecha, pero Barbosa se encontró en una situación como una montaña.

Si Hortensia temía á Dominga, más la temía él que la conocía mejor, además de estar ligado á ella por los vínculos que conocemos.

¿Cómo decirle: me mudo porque tu hija tiene celos y es preciso darle la preferencia?

Lo uno era exponer á Hortensia á un sério peligro y lo otro era exponerse él mismo á un peligro mayor.

—Es preciso dejar las cosas como están, pensó, por lo ménos hasta que la situación apure más y nos empuje á pesar nuestro.

Pero Hortensia, aconsejada por Edelmira que deseaba ver á su hermana salir de aquel abismo, empezó á exigirle el pronto cumplimiento de su promesa.

—Es preciso definir pronto esta situación, le dijo; ó te mudas ó nos separamos, porque viviendo así me causas horror, y siento que concluiré por irme aunque sea sola, porque todo es preferible á esta vida tremenda.

—Bueno, hija mía, no te alarmes, dijo Barbosa, yo te he asegurado que voy á complacerte, pero no deben llevarse las cosas á sangre y fuego.

Deja que encuentre la casa y en el acto me mudo.

Pero Hortensia concluyó por intimarle que era preciso terminar cuanto antes, pues aquella situación no podía prolongarse una semana más.

Acosado Barbosa de aquella manera y temiendo un escándalo terrible, se resolvió al fin á decir á Dominga lo que pasaba, para que ella resolviese lo que debía hacerse.

Decidido á esto, abordó resueltamente á su amante y le comunicó todo cuanto desde en principio le había dicho la jóven.

El furor de Dominga no reconoció límites al escuchar la relación de su amante.

—Conqué esa canalla, dijo ¿quiere ponerse á luchar conmigo de potencia á potencia? ¿y tú has tenido el coraje de escucharla sin sentarle la mano?

—Qué quieres, yo pretendía demostrarle que estaba en un error, porque me parecía lo más prudente y porque temía que exaltada, fuese á hacer un escándalo perjudicial para todos.

—¡Cuidado, Cayetano, cuidado como se procede conmigo, porque tú mismo no sabes adónde puedo yo llegar!

Barbosa tembló todo ante la mirada tremenda de Dominga.

—Ya sabes, se apresuró á decir, que tú estás para mí antes que nada y que nadie sobre la tierra: no tienes entónces nada que reprocharme, ni por qué enojarte conmigo.

Además, yo he querido escuchar cuanto me dijera Hortensia,

para saber hasta donde llegaban sus conocimientos y qué era lo que de ella podíamos temer.

—¿Temer? preguntó Dominga haciendo brillar en sus ojos toda la maldad de su alma: ¿temer yo algo de semejante insolente?

Ya verás cómo la arreglo yo de manera á que no se atreva á resollar en adelante; ¡era lo único que faltaba que se pusieran á luchar conmigo!

Pero aquí hay una mano oculta que yo quiero descubrir y que es la autora de todo esto.

Hortensia nada sabía y era demasiado tonta para descubrirlo: de esto tengo completa seguridad, y la prueba es que jamás te ha dicho una sola palabra ni ha manifestado saberlo.

Aquí hay alguien que ha referido lo que ha pasado á esa estúpida, incitándola á que provoque una separación y ese alguien no es otro que la bribona de Edelmira, insolente mocosuela á quien yo aplicaré el necesario escarmiento.

Siempre ha sido así ella, y yo me tengo la culpa que la he dejado vivir con el vejestorio de mi suegra, á quien el diablo lleve.

Ella siempre había manifestado abiertamente un ódio profundo á tí, pero después lo ocultó tan hábilmente que llegó á engañarme á mí misma.

Esto debe haber sido una treta, siendo ella la que ha trabajado á su hermana hasta hacerla estallar.

Pero yo averiguaré también y veremos si esa insolente persiste en lo dicho.

—Por Dios, se atrevió á decir Barbosa, yo te pido que no te dejes llevar muy lejos por la cólera, que no hay necesidad de ser muy severo.

Con no hacerles caso basta: ¿qué pueden ellas decir ó pensar que modifique nuestra vida? ¿déjalas hablar cuanto quieran, que con este ningún mal hacen.

—¿Cómo que las deje? ¿te figuras que yo puedo permitir que así se me declare la guerra en mi propia casa? ¿cómo puedes pretender que deje impune á esas mocosuelas el pretender gobernar-

me hasta en mis actos más íntimos, amenazándome nada ménos que con una separación?

¡Tén tú mucho cuidado! que no sospeche yo que puedes tú estar de su parte y aprobar lo que hacen, porque entónces sí, me conocerás una vez por todas.

Barbosa no se atrevió á contradecir á su amante; estaba por lo demás en todos sus planes y no quería separarse de Dominga.

Aquellos dos séres estaban estrechamente ligados por vínculos de corazón y por la misma perversión de ideas y principios.


—Yo he venido á decirte lo que hay, para que tú resuelvas lo que quieras, no para que mi opinión prevalezca en lo más mínimo; porque lo que tú hagas, bien hecho estará, como siempre.

No me hagas recriminaciones injustas ni te anticipes á pensamientos que nunca he abrigado.

—Bien, entónces, déjame obrar y no me observes nada, que lo que yo haga será siempre lo mejor y lo que más convenga.

Por lo pronto me voy á dar un paseo, porque si no me refresco la cabeza, temo dejarme llevar demasiado por la ira: acompáñame.

Dominga mandó atar la volante, y los dos amantes salieron á paseo, dejando en casa á las jóvenes con absoluta prohibición de salir.



El principio de un odio.

Cuando Barbosa y su amante regresaron á la casa era ya la hora de comer y las niñas los esperaban ajenas á lo que había charlado y proyectado Dominga para aquella noche.

Aprovechando el estar solas, las hermanas habían estado conversando de aquello que tanto las preocupaba, é incitando Edelmira á Hortensia para que apresurase á su marido á mudarse.

—Yo voy á ser la víctima expiatoria porque me quedo sola, decía, y ya ves que ni á casa de abuelita me dejan ir, pero ello es preciso porque va tu felicidad que es también la mía.

Además, es preciso que este escándalo termine, porque estamos siendo el blanco de la risa y el desprecio de los demás.

Nadie nos saluda sin sonreír de una manera burlona y he observado que, por no saludarnos hay quien da vuelta la cara y se hace la que no nos ha visto.

Esto me humilla y por amor de nuestra madre misma, que parece estar ciega, es que yo te digo todo esto.

Tal vez me echen á mí la culpa, porque ya saben la antipatía que siempre profesé á Barbosa, pero algún sacrificio es preciso hacer por el bien y el decoro común.

Era Edelmira mucho más suave y bondadosa que su hermana, mas tímida aún, si se quiere, pero más resuelta también y de un carácter mucho más firme.

La conducta vengonzosa de la madre la mortificaba hondamente: sentía una vergüenza profunda y no trepidaba en cargar

con la culpa de todo, con tal de salvar aquella situación tremenda y vergonzosa.

La pobre niña sufría más que la misma Hortensia, que era la parte más dolorida.

Había perdido el apetito y el sueño, y había enflaquecido visiblemente, pues no hacía sino llorar y ocultarse para que nadie viera su llanto.

Sólo á su abuelita y á su tío el general Iriarte había abierto su corazón pidiéndoles consejo.

¿Pero qué podían hacer ellos, cuando Dominga había enfriado sus relaciones al extremo de que sólo se veían cada dos meses ó más?

—Trabaja á Hortensia para que logre que su marido se muere: es el único medio de evitar el escándalo por lo ménos.

Y esto es lo que Edelmira hacía siguiendo aquel buen consejo.

Su porvenir se le presentaba sombrío y miserable: ¿qué hombre podría acercársele de cierta manera? ¿qué jóven se atrevería á cargar con la vergüenza de aquella madre terrible?

Y sin embargo Edelmira la amaba, la amaba entrañablemente, sin que este amor hubiera sido jamás manchado por un mal pensamiento, por un mal deseo en su contra.

Por esto la pobre niña de una manera más íntima, pues no se le escapaba que aconsejando así á su hermana, hacía indirectamente mal á la madre.

Pero era la felicidad de todos lo que ella perseguía y por obtener este resultado no repararía en sacrificio alguno.

Dominga, por el contrario, nunca había amado á Edelmira, como no había amado á Hortensia, porque ella no era susceptible de amar nada sobre la tierra.

A su misma madre la veía muy de tarde en tarde, por casualidad y porque en cierto modo le convenía conservar la relación: don Pedro Gimeno estaba en su apogeo, Isabel lo dominaba por completo y algún día podía necesitar de esas influencias.

Isabel, por el contrario, amaba á Dominga con esa rara abnegación de las madres, que no pueden ver sino un desgraciado, cuando más, en el hijo criminal.

Ella conocía perfectamente á Dominga, como que era carne de su carne: sabía que era un sér malo, destituido de todo sentimiento noble: sabía que no amaba á sus hijas como que no la amaba á ella misma y tal vez por esto mismo ella sentía por Dominga un cariño más grande y compasivo.

Isabel Cires era feliz amándola, porque al fin aquella era hija de Rivadavia, y le recordaba aquel primer amor que la había enloquecido, que había sido el amor de toda su vida.

Esta era la situación entre sí de todos nuestros personajes, en el momento que estalló esta primera tormenta precursora de otras muchas.

Cuando entraron Dominga y Barbosa, se hizo servir la comida, sentándose todos á la mesa.

Apénas habían concluido de tomar la sopa, cuando Dominga, que hasta entónces no había hablado una palabra, interrogó á Hortensia de esta manera agresiva:

—¿Parece qué no estás contenta con tu suerte y deseas hacer un cambio en tu vida? esto me sorprende, pues yo creía haber labrado tu felicidad, á costa de buenos sacrificios.

Al sentir aquellas palabras, Hortensia palideció pudiendo verse en su semblante el terror que la había asaltado: miró á su marido con visible espanto y no atinó á contestar.

—¿Qué quejas puedes tener, criatura ingrata? preguntó Dominga: ¿qué disculpa puedes dar á tu proceder ingrato y estúpido, pues no merece otro calificativo?

La palabra de Dominga se hacía cada vez más fría é incisiva y el terror de la jóven, al sentirla, se iba pintando en su semblante con mayor fuerza.

—Yo no quiero cambiar de suerte, ni tengo queja alguna de usted, madre mía, exclamó queriendo salir del paso; estoy muy contenta y extraño lo que usted me dice, pues no veo el motivo ni la causa.

Edelmira estaba aún más aterrada que su hermana misma, porque conocía más á la madre y sabía de lo que ésta era capaz.

Ella ya suponía que Barbosa había trasmitido á su amante cuándo su hermana le había dicho, y comprendía que aquella escena iba á concluir de alguna manera terrible.

Así, la jóven miraba con un ódio implacable á Barbosa, que escuchaba aquel diálogo como distraído y como si no diera á él la menor importancia.

El también sabía que el estallido de la tormenta no estaba lejano y se sentía violento bajo la mirada de Edelmira que, aunque no quiso mirarla, sintió desde el primer momento la impresión de su rayo.

—Vamos á ver, ¿qué cargo te atreves á formular contra mí? preguntó Dominga siempre dirigiéndose á Hortensia: vamos á ver si tienes suficiente coraje para repetir delante de mí las infamias que te han sugerido séres más malditos que tú, y que tendrán pronto la compensación de semejante iniquidad.

—Yo no entiendo á usted, exclamó la pobre niña, envolviendo á Barbosa en una mirada de profundo desprecio: ya no tenía duda que aquél había referido á la madre cuanto ella le había confiado, desde sus acusaciones hasta sus propósitos.

Y presintiendo la tempestad que iba á estallar sobre ella, no tuvo el valor suficiente para arrostrarla y empezó á llorar con conmovedora amargura.

—Este es el gran recurso de los cobardes, gritó Dominga que iba exaltándose á medida que hablaba: llorar cuando se ven descubiertos, siendo de notar que no es el arrepentimiento lo que engendra sus lágrimas, sino el terror, el miedo al castigo que saben han merecido.

¡Dime, brivona maldecida! ¿conqué quieres separarte de mi lado porque yo te robo el amor de tu marido, de tu marido con quién yo te he casado porque creía labrar tu felicidad?

Díme, estúpida maldecida, si esto fuera cierto, ¿cómo te figuras que te habría casado con él, renunciando un amante á beneficio tuyo?

Hortensia lloraba de una manera conmovedora, sin pronunciar una palabra ni atreverse siquiera á mirar á Dominga.

—Es preciso ser más que arrastrada para pensar semejante cosas, y más que sin vergüenza para comunicarlas, no ya á su marido, sino á una persona cualquiera.

Pero no tienes tú toda la culpa, sino quien ha tenido la se-

renidad de escucharte sin haberte hecho tragar la lengua, que era lo que merecías por maldiciente y por infame.

Dime, bribona, déjate de coniquerías y responde categóricamente á lo que te pregunto: ¿en qué fundas tus infames acusaciones y qué es lo que te propones al querer vivir sola y lejos de mí?

—Pero si yo no he dicho nada, balbuceó Hortensia, ¿si yo no quiero mudarme sola, si no sé lo que usted quiere decir!

—¿Qué no has de saber, canalla, si ya no sabes dónde ocultar tu miedo!

—Es que usted está irritada, madre mía, ¿y yo tengo miedo á su cólera injusta que la hace insultarme sin tener para ello el menor motivo!

—¿Cómo sin tener motivo? y no has dicho á tu marido que yo le disputaba tu amor, que era su amante y que para vivir tranquila necesitaba separarte de mí y vivir sola con él?

¿No le has exigido que busque casa y que te saque cuanto antes de este infierno horrible?

Ya la jóven no podía tener duda que era Barbosa quien había revelado sus conversaciones, así es que desentendiéndose de la madre se dirigió á él y le dijo con acento verdaderamente conmovedor:

—¿Conqué eres tú quién ha dicho todo esto? ¿conqué eres tú la causa de los sufrimientos que experimento? no importa, tengo el consuelo de pensar que algún día Dios te tomará cuenta de ello.

Barbosa no se atrevió á negar, porque tuvo miedo á su amante, y confesó la cosa tratando de disculparla hábilmente.

—Aquí no hay que disimular, ni fingir, gritó Dominga en el colmo de la irritación: tú me lo has dicho todo porque era tu deber, y porque semejantes monstruosidades no podían quedar impunes, y porque si fuiste tan cobarde para tolerarlas, no podías ser tan infame para ocultármelas y alimentar así la ponzoña de esa víbora.

Hortensia aterrada, viendo que la madre todo lo sabía y queriendo esquivar el estallido de la cólera, trató de levantarse para ir á sus piezas

—Siéntate, siéntate, gritó Dominga, porque has de escucharme hasta el fin; tienes que oírme, bribona, y atenerte á los resultados de tu infamia: ya que tuviste valor para lanzar la calumnia, debes encontrarte fuerte para recibir el castigo: tiembla, pues, miserable, porque él va á ser más terrible de lo que tú te imaginas.

Edelmira había escuchado todo aquel diálogo sin despegar los labios, asombrada ante la infamia de su cuñado y aterrada por el significado de las amenazas que á su hermana se dirigían.

Vió que ésta estaba dominada por el terror y creyendo que había llegado el momento de intervenir en su socorro, lo hizo de esta manera:

—Madre querida, usted parte muy de ligero para condenar á Hortensia, pues no quiere escuchar sus disculpas: ella asegura que no ha dicho nada, madre mía; ¿por qué se empeña usted en que lo haya dicho?

Usted está irritada, madre mía, y no puede proceder con imparcialidad: deje pasar su cólera y entónces hallará atendibles las razones que da Hortensia.

—Te he escuchado hasta el fin, porque quería saber hasta dónde llegaba tu audacia! ¿conqué tú que eres la verdadera autora de esta infamia, piensas que no tengo motivo para enojarme?

¡No hubiera creído jamás que mis hijas fueran mónstruos semejantes, que atentaran no sólo contra mí tranquilidad, sino contra mi propia vergüenza.

Edelmira comprendía que si se dejaba dominar por el terror y el llanto estaba perdida sin defensa, así es que hizo esfuerzos supremos para no dejarse invadir de uno y otro.

—¿Y cuáles son, madre mía, las pruebas que usted tiene para condenarnos?

¡No hay más que el dicho de ese hombre, pero contra ese dicho está nuestra doble protesta, que tiene más fuerzas, pues siempre será él un miserable, miéntas que nosotras somos sus hijas!

En todo aquello que pueda redundar en bien ó en mal, madre mía, creo que entre sus hijas y un canalla no debe usted vacilar.

Ante aquel calificativo, Barbosa saltó como si lo hubiera mordido una víbora, se puso de pié y quiso protestar, pero Dominga le impuso silencio con una mirada terrible.

—¡ Canalla! gritó á su hija, ¿conqué después de haber calumniado á tu propia madre y sublevado contra mí á tu hermana, pretendes ahora calumniar al más noble de los hombres haciéndole perder en mi aprecio?

¡ Pero tú eres un mónstruo sin ninguna idea de moral ni de respeto! en tí no lo extraño, puesto que te has criado fuera de mi lado y escuchando todo género de infamias en mi contra.

¡ Pero nunca lo hubiera creído de tu hermana á quien yo he criado y educado, creyendo que era una niña bondadosa y pura!

Tú eres la maldita que has hecho nacer en su espíritu dudas y creencias maldecidas, exponiéndola á todo mi enojo y á que me vea obligada á castigarla.

¡ Ah! pero yo voy á hacer un escarmiento que juro á Dios á todos ha de poner en su lugar.

—Todo lo que usted haga será aceptado por mí humildemente, madre mía, dijo Edelmira ¡pero antes quiero hacer constar que cuanto ha dicho á usted ese miserable es una infamia!

Ese hombre es el causante de todo: sabe Dios qué objeto y qué miras tendrá al proceder así, pero yo, ante Dios que me escucha, lo califico de un infame, porque lo es el hombre que sacrifica á su inocente esposa para lograr fines que no quiero penetrar.

—¡ Cállate la boca, miserable, antes que te haga tragar la lengua!

—Me callaré porque usted me lo manda, pero si hay aquí algún canalla no soy yo sino ese hombre.

En el colmo de la irritación, Dominga tomó un pan y lo arrojó á la cabeza de su hija, precipitándose en seguida sobre ella para castigarla.

Hortensia se arrojó sobre ambas, abrazándose estrechamente de su hermana, confundiendo con ella sus lágrimas.

El comedor se convirtió entónces en un teatro de escándalo.

Barbosa quiso intervenir, pidiendo á Dominga que no casti-

gase á Edelmira, pero aquella lo rechazó furiosa y amenazadora, golpeando á su hija de una manera cruel.

Era la primera vez que castigaba á sus hijas, exaltándose de tal manera, que á pesar de sus amenazas, Barbosa intervino y la sacó de allí para evitar una desgracia.

Edelmira tenía toda la cara estropeada por los puños y por las uñas de aquella mujer que se había convertido en una pantafera.

— ¡Está bien! sollozó dirigiendo su bello y lloroso semblante hácia Barbosa: yo sufriré resignada todo aquello que venga de mi madre, aún la muerte misma, pero estas lágrimas y estas amarguras han de caer sobre usted, que es el infame causante de todo.

Hay un Dios en el cielo, señor Barbosa, hay un Dios en el cielo que no está allí en vano.

Dominga se arrancó de los brazos de su yerno que la sujetaba y avanzó tremenda sobre Edelmira gritando: ¡ah! ¡bandida, voy á cortarte la lengua para que no vuelvas á decir tales iniquidades!

El comedor se volvió otra vez en un verdadero campo de Agramante.

Hortensia cubría con su cuerpo á Edelmira para librarla de los golpes de la madre; ésta, enceguecida, golpeaba ferozmente á sus dos hijas y Barbosa hacía esfuerzos supremos por arrancarla de allí, temiendo que en el vértigo de la ira fuese á ahogar á alguna de las hijas.

Y todos gritaban en distintos tonos y con distinta expresión.

Edelmira lloraba y se quejaba á cada nuevo golpe que recibía; Hortensia clamaba que no se les pegara más; Dominga blasfemaba y maldecía, y Barbosa le gritaba que ya era bastante, que se contuviera.

El pardito Joaquín Rivadavia, que era el sirviente de mano que tenían, había acudido á los gritos y llantos, y ayudaba á Barbosa, por indicación de éste, en su empresa de retirar á Dominga, quien forcejeaba gritando:

—¡Déjenme, déjenme aplastar estas víboras, déjenme matar estas infames, para que no vuelvan á manchar con su lengua las personas que más deben respetar en la vida!

—¡Cálmese por Dios, señora! decía á su oído Barbosa: ¡no vale la pena de dar tanta importancia á lo que ha dicho esa criatura! ¡por Dios que puede imponerse la vecindad de lo que pasa y venir á curiosear! ¡calma, por Dios! ¡un poco de calma!

Y hacía esfuerzos, ayudado del pardito Joaquín, para sacarla del comedor.

Por fin, fatigadísima de forcejear y de golpear á las hijas, tuvo que ceder á los consejos de Barbosa, retirándose á su aposento.

—Me hubieras dejado ahogarlas entre mis manos, exclamó, y no haber tomado su defensa en mi contra cuando es por tí que yo hago todo esto.

—Tenía miedo á un vértigo de cólera y á una desgracia; luego los vecinos podían imponerse y comentar lo sucedido sabe Dios de qué manera.

¡Y quién sabe! ¡quién sabe sino han escuchado tus gritos! hay que pensar en los comentarios á que esto hubiera dado lugar, pues el motivo se prestaba para un tema de escándalo.

Yo me voy, no sea que estas aturdidas, exasperadas también, sigan dando esos gritos terribles.

—Bueno, exclamó Dominga, que se callen, que se callen, ¡porque de otro modo voy yo allí y entónces veremos quién es el que puede y se atreve á sujetarme!

Barbosa se dirigió al comedor, donde todavía estaban las jóvenes llorando con verdadera desesperación.

Edelmira tenía el semblante estropeado de un modo brutal: Hortensia sólo tenía dos grandes moretones en un lado de la cara, pues lo récio de los golpes lo había recibido en el cuerpo.

El mulatillo consumido y extático, se había quedado en un rincón, espantado, dolorosamente espantado con lo que acababa de presenciar y mirando á las niñas con verdadera conmiseración.

Apénas vieron entrar á Barbosa, las dos hermanas se pusieron de pié y lo miraron de una manera agresiva.

—¡Por Dios! empezó á decir éste, ¡demasiado escándalo se ha hecho ya: yo les pido que se callen la boca por el buen nombre de todos!

Edelmira lo miró de una manera terrible y le dijo: usted no tiene derecho de dirigirme jamás la palabra porque su aliento mancha y envenena: usted es un bandido sin entrañas que no merece ni tan sólo que se le mire á la cara.

Me dejaría matar quinientas veces, no una, por el placer de verlo en la cárcel.

—Pero, hija mía, ¡la señora tiene un génio terrible y yo no creí que se irritara tanto! ¡ya ves, hija querida, que he hecho todo lo posible para arrancarla de aquí!

—Le prohibo á usted terminantemente que vuelva á dirigirme la palabra en semejante tono, porque los cariños en su boca los miro yo como blasfemias.

Yo no puedo ser su hija, señor mío, porque lo detesto á usted con toda mi alma y porque deseo su muerte como un beneficio supremo.

Dios ha de perdonarme esta aparente crueldad de mi espíritu, porque nosotros no debemos á usted más que lágrimas, vergüenza y desventura: ¡así lo maldigo á usted con toda mi alma!

—Ya ves, exclamó Barbosa dirigiéndose entónces á Hortensia, todo lo que me dice tu hermana, y sin embargo yo la perdono porque la quiero demasiado para irritarme y porque sé que algún desahogo necesita la pobre.

—¿Qué usted me quiere? preguntó Edelmira llorando ante aquellas palabras, pues yo lo aborrezco á usted, y su cariño lo miro como miraría el cariño de una serpiente.

Vaya usted con mi madre, señor maldito y prepare alguna otra escena como la de hoy, pues lo sucedido es poco todavía.

Y fué á salir del comedor.

Barbosa fué á detener á Edelmira, pero lo contuvo con una mirada de profundo desprecio y le hizo señas que no la siguiera.

Y altiva, bella y majestuosa en medio de su dolor, salió de la pieza dejando á Barbosa sin saber qué partido tomar.

Y al fin se decidió por consolar á Dominga, pues regresó al aposento de ésta, á quien todavía encontró dominada por su cólera desmedida.

—Debías haberme dejado ahogar á una de las dos, exclamó al verlo, porque si esto sigue así será por donde concluiré, de todos modos.

¡Aquí no hay término medio, ó se contienen ó yo mato á una!

Mira, no te quepa duda que la hipócrita de Edelmira es la autora de todo: yo conozco á mis hijas y así como te dije que Hortensia no se hubiera atrevido ni siquiera á pensar lo que ha dicho, te garanto que Edelmira es quien la ha decidido á hablar, y quien va á darnos muchos malos ratos, porque es muy terca y dura de carácter: no creas que se le ha de dominar fácilmente.

¡Quiera Dios que algún día no tenga que matarla para verme libre de un implacable enemigo!

—No hay que pensar ni que decir locuras que serían mil veces peor que el mal que se trata de combatir.

Es preciso tener en cuenta que son criaturas, que quién sabe que persona les habrá calentado la cabeza y aleccionado y que tal vez con el buen modo, aunque uno se haga violencia, puede obtenerse mejores resultados que por el rigor.

—Tú puedes emplear esos medios si los encuentras buenos: lo que es por mi parte tendrán que ceder al rigor ó dejar el pellejo entre mis manos: ya sabes que yo no hablo de más ni me gusta dar muchos rodeos para obtener los fines que me propongo.

¿Se figuran acaso esas chiquilinas que á mí me van á dominar de algún modo y á manejarse como les parezca pisándome encima?

¡Dejaría de ser yo Dominga Rivadavia si tal me sucediera! ¡no faltaba más!

Barbosa comprendió que por aquel momento era inútil insistir, pues Dominga no había cedido nunca ni á sus razones, ni á sus súplicas: esperó que tal vez aquello pasaría al día siguiente, cuando hubiera pasado la primer ráfaga de cólera y que entonces sería mucho más fácil convencerla.

Dejó que hablara y se desahogara todo lo posible, aconsejándole se recogiera porque necesitaba reposo.

—Sí, pero oye lo que voy á decirte: te prohibo que pises por ahora el cuarto de Hortensia, porque quiero castigar su falta empezando por hacerle sentir todo el peso de mi influencia.

¡Que llore y se desespere sola! que rábie y comprenda toda la magnitud de la falta que ha cometido.

—Es preciso evitar que salgan á la calle y que álguien las vea en el estado en que están: les preguntarían, tal vez ellas lo hablarían todo y las consecuencias serían siempre funestas.

—Es que no saldrán ni mañana ni nunca más, es que no hablarán con nadie, ni nadie las verá en el estado que pueda yo haberlas puesto.

¡Mañana, con más calma, les diré cuanto debo hacerles entender!



El verdugo.

Desde aquel día la vida de las dos pobres jóvenes fué un martirio completo.

Al siguiente de la dolorosa escena que hemos pintado, Dominga fué al aposento de las jóvenes para notificarles sus órdenes.

Ambas habían pasado la noche juntas en el cuarto de Hortensia, sin acostarse y curándose mutuamente las contusiones de la cara, mientras comentaban lo sucedido.

Ambas habían temido la presencia de la madre y de Barbosa por la ménos, juntándose para protegerse.

—Ahora, había dicho Hortensia, es preciso prepararse á sufrir sin término y sin medida: hemos despertado al león y hay que temblar ante la ira que la traición de ese infame ha provocado.

—Sí, pero no se puede ceder, porque ceder sería tu ruina, hermana mía: ¡qué vida sería la tuya viviendo con tu marido en las condiciones actuales!

Yo estoy dispuesta á sufrir todo: contra mí se ha estrellado toda la ira y todo el deseo de venganza, porque harto me conocen: sé que nuestra madre es muy capaz de matarme, pues la creo ahora capaz de todo; pero todo lo arrostro, porque no se puede vivir así y porque callarse ahora sería sancionar tu sacrificio á sabiendas.

Ya nos hemos colocado en un terreno franco: tal vez conte-

nidos ahora por lo que tendrían que hacer se contengan y por propia conveniencia sean ellos quienes cedan.

—¡ Sí, pero yo no puedo ni quiero consentir en que por mí te sacrifiques de esa manera! déjame á mí sufrir con resignación hasta donde me lleguen las fuerzas; después Dios dirá.

Herida en el corazón por mi marido y mi madre, no podré ya vivir mucho tiempo, lo conozco ya; deja entónces que se complete la voluntad de Dios.

—No, uno no debe entregarse así suelta al destino ó á la voluntad ajena; es preciso luchar con perseverancia y valor, tal vez así el triunfo final sea nuestro.

Es preciso que tú pongas en juego todos tus elementos para conseguir de Barbosa que se mude: él está en nuestra contra, pero tal vez haciéndole pasar una existencia llena de contrariedades y disgustos, se resuelva por fin á abandonar á nuestra madre.

La pobre Edelmira, desconfiando de la debilidad de su hermana, trataba de protegerla é infundirle todo el valor posible, porque veía claramente en esta conducta la única salvación posible.

Ya Dominga las había golpeado de una manera cruel; era indudable que continuaría golpeándolas del mismo modo cada vez que se irritara.

Pero esto poco le suponía: estaba decidida á aceptar el martirio en cualquier forma que éste se presentara.

Así hablaban las dos hermanas cuando se presentó Dominga en la habitación de Hortensia.

A pesar de su resolución y sus propósitos, las dos jóvenes temblaron á la vista de Dominga y se estrecharon una contra otra como para cubrirse de nuevos golpes.

Dominga entró y cerró la puerta con la mayor naturalidad.

Ni el estado lastimoso en que se hallaban sus hijas, con el semblante lleno de moretones y arañazos, ni el temblor repulsivo que experimentaron á su vista, conmovió en lo más mínimo á aquella madre desnaturalizada.

—Buenos días, dijo, supongo que habrán meditado sobre las estupideces que han cometido y que no me obligarán en lo su-



INFAMIAS DE UNA MADRE.

— Pero eso es tremendo, exclamaba Bernardino horrorizado; eso necesita una prueba y una prueba inmediata, de otro modo no podré creer jamás lo que me dices.

cesivo á tener que ser más severa, porque ustedes comprenden que lo que han hecho no puedo yo tolerarlo en manera alguna.

Las dos jóvenes no respondieron ni una palabra: estaban dominadas por la presencia de Dominga á puerta cerrada, porque si se producía algún incidente se iban á ver obligadas á luchar.

—Contesten ustedes, añadió la madre: ¿están arrepentidas de lo que han hecho y dispuestas á no volver á incurrir en igual crimen?

—Hortensia no tiene nada de qué arrepentirse, puesto que ella nada ha dicho, respondió Edelmira: "en cuanto á mí, de nada me creo culpable, madre mía, pues nada he pensado que pudiera dañar á usted.

—Pero tú has insultado groseramente á Barbosa y lo has calumniado, y yo no puedo permitir esto bajo ningún principio.

—¿Y por qué Barbosa ha insultado á Hortensia yendo á contar á usted mentiras para enconarla contra nosotras? esa es también una infamia que usted debía haber reprimido.

Dominga estaba asombrada de la entereza y valor de Edelmira, que venía á echar por tierra todos sus cálculos.

—Barbosa no ha calumniado á nadie, dijo empezando á irritarse; él ha cumplido con su deber y en cuanto á las injurias que le has dirigido, le debes una reparación.

Es preciso que hoy en cuanto lo veas le pidas perdón de cuanto le has dicho, jurándole que no has de volver á incurrir en igual falta: ésta es la única manera como yo puedo perdonarte; de otro modo cuenta con mi enojo y el correctivo consiguiente.

Edelmira hubiera estallado contra semejante pretensión, pero tuvo miedo de provocar un nuevo conflicto, contentándose con sonreír.

—Prométeme pues que pedirás perdón á Barbosa y que le jurarás no volver sobre lo dicho.

—Yo no puedo pedir perdón á Barbosa, porque no puedo humillarme ante ese hombre, autor de que usted nos haya levantado la mano y estropeado de esta manera.

Si yo me considerara culpable, ya se lo habría pedido, pero de esta manera nunca.

—¿Quiere decir que te rebelas contra mi voluntad, y no quieres obedecerme?

—¡Líbreme Dios de semejante cosa! nada ambiciono más que obedecer á usted y merecer su cariño, pero usted me pide una cosa superior á mis fuerzas.

—No te exijo nada superior á tus fuerzas, puesto que sólo te pido palabras: piensa todo lo que quieras de Barbosa, pero es preciso mantener la armonía en la familia y para ello es preciso que le pidas perdón, no por el simple hecho de que le pidas perdón, sino porque no quiero separarme de Hortensia y Barbosa, que resentido con lo que le has dicho, es natural que quiera mudarse.

Ahí está lo único que has ganado con tus comiquerías y aspavientos.

Edelmira se trazó un plan de conducta rápidamente, para conciliar que no se produjera un nuevo y terrible escándalo y no humillarse ella ante el hombre que detestaba con toda su alma.

—Está bien, señora, le dijo: por usted y para demostrarle mi sumisión, estoy dispuesta á todo: puede decirle á Barbosa que yo le pediré el perdón que desea.

—No lo quiere él ni yo lo mando en su nombre, ya te he dicho cuál es mi objeto.

En cuanto lo veas, hoy, es necesario que así lo hagas: entretanto voy á prevenirles una cosa.

No quiero que me salgan á la calle, ni aún á la ventana, hasta que yo se los diga.

Es preciso evitar á todo trance el escándalo, y sobre todo, que se sepa que ha sucedido un incidente tan desagradable: espero que bastará esta simple orden y que no tendré que emplear otros medios de hacerme obedecer.

—Esté usted tranquila á este respecto, madre mía, dijo Edelmira sonriendo levemente: por mi parte se pasará algún tiempo sin que pueda salir á la calle, pues no estoy en estado de presentarme ante nadie.

—Bueno, terminó Dominga, espero que no habrá lugar á

nada y que serán ustedes discretas y no me obligarán á enojarme.

Y se retiró dejando á las hermanas estupefactas.

—¿Qué vás á pedirle perdón, preguntó Hortensia á su hermana, después de todo lo que por él hemos sufrido? ¿es esta la manera de darme valor?

—¿Cómo te figuras que voy á dar un paso que nos entregará así á nuestros verdugos?

He dicho esto, porque ya la conferencia con nuestra madre amenazaba concluir de mala manera, y yo quería evitar un nuevo escándalo.

Ahora verás lo que yo he de hacer para remediarlo todo, y si Barbosa no se somete á mí y hace lo que yo le indique, entonces no habrá más que prepararse á sufrir, hermana mía, hasta que Dios se sirva disponer otra cosa.

—Yo estoy muy afligida, Edelmira: tengo miedo del final de esta situación, por tí, más que por mí, pues eres tú la que más los has exasperado porque te han creído la autora de todo.

—;No tengas miedo, yo estoy acostumbrado á sufrir: hago tanto tiempo que sufro en silencio! Amargura más ó menos, no quiere decir nada, cuando vamos trás de un resultado de felicidad para nosotras.

—¿Y qué felicidad puedo haber para nosotras sobre la tierra? ¿crees tú que yo puedo dejar de sufrir, con mi marido arrebatado por mi madre y la conciencia, que ella nos ódia á muerte, y que si yo logro hacer que Barbosa se mude tal vez ella me separe de tí?

—No importa, estas serán cosas pasajeras: entretanto el escándalo se habrá evitado y ese mal hombre no llevará la vida ignominiosa que tanto nos aflige.

—;Sea todo como Dios quiera! por mi parte yo estoy dispuesta á sufrir con paciencia y con resignación lo que venga; lo único que me hace sufrir es que por mí has provocado para tí un porvenir tormentoso y desgraciado.

—No creas, yo sufro desde que te casaste, y lo que hoy sucede lo preveía ya desde entonces: tarde ó temprano este estado de cosas había de llegar, porque semejantes situaciones no pueden eternizarse: algún día provocan un conflicto.

Las dos jóvenes siguieron hablando así y curándose los golpes, mientras llegaba la hora del almuerzo que es cuando esperaban hallarse juntas.

—Yo no voy á la mesa, ni hoy ni nunca, dijo Hortensia; en primer lugar porque por ahora no quiero encontrarme con Barbosa, y luego porque quiero esquivar en lo posible nuevas escenas como la de ayer.

Ya nuestra madre nos ha levantado una vez la mano: ahora lo hará con frecuencia y por la menor cosa: no quiero pues ponerme yo de víctima.

—Por esa misma razón es preciso no irritarla ni provocarla, ni darle remotamente motivo para que nos pegue ni trate de esta manera tan cruel.

Si ella nos manda llamar, vamos á la mesa y adonde ella quiera: de otro modo nuestra existencia sería un martirio perpetuo y una vida imposible de llevar un solo día.

Apénas había concluído de hablar Edelmira, cuando se abrió la puerta y se presentó Barbosa que venía á informarse del estado de su mujer y su cuñada.

Dominga había hablado con él, le había referido su entrevista y le mandaba á recibir el perdón y las disculpas que debía presentarle Edelmira.

—En cuanto á Hortensia, podrás arreglarla después, le dijo, y demostrarle que es tu voluntad la que ha de imperar, que es preciso que se deje de mogigangas y de creer las patrañas que le cuentan.

—Mejor será esperar unos días, se había atrevido á decir Barbosa: Edelmira me detesta, está enconada conmigo y mi presencia va á provocarla de nuevo.

Esperemos algunos días y la cosa vendrá naturalmente, pues ya se habrán enfriado.

—No señor, interrumpió la madre: en estas cosas es preciso que llueva sobre mojado y que trás de la falta venga la corrección: ya ellas están preparadas para pedirte perdón y no debe dejarse decaer la influencia moral que se tiene sobre ellas.

Barbosa no se atrevió á contradecir á su amante, porque

ésta era muy capaz de decirle que estaba de parte de sus hijas; así es que haciendo de tripas corazón y disponiéndose á pasar un mal momento, se dirigió á sus piezas, donde se le dijo estaban las jóvenes.

—Vengo mortificado aún por lo que ha sucedido, les dijo, á ver cómo se encuentran ustedes; y trató de dar á su voz la entonación más cariñosa que le fué posible.

No me conformo con lo que ha sucedido, agregó, porque involuntariamente yo he sido el culpable, sin soñármelo.

Usted ha sido el único culpable, respondió Edelmira dejando ver todo el encono que su cuñado le inspiraba: ¿qué no sabía usted que contando á mi madre lo que le había dicho Hortensia, ésta se irritaría de una manera tremenda?

¿No sabía usted que contando lo que mi hermana tanto le suplicó que callara, mi madre sería capaz de cometer cualquier enormidad?

Usted ha procedido de una manera infame, señor Barbosa, y lo que pienso ahora de sus palabras, es que usted viene, no á informarse de nuestra salud, sino á gozarse en su obra, en su obra maldida, que no sé qué resultado ventajoso puede tener para usted.

—No seas loca y mal pensada, decía Barbosa, tratando de hacerse el mortificado y deseoso de demostrar su cariño y su pena: yo no he tenido ningún pensamiento hostil ni puedo tenerlo contra ustedes, á quienes quiero con toda mi alma.

Yo hablé con mi suegra para que ella, como madre, las convenciera á ustedes del error en que estaban y nada más: si yo me hubiera sospechado un momento que mi conversación iba á levantar tal tormenta, juro á ustedes que no hubiera pronunciado una palabra: harto siento en mi alma lo que ha pasado y estoy dispuesto y deseoso de remediarlo como ustedes me lo indiquen.

Lo que yo más anhelo es que ustedes se persuadan que yo no puedo tener para ustedes más que un cariño íntimo y firme.

Edelmira miró á Barbosa sin saber si debía reírse ó indignarse: aquel era el colmo del cinismo y de la insolencia, que no podían ellas permitirlo en manera alguna.

—Señor Barbosa, exclamó por fin Edelmira, disimulando su indignación y tratando de aparecer tranquila: es inútil que usted use frases cariñosas y venga á fingir por nosotras tan marcado interés, porque yo no le creo ni una sola palabra.

Abrigo por usted el mayor desprecio y le profeso francamente todo el ódio de que es susceptible mi alma, porque lo creo un miserable y tengo la conciencia de que usted también me detesta con toda su alma.

Colocados en este terreno franco y verdadero, debo prevenir á usted una cosa para que sepa á qué atenerse en adelante.

Mi madre ha venido á verme hoy, con la pretensión un poco fuerte, de que yo me he de humillar á usted, pidiéndole perdón por todo lo que ayer le he dicho.

Quiriendo evitar escenas como la de ayer, ó tal vez peores, yo le he prometido hacerlo así, y usted viene sin duda dispuesto á otorgármelo con toda magnanimidad.

Ahora, usted comprende que esto es un disparate, porque yo no puedo pedir perdón á quien creo mi verdugo, nuestro verdugo, por haberle dicho lo que yo pienso: esto entónces no puede pasar de una promesa hecha á mi madre.

Usted puede ahora repetirle mis palabras y hacer que nos golpee hasta matarnos, si quiere, que usted cargará allá en su conciencia, si la tiene, con los crímenes que su conducta pueda engendrar.

Diga usted á mi madre lo que ha pasado entre nosotros, si quiere, ó dígale que yo le he pedido perdón, como quiera, pero tenga presente una cosa: que el mal que usted nos haga, no ha de quedar sin castigo: hay un Dios en el cielo, no tenga duda, y las infamias no pueden quedar impunes.

Vencido por Edelmira, Barbosa se dirigió á Hortensia creyendo que podría ablandarla con más facilidad y convencerla del error en que estaba su hermana.

—¿Tú no crees todo eso, no es verdad? le dijo: tú no crees que yo tenga la culpa de lo que ha hecho mi suegra, porque tú me conoces más y sabes cuánto las quiero.

Yo tengo que creer lo que veo, respondió Hortensia: tu has

referido á mi madre nuestras conversaciones, cuando yo te había pedido la mayor reserva, y esta ha sido la causa de todo.

—Es que yo jamás pensé que la cosa pudiera tomar tal giro: yo avisé á mi suegra lo que pasaba para que ella como madre y parte interesada me ayudase á convencerle que todo era un cúmulo de embustes y calumnias.

Ella en vez de hacer lo que yo le había pedido, se ha dejado arrebatar por la ira y el resultado ha sido malo.

—Pero usted la ha apoyado en seguida, lejos de arrancarla de aquel camino y proteger á su mujer, como era su obligación: usted ha permitido en seguida que la traten como á una negra y que la golpeen de una manera inhumana, perdiendo así el derecho de justificarse, porque usted no sólo era culpable, sino que era el verdadero culpable de lo que sucedía.

Y Edelmira al decir esto mostraba en su mirada todo el rencor de que estaba lleno su corazón.

—Es que usted es el verdadero interesado en no mudarse y por eso se ha conducido de una manera tan infame y poco decorosa, añadió la pobre niña.

Si usted fuera tan solo un hombre de vergüenza, después de lo que ha sucedido, después de la manera cómo han tratado á su mujer, no habría permanecido un momento en esta casa.

Y lejos de hacer esto, ¿sabe usted lo que ha hecho? pues bien, ha pasado la noche con nuestro verdugo, sin duda enseñándole la lección que ha venido á darme esta mañana junto con la orden de pedirle perdón.

¡Pero ya estoy preparada á sufrirlo todo, señor Barbosa, todo hasta la muerte misma, antes que humillarme á usted ó abandonar mi propósito de volver á Hortensia la felicidad que se le ha arrancado!

Puede, pues, decirle á mi madre que yo no he querido pedirle perdón y aconsejarla que me mate: esta es la manera como usted puede salir airoso, en la seguridad que con semejante vida, Hortensia no tardaría en seguirme á la tumba.

Barbosa estaba anonadado y vencido por las palabras de Edelmira que venían á herirlo en la llaga.

No sabía cómo responder, ni cómo protegerse de las terribles acusaciones hechas por la jóven.

Apeló al único remedio que le quedaba: atacar á Hortensia por el lado de la ternura y ver por este medio si lograba vencer á las hermanas.

—Y tú, que eres tan buena y tan justa, le dijo ¿será posible que también creas cuanto ha dicho Edelmira? ¿me creerás también el único culpable de lo que ha sucedido?

—Sí, respondió débilmente la jóven abrazándose de su hermana: si no fueras el culpable asumirías otra actitud más digna.

Yo no te digo que tomes venganza por lo sucedido, en contra de nuestra madre, líbreme Dios, pero sí, te digo que no explico cómo me dejas permanecer en una casa donde se me ha golpeado de esta manera.

Y levantando el pañuelo con que se los había atado, mostró á Barbosa los grandes moretones de su rostro.

Barbosa quiso aproximarse, intentó prodigarle cariños y palabras consoladoras, pero ella lo rechazó abrazándose siempre de su hermana.

—No creo en tu cariño ni en tu conmiseración, hasta que no me lo pruebes con hechos: cuando ha llegado el momento de obrar, las palabras son inútiles.

—Las heridas que usted ha abierto, agregó Edelmira, no se curan con falsas protestas, ni cariños más falsos todavía: es su actitud futura lo que nos ha de probar si usted está ó no arrepentido.

Por ahora, ya tenemos bastante de su presencia odiosa: ahora tenga la bondad de irse, puesto que ya le he dado suficiente motivo para hacerme maltratar nuevamente.

Barbosa salió del cuarto de las jóvenes humillado y sin haber podido añadir una sola palabra en su defensa.

Edelmira lo había calado tan profundamente, había hecho una pintura tan viva de los sucesos, que no le había dejado más salida que separarse inmediatamente de Dominga y mudarse con su mujer.

¿Pero cómo? esta era la gran dificultad: ¿cómo desprenderse,

cómo arrancarse á la influencia de Dominga, que lo manejaba según quería? ¿cómo afrontar la ira de aquella mujer y el indudable dolor de una separación?

El se había separado de las jóvenes resuelto á cambiar de vida y á romper con un pasado criminal, pero al encontrarse con Dominga ésta había vuelto á recuperar su influencia y á triunfar, con solo mirarlo, en el corazón de su viejo amante.

Hortensia, cuando salió Barbosa, se entregó á todo el dolor de su desventura, rompiendo á llorar amargamente.

—No llores, hermana mía, le decía Edelmira, porque ese hombre no vale la pena que por él viertas la menor lágrima.

Es un hombre sin corazón, contra quien el llanto no puede nada: cada vez me convenzo más que es el rigor la única arma con que se le debe combatir.

—Es que es una cosa desesperante lo que á mí me sucede, sollozó: ¡mi marido, que debía ser mi protector en este mundo, quién debía apartar los sinsabores de mi camino y consolarme en mi desgracia, es mi peor verdugo, es mi más cruel enemigo hasta el extremo de hacerme golpear! ¿Cómo no quieres que lllore en presencia de semejante desventura? si no llorara me ahogaría, estallaría mi corazón.

Luego, cuando veo que nuestra situación se agrava, que nuestra madre está cada vez más enconada contra nosotras y que él decididamente está á su favor, te juro que el dolor es insoportable y terrible el presentimiento de un porvenir sombrío.

—No te aflijas, hermana mía, lo combatiremos hasta donde nos lleguen las fuerzas, y Dios dirá después.

—¿Y por qué no pedimos consejo á nuestro tío? preguntó Hortensia pensando en el general Iriarte: él nos protegería y nos iluminaría con su palabra cariñosa.

—¿Y cómo vamos á publicar la vergüenza de nuestra madre? preguntaba Edelmira noblemente; tenemos que sufrir con resignación, querida Hortensia; hay cosas que no pueden decirse y que hasta es duro pensarlas una misma.

Suframos resignadas, que Dios tendrá en cuenta nuestros sufrimientos y nos ha de ayudar; tal vez toque en el corazón á nues-

tra madre y vea ella misma la monstruosidad que comete, volviendo sobre sus pasos.

Y Edelmira había pensado efectivamente recurrir á su tío y su abuela misma; pero eran tan terribles las revelaciones que habría tenido que hacer, tan vergonzosos los hechos que hubiera expuesto, que eligió el martirio verdadero antes que tener que avergonzarse ante nadie de las horribles faltas de la madre y el escándalo ignominioso del hogar.

Y era que también la niña, penetrada del cariño que le profesaba su tío, temía que éste se dejara arrastrar de su carácter y de la primer impresión recibida, cometiendo alguna enormidad con Barbosa, verdadero y único culpable á su juicio.

Así, las dos hermanas resolvieron sufrir hasta donde les llegaran las fuerzas, ocultando en todõ lo posible y á costa de todo aquella vergüenza suprema, aumentada con el crimen de haberles querido imponer silencio á fuerza de golpes.

—Y tan resuelta á sufrir estoy por mí parte, dijo Edelmira, que si maná se encapricha en que he de pedir perdón á Barbosa, lo haré aunque se me despedace el corazón.

Es preciso ahora tratar de que desaparezcan pronto estas manchas acusadoras, agregó, pues ellas podrían ocasionar sospechas acusadoras, agregó, pues ellas podrían ocasionar sospechas y motivar preguntas imposibles de contestar, sin dar lugar á que se repita la escena de anoche.

Tú trabaja siempre en el ánimo de Barbosa, empleando alternativamente el cariño y la dureza; tal vez él cuando vea que no hay otro medio de tener paz contigo, ceda y se mude, porque también la vida así vá á ser para él un infierno insoportable.

Ahora, si él te vé blanda y accesible á sus halagos, pierde toda esperanza: entõnces no habrá medio de volverlo al buen camino.

—Sí, seguiré tu consejo, con la dureza primero, pues ahora, aunque quisiera y me esforzara, no podría fingir cariño: se vería claro el veneno que brotara en mis palabras.

Las dos hermanas lloraron aún un momento, una en brazos de la otra, y se curaron de nuevo, disponiéndose á ir á la mesa si la

madre las llamaba, en el propósito de no irritarla y evitar por todos los medios á su alcance que las golpeará nuevamente.

Dominga entónces hablaba con Barbosa, indagando lo que había hablado con las jóvenes y preguntando si Edelmira había obedido sus órdenes.

—Esto no puede permitirse, dijo, aunque tuviera que hacer un ejemplar terrible; ¿adónde iríamos á parar si yo permitiera á esas mocosuelas que impusieran la ley, faltándote al respeto de la manera que lo han hecho?

Han de hacer lo que yo mando, ó el diablo las ha de llevar.



Crueldades sobre crueldades.

Barbosa, temiendo la irritación de Dominga más que las hijas mismas, no se atrevió á repetir cuanto le había dicho Edelmira.

Le aseguró que Edelmira se había manifestado muy humilde pidiéndole perdón por cualquiera cosa desagradable que pudiera haberle dicho.

—Me parece que lo mejor será no insistir ahora en nada que pueda serle violento, continuó: las muchachas son de buena índole, y me parece que por el buen lado se va á obtener mucho más; ellas están ya arrepentidas y lo que tú has hecho les ha causado profunda impresión.

—No me enseñes lo que yo he de hacer, que no lo necesito, contestó Dominga: tú le tienes miedo á esas mocosas y es preciso que te convenzas que conmigo nadie puede nada y se ha de hacer lo que yo mando, lo que á mí se me antoja, ó el diablo se los ha de llevar á todos.

Barbosa veía con terror el giro que tomaba la cuestión, puesto que él sabía á ciencia cierta el modo de pensar de cada una y que ninguna se hallaba dispuesta á ceder en sus pretensiones.

Pensar que Dominga pudiera aflojar y dejarlo mudarse aparte con Hortensia, era pensar una locura.

Dominga había casado á su hija, no para que ésta viviera con su marido, sino para vivir ella con su amante libre de toda crítica.

Barbosa tenía además prohibición terminante de hablar con

Hortensia de ciertas cosas y mucho ménos sobre pretensiones que ni siquiera debían escucharse.

Y empezaba á hallarse él mismo en una situación desesperante, rechazado con econo por su mujer y bajo el ódio implacable de su cuñada, de quien no tenía nada que esperar.

El amaba á Hortensia con la fuerza del deseo no satisfecho.

El amaba en Hortensia la juventud, la belleza, la inocencia misma, miéntras Dominga no podía darle más que una hermosura marchita ya, envejecida, y un corazón gastado por el vicio y la maldad.

Para elegir, no habría tenido mucho que vacilar, pero es que temía á Dominga, estaba dominado por ella y habituado á aquel amor del infierno.

Al casarse con Hortensia había pensado que tendría la vieja y la jóven, la saciedad de aquel doble cariño; así es que al encontrarse privado de uno de ellos, se desesperaba y empezaba á perder la cabeza.

El hubiera deseado conciliarlo todo, contentando á una y á otra, cediendo á las pretensiones de ambas, pero se había convencido que aquello era imposible.

Obedeciendo á Dominga se enagenaba todo el pocó cariño y el aprecio que pudiera tenerle Hortensia, y complaciendo á ésta irritaba á Dominga y la convertía en un enemigo contra el que no podría luchar y de quien debía esperarlo todo, todo lo malo posible.

Por esto no vaciló y desde el primer momento se puso de parte de su amante, sin atreverse á contrariar la más leve de sus órdenes y pretensiones.

No tenía más remedio que conformarse con el dogal que tenía echado al cuello, desde que no había medio de sacárselo.

Resuelto á no contrariar á su amante, y creyendo que con lo dicho ya había hecho mucho, dijo á Dominga:

—Puedes hacer lo que tú quieras, que siempre será lo mejor: yo me abandono á tu criterio como me he abandonado siempre, pues tu comprendes mejor la situación y sabes la mejor manera como se debe combatir.

—Bueno, no me observes tonteras entónces y límitate á callarte la boca, sea malo ó bueno lo que yo haga, que siempre ha de ser lo mejor.

Ante todo hay que avasallar á esas mocosas y no permitirles levantar la cabeza, porque si llegan á tomar álas, á ver tan sólo que se les hacía caso, pretenderían entónces manejarnos peor que á sirvientes.

Ahora vamos á almorzar, pues ayer no comí con el disgusto, y tengo un hambre de todos los diablos.

—¿Y si se niegan á venir á la mesa?

—Ya las haré venir yo: ¿ó te figuras acaso que les voy á permitir el meonr acto de independencia? ¡linda me pondrían en seguida! no admito ni siquiera la discusión de mis órdenes, que se han de cumplir estrictamente.

Los dos amantes pasaron al comedor, desde donde Dominga mandó buscar á sus hijas con el mulatillo Joaquín Rivadavia, que tuvo que hacerse repetir la órden, aturdido aún con lo que había visto la noche anterior.

—Se nos quiere mortificar de todos modos, dijo Edelmira: vamos, hermana mía, y evitemos por todos los medios á nuestro alcance todo aquello que pueda traducirse en un mal rato, en un sufrimiento.

—Es que de todas maneras yo no podría tomar un bocado: se me trancaría en la garganta, ahogándome si pretendiera tragarlo.

—Lo mismo me pasa á mí, pero es necesario hacerse violencia, toda la violencia posible, desde que lo hacemos para evitar males mayores y verdaderas desventuras.

Vamos, pues, no los hagamos esperar y no olvides de componer tu semblante de manera que no se conozca nuestro sufrimiento.

—Nuestra madre es muy viva, ya lo sabes, y por esto mismo hay que ocultarle nuestro pensamiento, hasta en la manera de mirar.

Las dos hermanas se arreglaron lo mejor que les fué posible y pasaron al comedor, donde estaban ya sentados á la mesa y esperándolas sus verdugos.

—Perdón, madre mía, si la hemos hecho esperar, dijo Edel-

mira: no nos habíamos arreglado todavía y no quisimos venir como estábamos.

Tanto Edelmira como Hortensia parecían tranquilas, pero en el semblante de esta última se veía claramente las huellas de un sufrimiento insoportable.

Edelmira parecía hasta contenta; tenía la pobre niña una fuerza de disimulación que no se habría sospechado en ella.

Su semblante, terriblemente estropeado, estaba descubierto, dejando ver los terribles moretones y arañazos que lo surcaban en todas direcciones.

¿Era aquello una ostentación de las heridas ó significaba que no se había querido hacerlo de vendajes y unturas?

Dominga estaba seria y amenazante siempre, observando el menor movimiento de sus hijas y la menor significación de sus miradas.

Apénas respondió con un movimiento de cabeza las palabras de su hija, poniéndose, como de costumbre, á servir el almuerzo.

Barbosa estaba sonriente; se conocía que hacía esfuerzos terribles para aparecer alegre, siendo de esta manera más agradable á los pobres jóvenes.

El mulatillo miraba asombrado á todas aquellas personas, actoras en la terrible escena del día anterior, y que aparentemente se hallaban ahora en la mejor armonía.

Barbosa con una amabilidad extraña en él, atendía con solícitud á Hortensia, adivinando lo que podía necesitar para alcanzárselo.

Edelmira comía y comía con apetito, al parecer, dominando la tormenta de su espíritu y haciendo esfuerzos por pasar aquellos bocados que se le trancaban en la garganta.

—¿No comes? preguntó Dominga á Hortensia, á quien no había perdido de vista un solo momento.

La pobre joven miró á su hermana, con los ojos preñados de lágrimas, fijó en seguida en la madre su lánguida mirada, y murmuró débilmente:

—No tengo apetito, madre mía, no me siento buena hoy.

—Los remilgos se dejan en el cuarto cuando se viene á la me-

sa, respondió Dominga ágricamente, y las pinturas se guardan para cuando hacen falta: no seas nécia y come que ayer no comiste tampoco.

La pobre jóven hizo un esfuerzo y pudo aún dominar sus lágrimas; mirando á Edelmita fué á llevar el tenedor á la boca, pero no pudo, lo recostó á la orilla del plato y dijo sollozando:

—Es inútil, madre mía, no puedo, un bocado que comiera me haría un daño inmenso: me siento enferma y el comer ahora me sería agravarme horriblemente.

—Bueno, exclamó Dominga, ahora mismo se va usted á su cuarto y no sale hasta que yo la llame: ¡yo las he de enseñar á remilgues y porquerías!

Hortensia se levantó llorando y se dirigió á su cuarto.

Edelmira quedó en la mesa haciendo la que comía y devorando las lágrimas que á pesar suyo bañaban su hermoso semblante.

Así pasó un buen rato sin que ninguno hiciera oír la menor palabra.

Edelmira pensaba sobre una resolución que había adoptado y que creía le daría mejores resultados.

Pero el dolor la sofocaba y no iba á poder aguantarse así mucho tiempo.

Las lágrimas empezaron á caer sobre el plato mezclándose á aquella comida amarga, lágrimas que lejos de conmovér á Dominga, no hacían más que irritarla poco á poco.

Así, las lágrimas de la una y la cólera de la otra, se destoraron á un mismo tiempo.

—¿Es posible que tu gazmoñería y farsa lleguen á este extremo? preguntó Dominga: dime, bandida, ¿qué es lo que te has propuesto? ¿envenenarme la vida ó hacerme cometer contigo un terrible acto de violencia?

Tén cuidado, Edelmira, ténn mucho cuidada: mira que es muy peligroso jugar conmigo á este extremo.

—Señora, sollozó la pobre jóven, yo nada me he propuesto: quiero tener con usted una conferencia, pero luego y á solas: usted sabrá entónces lo que puede esperar de mí.

—Yo no admito conferencias ni tengo que esperar de tí otra cosa que la obediencia más sumisa.

Lo que yo mando debe obedecerse sin mirar para atrás y sin condiciones de ningún género.

—Ya lo sé, madre mía, yo no discuto sus órdenes, quiero solamente hablar con usted, cambiar ideas, sin que esto signifique que yo quiera imponer á usted mi voluntad ni cosa parecida.

—Bien, veremos después de almorzar: entre tanto es preciso que sepas una cosa: así como has metido en la cabeza de tu hermana todo género de iniquidades y estupideces, hasta el extremo de que haga las borricadas que hace, es bueno y conveniente le aconsejes se deje de comiquerías, pues con esto nada se logra sino provocar mi cólera y exponerse á mi castigo más riguroso y justo.

Ahora, si ustedes prefieren vivir conmigo en guerra abierta, háganlo en buena hora, pero cuénten entonces que van á pasar una vida terrible, pues cuando yo me propongo algo no hay nada en el mundo que me haga desistir.

—¿Pero qué he podido yo decir ó aconsejar á mi hermana? ¡usted está en error, madre mía, yo nada he aconsejado ni nada he dicho!

—¿Volvemos á las mismas?

Todas las insolencias que ha cometido Hortensia, todas las infamias que ha dicho á Barbosa, y la pretensión estúpida de separarse de mi lado, son sopladas por tí, son obra exclusiva tuya.

Así como se las has metido en la cabeza, sácaselas, porque lo que es mudarse de aquí no lo ha de lograr mientras yo viva, y tú, como autora, vas á ser la que lo todo pague.

—Pero piense usted que me hace responsable de lo que diga ó haga mi hermana mayor, y esto no es justo.

—Yo sé lo que digo y no hago injusticias: tú dominas á tu hermana, no sé por qué, al extremo que la gobiernas en sus mismos pensamientos.

Muéstrale que hace mal en obrar así, que no le conviene, de otro modo ustedes van á pasar una mala vida, yo se los aseguro.

—Todo lo que usted quiera, madre mía, pero será injusto: el proceder de Hortensia obedece á convicciones profundas que tendrá ella, tal vez fundadas en hechos ó sucesos que habré visto.

Un pansazo sobre la cabeza fué la respuesta de Dominga: ¿conqué en hechos ó cosas vistas, bribona? agregó; ¿conqué quiere decir que todas esas monstruosidades son ciertas? ¿conqué encuentran entónces que tienes razón tú y ella?

Y Dominga furiosa y fuera de sí, se levantó y dió de golpes á su hija, que bajó la cabeza y los recibió sin siquiera tratar de defenderse.

En seguida la echó á su pieza, prohibiéndole se moviera de allí para nada.

Barbosa esta vez no se movió para nada, ni se atrevió á decir la menor palabra.

Espíritu ruin y miserable, tenía miedo á Dominga y la conciencia de su propio delito lo enmudecía privándolo de toda acción noble y generosa.

Al fin y al cabo él se había aliado á Dominga Rivadavia para labrar la desventura de aquellas desgraciadas jóvenes.

Separadas así las dos hermanas, aquella vida fué más triste y desesperada.

Hortensia se encontró con que los dos séres que debían estar consagrados á hacer su felicidad, su marido y su madre, se encontró con que aquellos no eran para ella más que dos enemigos implacables y encarnizados.

No le quedaba más amparo que su hermana y se veía privada del cariño de ésta, puesto que ni siquiera se le permitía hablar con ella.

—Sufriré hasta donde pueda, pensó Edelmira, hasta que Dios se sirva disponer de mí; pero toda mi vida, todo mi esfuerzo lo pondré al servicio de mi pobre hermana y para que cese esta vergüenza tremenda que pesa sobre nosotras.

Y fué desde entónces que empezó el verdadero tormento de las hermanas.

Barbosa, privado ya hasta de conversar con su mujer, empezó á vivir descaradamente con Dominga, al extremo que esto no era ya un misterio ni para los vecinos, ni para el mismo mulatillo Joaquín, que se hacía cruces escandalizado de aquella vida que él no acertaba á explicarse.

La quinta de Dominga, hoy de Barbosa, estaba entónces muy aislada.

Eran aquellos los suburbios de Buenos Aires, y en vez de las hermosas casas de que hoy está rodeada, sólo se veía una que otra casucha habitada por gente humilde y del pueblo.

De modo que doña Dominga podía hacer en su casa cuanto se le ocurría sin que se impusiera el vecindario, que no se explicaba aquella vida especial y única, llegando á pensar muchos que Barbosa no sólo compartía su corazón con Dominga y Hortensia, sino que también hacía partícipe á Edelmira.

Y esta era una creencia falsa, como todas aquellas apariencias: Barbosa en realidad solo vivía con Dominga Rivadavia, única dueña de su corazón y su persona.

Hortensia era para él únicamente esposa en el nombre y en la creencia de los demás, pues Dominga no le había permitido jamás que se acercara á ella ni tuviera ninguna de aquellas tentaciones naturales en un marido.

—Ya sabes que no tienes más esposa, ni más pensamientós, ni más amor que yo, le había dicho: librete el cielo, no digo de hacer, pero ni de pensar otra cosa: ya me conoces lo bastante para calcular lo que yo haría contigo.

Y Barbosa, cobarde siempre, y empequeñecido sobre toda exageración, se había sometido á la vida que se le imponía, sin atreverse á contrariar la voluntad de aquella mujer.

El quería á Hortensia, él la deseaba ardientemente, se sentía arrastrado á ella por la fuerza del deseo, por la frescura y el encanto de su jóven esposa.

Pero al pensar en Dominga, ahogaba todos esos sentimientos, porque el miedo por la amante era mucho más intenso que el amor que le inspiraba su esposa.

Estaba completamente dominado, habiendo perdido hasta el derecho de lamentarse, puesto que él había aceptado con todas sus consecuencias, aquella vida de ignominia y de vergüenza que se le había brindado.

Miró á Hortensia como el preso que mira la ciudad á través de una ventanilla y se resignó, pensando en que tal vez algún día

se vería libre de aquella imposición, venciendo los escrúpulos de Dominga ó por algún otro hecho casual que viniera en su auxilio.

El estaba en su casa siempre con Dominga, ó fuera de su casa, pero siempre también con su amante, porque Dominga, cada vez que salía, se hacía acompañar por Barbosa, ya para que no se separara de ella, para hacer alarde de la vida espantosa que llevaba.

Dominga no salía sola sino en las horas que Barbosa estaba en la tienda, sabiendo que de allí no podía salir.

Y Barbosa no se atrevía á salir nunca sin avisarle, porque Dominga tenía la costumbre de presentarse cuando ménos era esperada, sin duda para cerciorarse si Barbosa se atrevía á salir sin su permiso.

Así aquel hombre se veía reducido á la condición de un esclavo, sin más voluntad ni acción que la que Dominga se sirviera concederle.

Las dos hermanas aprovechaban así la ausencia de sus verdugos, para entregarse con entera libertad á lamentar su suerte y á llorar sin que nadie les hiciera devorar sus lágrimas.

Se habían convencido que por el momento no había remedio para conjurar aquella desgracia, y se limitaban á llorarla con toda amargura.

La vida que llevaban era una desventura interminable; no veían á la madre sino á las horas de almorzar ó de comer, y esto, para oírle siempre palabras desmedidas, expresiones groseras y mortificaciones de todo género.

Los moretones de la cara habían desaparecido y gozaban por consiguiente de la triste libertad de salir á los balcones.

Durante ese tiempo habían visto una ó dos veces al general Iriarte, su tío, pero Edelmira, llevando su abnegación hasta lo sublime, no sólo le había ocultado el infierno en que vivía, sino que hasta le había manifestado que pasaba una existencia bastante feliz.

Dominga había observado esto, y convencida que Edelmira guardaría y haría guardar profundamente á su hermana el secre-

to de su vergüenza y su conducta, les permitía salir á paseo algunas veces, cuando no necesitaba salir ella y sí quedarse sola con Barbosa á tratar asuntos íntimos.

Edelmira había comprendido que el silencio sobre los hechos pasados y el disimulo sobre los presentes, era la única manera de vivir sin ser maltratadas de palabra y obras, y así había aconsejado á su hermana á seguir aquella conducta hasta que se les ocurriera algún medio de remediar la situación.

Naturaleza eminentemente sensible y delicada, Edelmira sufría más que su hermana: la conducta de la madre la impresionaba de una manera terrible, llegando á pensar muchas veces, que tal vez la muerte fuera para ella un beneficio.

Pero el abandono en que entónces quedaría su hermana, le había hecho cobrar horror á la muerte misma, que había mirado como un consuelo.

Es esta sensibilidad misma la que le hizo adoptar una resolución heroica, resolución que precipitó el desenlace de aquella vida dramática, de la manera que vamos á ver.



La resolución del crimen.

La vida de Dominga, como se sabe, no era un misterio para nadie, puesto que ella misma hacía alarde luciendo sus amores criminales.

Edelmira vivía más mortificada, pues creía que aquella vida era un misterio para los demás y pensaba que el día que llegara á hacerse pública la vergüenza sería espantosa.

Si ella hubiera sabido que todos cuantos las conocían se hallaban en el terrible secreto, tal vez el sufrimiento hubiera sido menor.

Una tarde se hallaba Edelmira jugando en el jardín con su hermana y otras amigas que habían ido á visitarlas.

Como se sabe, la reja de aquel jardín, dá á la calle de Cerrito abrazando una larga fracción de terreno.

Delante de la reja y viéndolas jugar, se hallaban algunos muchachos y jóvenes de la vecindad.

Las niñas estaban incómodas con aquellos testigos importunos que se imponían de sus menores palabras y movimientos, habiéndoles pedido una de ellas que se retiraran y las dejaran en paz.

Pero ellos se encontraban allí muy entretenidos y nada dispuestos á abandonar aquel sitio.

Algunos se habían permitido ya un par de cuchufletas de

gusto criollo, cuchufletas que pusieron más violentas á las jóvenes.

Edelmira que era la más mortificada, y que si aquello seguía tendría que abandonar el jardín, se acercó á los muchachos y les intimó que se fueran de allí porque las estaban incomodando sin ningún derecho.

—¡ Ah! ¡ hija de mala madre! gritó uno de ellos, empleando las expresiones más insolentes y groseras: mejor harías en aconsejar á tu madre que no fuera sinvergüenza, antes de hacerte tú la muy repulida, como si no fueras igual á ella.

Los demás muchachos añadieron expresiones más ó menos parecidas y una lluvia de silbidos y rechiflas cayó sobre las jóvenes.

Edelmira no pudo sufrir la impresión que le causaron aquellas insolencias, sintió que un vértigo le subía á la cabeza y mirando á los muchachos con una expresión de dolor indefinible, cayó desmayada.

La impresión había sido terrible: no solamente hasta los muchachos del público conocían la vida de la madre y se la mostraban de aquella manera insolente, sino que la acusaban á ella misma de ser igualmente depravada.

El golpe no podía ser más violento y la vergüenza más profunda.

Las amigas, asustadas, rodearon á Edelmira y la alzaron en brazos, tratando de hacerla volver en sí.

Las pobres niñas estaban desesperadas, pues no sabían si aquello era un desmayo ó algún accidente más grave.

Hortensia lloraba amargamente y pedía socorro á grandes voces, pues creía que su hermana estaba muerta.

—Si fuera un simple desmayo, decía, ya habría vuelto en sí, pero ya ven ustedes que no respira ni dá señales de vida.

¡ Edelmira! ¡ Edelmira! gritó Hortensia sacudiendo á la joven: ¿ te has muerto, hermana de mi alma?

Y era tan conmovido su acento, que las otras jóvenes no pudieron contener el llanto y rompieron á llorar junto con ella.

A los gritos y lamentos propalados por los mismos muchachos que habían causado el accidente, habían acudido algunas ve-

cinas que aplicaban agua de Colonia á las sienes de la enferma y agua fresca en la cabeza.

La pobre niña volvió en sí, después de media hora de insensibilidad, preguntando á sus compañeras si habían oído lo que les dijo el muchacho y al oír la respuesta afirmativa, se entregó al dolor más conmovedor.

Ella trataba de ocultar la causa del desmayo, asegurando que se sentía muy enferma desde el día anterior, pero á ninguna escapó la verdadera causa.

Sabiendo lo que pasaba, el General Iriarte se había apresurado á venir, como asimismo la abuelita, que tenía con Edelmira verdadera locura.

Dominga y Barbosa habían salido á pasear hasta Morón aquella mañana, dejando á las jóvenes solas como era de costumbre.

De modo que cuando regresaron á la tarde, se hallaron con la novedad que había sucedido y la casa llena de gente.

—¿Qué es lo que ha sucedido? preguntó Dominga, aparentando gran angustia: ¿tienen algo las niñas? ¿se han hecho mal?

—Tranquílcese usted que todo ha pasado, le respondió el General Iriarte, ha sido un desmayo que ha tenido Edelmira, originado tal vez por la agitación y el calor, pero felizmente ha pasado todo.

Dominga entónces aparentó un interés vivísimo por su hija, se quitó apresuradamente el tapado y los guantes, dedicándose á asistir á Edelmira.

Barbosa estaba trémulo y conmovido: él, que era dueño del secreto de la familia, comprendía cuál debía ser la causa de aquella enfermedad súbita y guardaba silencio no atreyéndose á decir una sola palabra, por temor que la joven le dirigiera algún amargo reproche.

Y la miraba profundamente, tratando de inquirir con los ojos lo que los labios no se atrevían á preguntar.

Por fin á la caída de la tarde fueron alejándose los extraños y al principio de la noche se despidió la madre del general Iriarte, que no había querido irse hasta que Edelmira estuviera perfectamente buena.

Una vez que estuvieron solas, Dominga se despojó de la máscara que había conservado hasta entónces, y usando de toda su aspereza dijo á Edelmira:

—¿Y á qué ha venido esta nueva comiquería y fingimiento de escenas dramáticas? ¿á qué ha venido este nuevo escándalo del que se han enterado personas extrañas, á quiénes habrás dado cuenta de las estupideces á que están entregadas desde hace tiempo?

—Líbreme Dios, madre mía, de semejante cosa, contestó lánguidamente la jóven; yo me he enfermado á consecuencia de una terrible impresión que he recibido, pero á pesar de mi desmayo he tenido buen cuidado de ocultarla á los demás, porque me hubiera muerto de vergüenza.

—Basta de farsas y comiquerías, rugió Dominga sordamente: yo quiero saber detalladamente lo que ha sucedido, toda la verdad de lo que ha sucedido. pues si tengo que valerme de informes extraños, ustedes serán las víctimas.

La verdad y pronto, porque ya me dá asco de pensar lo que ustedes han hecho.

—No ha sido nada, señora, dijo Edelmira; hace ya algunos días que no me siento bien y hoy, miétras jugabamos en el jardín, me ha dado este desmayo, á causa de que unos muchachos que estaban parados delante del cerco me insultaron de una manera terrible.

Dominga comprendió que Edelmira le ocultaba algo y que no se lo diría aunque la golpeará, así es que llamando á Hortensia consigo, la intimó que le dijera todo lo que había sucedido.

Asustada la pobre Hortensia y creyendo que decir la verdad era el único medio de calmar á la madre, refirió exactamente lo que había sucedido.

—Yo creo, concluyó, que los insultos groseros de esos desalmados y las iniquidades dichas contra usted, es lo que ha impresionado á Edelmira hasta hacerla perder el conocimiento.

—Ustedes son unas malditas que se han propuesto matarme á pesadumbres, gritó Dominga sin poder contenerse.

Este escándalo no es más que una farsa meditada y llevada

á cabo con el propósito de consumir las pretensiones que yo creía ya olvidadas: con este solo objeto han provocado un escándalo infame y estúpido, que no les ha de dar más resultados, yo te lo aseguro, que hacer más intensa mi justa cólera y obligarme á castigarlas de una manera ejemplar, para que no vuelvan á incurrir en igual delito.

—Pero, señora, sollozó Hortensia, ya sabe usted que Edelmira es muy sensible y que es natural que aquellas palabras le hayan producido tan terrible efecto.

—¡ Lo que yo sé es que tanto tú como ella son unas cínicas de primera fuerza, pero cuyo talento no llegará á engañarme á mí que las conozco profundamente, como que son mis hijas! Edelmira es una malvada y yo le demostraré que el daño y el escándalo por ella causados no pueden quedar así.

¡ Es lo único que falta ya! ¡ que no pueda yo salir de mi casa, sin estar amenazada á la vuelta de un escándalo, encontrándola llena de curiosos y maldicientes de toda especie!

Hortensia comenzó á llorar y á pretender convencer á la madre que en lo sucedido no había nada intencional de que pudiera culparse á Edelmira.

—Son los insultos groseros los que la han hecho desmayar, decía la jóven, por cuya razón no ha podido ella ser autora de escándalo alguno.

Los que han venido lo han hecho de curiosos y atraídos por los gritos de nuestras compañeras que se habían asustado.

—¿Entónces fuiste tú quién mandó llamar á Iriarte y á esa vieja entremetida, que yo no sé por qué viene mezclándose en todas nuestras cosas?

—¡ Yo no he mandado llamar á nadie! ¡ líbreme Dios de hacerlo! apenas tenía cabeza para pensar en mi pobre hermana: yo no sé cómo han venido ni tampoco se los he preguntado; de todos modos de nadie tenía necesidad, pues el peligro había pasado.

—¿ Y quién la mete á esa cómica estúpida á desmayarse por lo que dicen cuatro cuchachuelos chusmas que no saben donde tienen las narices?

—Es que lo que decían era horrible, señora, era algo de monstruoso que aunque me mataran no me atrevería á repetir.

—¿Y quién las manda prestar atención á todos los dichos y todas las blasfemias? ¿entónces si al primer pilluelo que pasara se le antojara gritar que iba á caerse el mundo, ustedes lo creerían? ¿tomarían sus medidas para no ser aplastadas?

Hortensia no se atrevió á responder, porque hubiera tenido que observar que lo que habían dicho los muchachos era una verdad de todos conocida, cuya razón tenía que conmover el espíritu impresionable y delicado de Edelmira.

Y Hortensia tenía á la madre un miedo terrible, pensaba que la había de castigar y por nada quería provocar su cólera.

Débil y sumamente tímida, había llegado hasta proponer á la hermana que dejaran las cosas como estatan y sufrieran con paciencia y resignación las consecuencias de la vida licenciosa que llevaba Dominga.

—Esto sería mil veces más criminal, había contestado Edelmira, porque sería aceptar la complicidad de este escándalo monstruoso que hace caer sobre nuestra madre y sobre nosotras mismas el desprecio de cuantos nos conocen y aún de cuantos no nos conocen.

Es preciso luchar y no descansar hasta que no cese esta ignominia y podamos siquiera levantar la frente pura y libre de toda mancha.

Tú eres más poquita que yo: déjame pues á mí sola afrontar la lucha, puesto que soy yo quien la provoca y conozco los resortes que he de tocar.

—Es que mamá es terrible, le había dicho Hortensia, y capaz de cualquier acto violento.

—¡No creas que lo es tanto! me golpeará tal vez para imponerme silencio como lo ha hecho ya, me tratará con una crueldad excesiva, pues algo ha de hacer por conservar esta vida que tanto la seduce.

Pero cuando vea que nada logra con los golpes y las mortificaciones, cuando vea que á pesar de los malos tratos yo persisto en mis propósitos y sigo dispuesta á luchar ha de ceder, hermana mía, ha de ceder y ha de volver al buen camino, no tengas la menor duda.

Hortensia había admirado el valor de su hermana y se había fortalecido con sus palabras, perdiendo parte del miedo que tenía á la madre.

Pero una vez frente á ésta, y bajo la influencia de su palabra perversa, volvía á sentirse presa del más grande espanto y temblaba entónces por ella y por la pobre Edelmira en quien había reconcentrado todo su cariño.

Por esto no se había atrevido á repetir claramente á la madre lo que habían dicho á su hermana, verdadera causa de su desmayo.

—Yo no sé qué es lo que piensa Edelmira, continuó Dominga, si es matarme á disgustos ó abandonarme también é irse con su abuela.

Si es esto lo que se ha propuesto puede irse de una vez y ahorrrarme disgustos como el de hoy: pero entónces que no se ocupe de mí, que abandone sus ideas de loca y me deje en paz, porque lo demás es ponerme en el disparadero y obligarme á tomar una medida dolorosa y violenta.

—Yo no creo que Edelmira tenga propósito alguno, como aseguro á usted que lo que hoy ha sucedido es obra de la casualidad y no del cálculo: ¿cómo piensa usted que Edelmira ha de andar calculando cosas semejantes ni que ha de querer separarse de nosotras?

—Eso sí y no me creas tan estúpida para no comprenderlo: esa hija desnaturalizada me detesta con toda su alma y quiere separarte á tí primero para abandonarme ella en seguida.

No seas infeliz tú y no dejes arrastrar al abismo donde te guía, porque sería la desgracia de tu vida entera.

Dominga creía que podía seducir á Hortensia y arrancarla á la influencia de su hermana con palabras melifluas y falsas.

—Ya sabes que yo te quiero con toda mi alma y que mi único anhelo ha sido tu felicidad: no te dejes llevar entónces de malditos, y no te rebeles contra tu madre, porque esto sería un crimen que Dios no puede dejar impune.

¿Qué mal te he hecho yo en mi vida? ¿no te he dado siempre pruebas de mi amor más abnegado? ¿por qué sigues entónces los salvados consejos de Edelmira, despertando mi cólera y obligándome á hacer lo que jamás hubiera hecho?

¡ Ah! ¡ hija mía! ¡ algún día conocerás todo el mal que me has hecho, pero será tarde ya para arrepentirte!

La inocente Hortensia se había conmovido profundamente con las palabras de la madre.

Excesivamente buena y de una naturaleza dulce y cariñosa, había sentido sacudir rudamente su amor filial y renacer aquel cariño que creía muerto.

—Usted está en error, madre mía, dijo dulcemente, atribuyendo á Edelmira propósitos que no tiene y consejos que no me dá.

—¿ Y cómo entónces propusiste á Barbosa que se mudara de aquí porque tú no podías vivir á mi lado?

—Esto ha sido una mala inteligencia de Barbosa y si algo le he dicho yo, ha sido sin la menor intención de dañar y sin propósito hostil contra usted.

—¿ Y no estás arrepentida de lo que has hecho? ¿ crees acaso que yo no he pasado mis noches de amargura, llorando y lamentando la ingratitud de mis hijas, únicas que tengo?

Yo también he sufrido, si, y de una manera que tú no puedes apreciar, porque el dolor que ocasiona á una madre la ingratitud de sus hijos, es preciso sentirlo para apreciarlo.

Dominga pensó que un par de lágrimas serían aquí de un gran efecto y sin más ni más soltó una corredera con asombrosa facilidad.

El golpe estaba dado: Hortensia no pudo soportar la vista de aquellas lágrimas y profundamente enternecida se abrazó de la madre y rompió á llorar.

El enemigo estaba vencido por la ternura: la palabra de Edelmira acababa de sufrir un golpe de muerte.

—Bueno, dijo entónces Dominga, queriendo aprovechar aquel estado de espíritu: vé y habla con Edelmira sobre lo que me has escuchado, á ver si haces cambiar de conducta: dile que si lo que ella quiere es separarse de mí, no necesita recurrir á medios tan infames, que me lo diga con franqueza y yo la mandaré con su abuela ya que la quiere más que á mí y le importa poco de mis sufrimientos.

Que lo único que le pido es que me lo diga pronto para sufrir

de un solo golpe todo lo que tengo que sufrir, y no estar apurando á gotas esta copa de amargura que ustedes me brindan y me obligan á beber.

Mañana me dirás lo que hayan decidido; y Dominga despidió á Hortensia dándole un beso tan falso como sus palabras.

La pobre jóven estaba confundida, no sabía qué pensar después de lo que había oído á la madre.

Pero quedaba aún en pié una verdad que nadie podía destruir y que subsistía á pesar de todas las protestas de amor que pudiera hacerle Dominga.

Su marido no lo era más que en el nombre para ella, miétras que en el hecho lo era de la madre.

¿Qué significaba sino aquel hijo que le habían obligado á adoptar, con pretextos más ó ménos hábiles, y que con todo descaro llevaba el apellido de Barbosa?

Este punto no lo había tocado ni se habría atrevido jamás á tocarlo con la madre, pues esto solo hubiera provocado la gran tormenta que tanto temía.

Hortensia se fué á hablar con su hermana, á quien refirió toda la conversación que acababa de tener.

—Yo pienso lo de siempre, hermana mía, concluyó: el mejor medio de ahorrarnos lágrimas y desventuras, es aceptar la vida que nos brinda sin tratar de mejorarla.

Ya ves que yo soy la parte más dolorida, que soy la que sufro el golpe más doloroso, pero me conformo pensando en que esta situación puede agravarse de una manera incalculable.

¿Por qué no te vés realmente con abuelita, á cuyo lado serás feliz positivamente, sin amarrarte á la cadena de mis desgracias?

—¿Qué dices, pobre inocente? saltó Edelmira sonriendo compasivamente: ¿no ves que ésto sería abandonarte por completo á tu destino tremendo? ¿quién te protegería entónces de las miserias que te rodean? ¿quién te consolaría en tus desgracias ni te infundiría valor para sobrellevar tus martirios?

Mi separación sería tu muerte, pobre loca, porque quedarías entregada á ellos sin defensa alguna.

¡Ellos querrían que yo me fuese, ya lo creo! porque los inco-

modo, porque lo contrario, pero yo te amo demasiado para abandonarte en tu injusto é inmerecido martirio.

El día que tú te fueras, sí, entónces me iría yo también á ocultar mi vergüenza en el regazo de abuelita, pero antes que tú, jamás me separaré de mi madre, aunque me echara á la calle; haría como esos perros que se quedan á la puerta de la casa.

Lo único que siento es que á tí te han quebrado ya, pobre inocente, que te has entregado atada de piés y manos: tu influencia poco valdrá ya, después de haber aflojado y descendido del terreno en que te había colocado.

Pero no importa, yo haré pesar más la mía, yo duplicaré mis esfuerzos; puesto que dice que yo quiero que la abandonemos porque soy una hija criminal, yo encararé la cosa con franqueza, atacaré el mal de frente, y veremos si soy una cómica ó una malvada.

Tal vez sea este el mejor camino y el que nos dé mejor resultado.

—¡ Por Dios, Edelmira! exclamó Hortensia aterrada: no vayas á irritar á nuestra madre, porque yo tengo mucho miedo que suceda una desgracia: es preciso tener mucho cuidado, hermana mía, ¡ ya vés con qué facilidad ha llegado hasta golpearnos! mira que tengo horror solo de pensar en una desgracia.

—Mira, exclamó incorporándose: yo tengo idea que serían muy capaces de matarnos, pero no lo harán porque no les tiene cuenta, porque esto sería perderse echándose encima una causa de difícil salida, así es que á ese respecto debes estar tranquila: un crimen no les tiene cuenta.

Como se vé, Edelmira creía á aquellos infames capaces de todo, pero calculaba con razón, que no serían tan tontos para cometer un crimen que empeorara entónces de una manera grave la situación.

Las dos hermanas se separaron, aplazando para el día siguiente la determinación que habían de adoptar.



INFAMIAS DE UNA MADRE.

El cadáver fué descendido al bajo, desnudado sobre las costas frente á la barranca del Socorro y arrojado al agua.



Provocación de muerte.

Dominga Rivadavia se había hecho muchas y varias ilusiones respecto á la misión que confió á Hortensia.

—Ella influirá en su hermana, dijo á Barbosa; está ganada : el lado del cariño y no será difícil que suceda lo mismo con la a.

Edelmira quiere mucho á mi suegra, y tal vez acepte la pro-esta de irse con ella, y así quedaríamos en completa paz, porque Hortensia la manejo yo como quiero.

—No te equivoques, respondía Barbosa; Edelmira tiene mucho carácter, ella es muy firme en sus propósitos y no ha de descansar momento pensando salir con la suya.

—Es que tendrá que ceder ó al cariño ó al rigor, no hay más medio: ¿dónde iríamos á parar si no fuera yo capaz de gobernar una mocosa de la manera que me dé la gana?

Ella hará en último caso lo que yo le mande y sino se estrella-conmigo.

¿Tú dices qué tiene carácter? pues veremos quién lo tiene más : quién hace prevalecer aquí sus caprichos.

—Quiera Dios que no te equivoques y que todo pueda salir

á medida de tus deseos. Si Edelmira se propone luchar, ha de darnos mucho trabajo, no tengas duda.

—Sabes que te estás volviendo muy tímido, por no decirte otra cosa, exclamó Dominga bastante fastidiada.

¡Desengáñate que no todos han de ser cobardes, al extremo de que una pobre chicuela les meta miedo! que no tenga que enseñarte á tí también, quién soy yo.

Barbosa guardó silencio sin atreverse á agregar una sola palabra más: la conversación iba tomando mal giro y de un momento á otro la cólera de Dominga podía muy bien estallar.

Esta murmuró algunos conceptos más, poco agradables para aquel original amante, y se entregaron al sueño con la mayor tranquilidad.

Al verlos dormir de una manera tan apacible, nadie hubiera supuesto que aquellas dos personas estaban ligadas por crimen tan repugnante.

Al día siguiente Dominga llamó á su pieza á Edelmira: no sólo quería explorar á la jóven por el lado de la sensibilidad, sino que quería ver el efecto que hubiera producido la conversación con Hortensia.

—Te mando llamar, le dijo, para ver qué has resuelto sobre lo que te habrá dicho tu hermana, tanto respecto á la conducta que han de observar en adelante, como á tu voluntad de irte á vivir con tu abuela.

—Yo nunca he pensado irme con abuelita, respondió resueltamente la jóven: la quiero mucho, entrañablemente, pero no he pensado separarme de usted.

—Celebro mucho lo que me dices y no esperaba otra cosa de una niña como tú: ¿díme ahora, se te han pasado ya esos loqueros y estás dispuesta á renunciar á esas niñerías, ó prefieres seguir dándome disgustos que me llevarían á la tumba?

Tú tal vez no calculas el daño que me has hecho, hija mía, ni las mortificaciones que me has causado; es preciso que al fin tengan lástima de su pobre madre y no añadan un disgusto más á los ya recibidos.

Y con la pasmosa facilidad que le conocemos, empezó á llorar acariciando á su hija.

Edelmira conocía perfectamente bien á la madre y sabía que tanto las palabras como el llanto y las caricias eran falsas, así es que no se conmovió lo más mínimo, recibiendo unas y otras con la mayor frialdad.

Dominga empezaba á irritarse ante esta fría indiferencia, pero juzgó que todavía era conveniente esperar y seguir fingiendo.

—¿Es posible, añadió, que hijas que quiero con toda mi alma estén envenenando mi vida con una série de disgustos de toda especie?

Espero que esto habrá sido un vértigo pasajero y que al fin tendrán piedad de la pobre madre.

Edelmira, como sabemos, estaba resuelta á afrontar francamente la cuestión y mostrar á la madre lo perjudicial y vergonzoso que era para todos la vida que llevaba: había meditado mucho sobre aquello y creía que era el camino más corto y más práctico.

—Así tendrá que contestarme categóricamente, pensó, si está dispuesta á ceder ó á seguir en ese camino: puede costarme cara la cosa, pero no ha de ser tanto que no me deje lugar á insistir.

Así, firme en este propósito, miró atentamente á la madre y con la fisonomía iluminada por la más noble expresión, le dijo:

—Creo, madre mía, que ha llegado el momento de que yo hable á usted franca y lealmente: ¿me lo permite usted?

— ¿Cómo no, mi querida? eso es lo que yo deseo y lo que he estado pidiendo hace mucho tiempo: si ustedes hubieran obrado así desde el principio, se hubieran evitado muchos disgustos y nos hubiéramos ahorrado muchos malos ratos.

—Está bien, pero ante todo usted me va á prometer no enojarse, por lo ménos hasta que yo no haya concluido.

Usted me castigará, me golpeará después cuanto quiera, pero me habrá escuchado lo que yo le tengo que decir: es todo lo que pido.

—¡ Ya me tienes muerta de curiosidad! habla no más, habla sin temor de ningún género y cuenta con mi mayor suma de benevolencia.

Y obligando á Edelmira á sentarse á su lado le tomó cariñosamente una mano y se puso en actitud de escucharla atentamente.

Edelmira estaba conmovida, sabía que iba á levantar una tormenta en el corazón de la madre, y su voz no tenía toda la seguridad que hubiera deseado.

Sin embargo, hizo á un lado todo temor y dominándose por completo empezó así:

—Usted sabe, madre mía, lo que se dice de sus relaciones con mi cuñado: me es duro decirlo, pero si he de hablar la verdad, preciso es que empecemos por ahí.

—Habla, habla hija mía, con entera libertad, dijo Dominga, empezando á palidecer.

—Pues bien, usted sabe que se dice que el casamiento de mi hermana ha sido una farsa, llevada á cabo para ocultar sus amores con Barbosa: se agrega que mi hermana jamás ha sido casada en el hecho, porque usted le ha robado su marido, y vive con él.

Así como Dominga iba bañándose de una palidez cadavérica á medida que Edelmira hablaba, ésta se iba poniendo granate de vergüenza á medida que avanzaba en la exposición de los hechos.

—Algunos más infames y más cobardes, agregó la pobre jóven sollozando, han llegado hasta asegurar que Barbosa, no solo vivía con su mujer y usted, sino conmigo misma, siendo así nuestra casa una cátedra de ignominia y de vergüenza.

—Pero esta misma última calumnia tan grosera y tan brutal, respondió trémula Dominga, te prueba que todo es lo mismo, que tan infame y tan calumnia es una como son las otras.

—Ojalá fuera así, madre mía, pero yo, dando oído á esas mismas voces que conceptuaba calumniosas, he hecho mis observaciones, llegando á conclusiones dolorosas por la misma certeza que en ellas he adquirido.

—¿Y cuáles son esas conclusiones?

—Que lo que se dice era la verdad.

—¡Edelmira! gritó Dominga amenazante y poniéndose de pié; ¿sabes lo que dices, Edelmira?

—Perdón, madre mía, usted me ha prometido escucharme

hasta el fin; escúcheme entónces y después me dirá ó hará lo que quiera.

—Sigue, pues, pero piensa que hablas con tu madre y pesa las palabras que sueltas.

—Bueno, siguió Edelmira: yo he visto que la pobre Hortensia no tiene marido, porque éste jamás se ha acercado á ella como tal, miéntas que con usted hace alarde de una intimidad irritante.

El pasa á sus habitaciones á toda hora, sin cuidarse de que lo vean ó no lo vean: su palabra es respetada como la de usted misma y cuando se ha ofrecido dar contra nosotras, que somos sus hijas, ya hemos visto lo que ha pasado.

—Quiere decir, preguntó Dominga cada vez más amenazadora, ¿que tú das crédito á todas esas calumnias y aseguras que ellas están plenamente confirmadas por tu observación?

—Por esto, y buscando la felicidad de todos, le dije á Hortensia que tratara de mudarse, y por esto es que hoy suplico á usted por lo que más ame en el mundo, que permita á Hortensia se mude con su marido á otra parte: de ese modo nos veremos libres de tan vergonzosos comentarios, y Hortensia, dueña de su marido, será todo lo feliz que pueda y debe serlo.

—Te estoy escuchando, dijo Dominga con voz sorda, y vacilo si estás loca ó eres tan audaz como todo eso.

¿Conqué á mí misma y en mi propia caras vienes á insultarme de semejante manera, tratándome como á una mujer de cuartel?

—Usted me pidió la verdad, verdad que yo estaba ya dispuesta á decirla y la ha escuchado toda: ahora haga usted lo que quiera.

—Y mira si lo haré, que aquí tienes el primer correctivo, gritó aquella mujer terrible, dando un tremendo hofetón á la niña.

Esta lo sufrió resignadamente, pero detrás de aquel le dió otro y otro, hasta que Dominga como dominaba por un vértigo de ferocidad, empezó á golpearla con un bárbaro refinamiento de crueldad.

Al principio Edelmira soportó todos los golpes, pero estos eran tantos y tan repentinos, que á pesar suyo empezó á gritar pidiéndole que no le pegara más.

Pero Dominga seguía pegando á su hija, cada vez con más fuerza, y como si deseara deshacerla entre sus manos.

Alarmado Barbosa y presumiendo lo que podía suceder, acudió presuroso á la pieza de Dominga, arrancando de las manos de ésta á la desgraciada Edelmira.

Hortensia también había acudido, y al ver el estado lastimoso en que se hallaba su hermana, rompió también á llorar amargamente.

—¡ Déjenme! ¡ déjenme! gritaba Dominga enfurecida; ¡ déjenme aplastar á esta víbora infame, ó por lo ménos quemarle la boca!

—¿ Pero, qué sucede, por Dios? preguntó Barbosa verdaderamente afligido, pues temía un escándalo que pusiera en traspasencia su crimen.

—¡ Pues no es nada lo que sucede! chillaba Dominga: ¿ no ha tenido esta insolente la desfachatez de decirme en mi cara que yo vivo contigo, que yo robo el marido á Hortensia y que es preciso la deje mudarse aparte?

¡ Esto ya no se puede sopõrtar y será preciso que yo les selle los labios de una manera que no vuelvan á abrirlos en la vida!

Y pretendía lanzarse nuevamente sobre la hija para seguirla golpeando.

Pero contenida por Hortensia y Barbosa, se deshacía en violentos esfuerzos apostrofándolos á todos con palatras terribles y vergonzosas.

—¡ Déjame, canalla! decía á su amante, déjame aplastarla ó tiembla tú mismo, porque en alguien tengo yo que descargar la cólera que me ahoga.

—Pero por Dios, señora, respondía él, ¿ qué quiere usted hacer? piense que esto se puede sentir de la calle é imponerse los que pasan y los vecinos mismos de lo que aquí sucede.

¡ Tenga calma, por Dios! domínese usted, se lo suplico y piense en las consecuencias que puede tener un escándalo de tal naturaleza.

—Ya no es posible más calma, pues demasiada he tenido ya; la paciencia está agotada y estos demonios, con su conducta inícuame han puesto en el disparadero.

¡ Y voy á hacer una enormidad si Dios no me tiene las manos!

Y miétras Barbosa trataba de contener á Dominga, Hortensia, abrazada de su hermana, quería sacarla de allí para encerrarse en su dormitorio con ella, porque temía que si Dominga se arrancaba de los brazos de Barbosa las matase á las dos.

—Vamos por Dios, hermana querida, decía, ¡ tengo miedo, un miedo terrible! ¡ creo que mamá nos va á matar! ¡ vámonos pronto de aquí.

—Vamos para que tú estés trãnquila, no por el miedo que tenga, pues me es indiferente hasta que me maten.

¡ Señor don Cayetano! gritó al salir de la habitación, ¡ puede usted gozarse en su obra que es bien poco envidiable! ¡ no olvide que hay un Dios en el cielo y que todo esto no puede quedar impune!

—¿ Pero no vés lo que dice la maldecida? ¿ no vés que todavía tiene el coraje de amenazar con Dios la infame que ha ultrajado la propia madre?

¡ Déjame, déjame, que la voy á matar!

Al oír estas palabras, aterrada Hortensia arrancó de allí á Edelmira, llevándola á su dormitorio, donde se encerraron echando todas las llaves y pasadores.

Cuando las hermanas salieron, Dominga quedó perfectamente trãnquila, al extreme de no parecer la misma persona.

Es que su ira, como su cariño y sus halagos eran falsos: había golpeado á Edelmira, como la habría muerto, con toda frialdad, aunque aparentando arretatos terribles de cólera.

Así es que lejos de la presencia de sus hijas, volvía á la calma real conversando con Barbosa como si tratara de un asunto que le fuese de la mayor indiferencia.

—¿ Pero no vés la audacia de esta bribona? dijo á Barbosa: ha venido á echarme en cara mi conducta, y á imponerme, así, á imponerme que los deje mudar á ustedes porque ella no consiente que se siga murmurando de nosotros.

—Pero es preciso que no seas violenta y no la golpees de esa manera, mira que un día vas á dárle un golpe de sentido y no creo que nos convenga un escãndalo de ese género.

—Es que no puedo yo escuchar con frialdad tales insolencias y tengo que proceder enérgicamente para contenerlas en su principio: de todos modos yo cuidaré que siempre estés tú á mano para que puedas aparentar que las protejes y crean ellas que por tu mediación no les he arrancado la lengua ó cosa semejante.

De todos modos esa muchachuela es para mí un peligro y ya tengo que buscar los medios de sacarla de casa; será la única manera de que podamos vivir tranquilos y sin que estos escándalos se reproduzcan á cada momento.

—Ya he pensado yo que esto sería lo más conveniente, pero me parece difícil conseguirlo.

Ella ha asumido el rol de protectora de la hermana y no vá á querer abandonarla y si tú la obligas correremos el peligro que hable y cuente todo á esos mentecatos de Iriarte que se pintan solo para meterse en lo que no les importa.

—Es que yo no voy á aguantar que semejante mocosa me sitie por todos lados, y el día ménos pensado la dejo seca de un golpe.

—Esto es precisamente lo que hay que evitar á toda costa, porque sería una barbaridad de que bien pronto nos arrepintiéramos.

—¿Y qué quieres entónces que haga? ¿qué troquemos los papeles y deje y consienta que me manejen como un estropajo? ¿esto sí que no puede ser, suceda lo que suceda: adonde iríamos á parar!

—Entónces lo mejor es dejarlas que piensen lo que quieran, que con ello no han de hacernos el más leve mal: no te incomodes tú ni les digas una palabra y probemos los resultados que dá este temperamento.

—Pero es que ya es Edelmira quien viene á provocarme, diciéndome cosas que yo no puedo ni debo tolerar: ya no se contentan con conspirar entre ellas ni tomar medidas de tal ó cual modo, sino que ya lo vés, vienen á insultarme con todo desparpajo y á decirme lo que nadie se ha atrevido hasta ahora.

—Bueno, pero tú te dejas arrebatar demasiado; podrías corregirlas con ménos violencia y sin que tus golpes les hicieran tanto daño, por lo ménos visiblemente.

—Tienes razón, pero qué quieres, es cuestión de temperamen-

to: me arrebato y ya no sé lo que me pasa: te aseguro que si esta noche no vienes tú, la dejo tonta ó loca á fuerza de golpes.

—Bien, convengamos que en adelante has de dominarte más y no las has de golpear de esta manera; te aseguro que esto es lo ménos peligroso para nosotros mismos.

Dominga se resolvió á seguir este consejo, que amplió ella misma diciendo:

—En adelante ni siquiera les voy á dirigir la palabra; quiero ver por donde revientan: pero eso sí, que no vengan ellas á buscarme con insolencias como las de hoy, porque entónces yo no puedo responder de mí.

Me dejaría llevar por la cólera y sabe Dios hasta donde llegaría.

Entre tanto las dos hermanas se habían encerrado en el aposento de Edelmira, donde ésta refería llorando siempre, lo que había pasado.

—¿Pero cómo has ido tú á hacer esa tontería, á provocarla con esas cosas que tanto la irritan y la ponen fuera de sí? es una imprudencia, hermana mía, y una imprudencia sin objeto alguno, pues ya vés los resultados que dá.

—No lo creas, es el único medio de dominar la situación y ahora estoy más convencida que nunca: cuando ella vea que no hay sistema ni golpes capaz de hacernos ceder, ha de concluir por entregarse y consentir que te mudes.

Una vez que tú estés á salvo y libre de sinsabores, yo me voy con abuelita y todo habrá concluído.

—¡Sí, pero para llegar á ese resultado dudoso, mira cuanto tendremos que padecer! ¡mira cómo te ha puesto ahora mismo! y Hortensia al contemplar á la hermana lloraba sin consuelo.

Edelmira estaba en un estado lastimoso: la mayor parte de los golpes los había recibido en la cara y habían dejado allí surcos profundos y lastimaduras en la hermosa y fresca piel.

—Y es tal la pena que tengo, hermana mía, exclamaba la pobre jóven, que nó siento el dolor de los golpes y estoy dispuesta á sufrir muchos más, con tal de salir pronto de estas penas.

—Pero es preciso que renuncies al sistema que has adoptado: es preciso seguir como antes, más bien tratando de apaciguarlos y hacerles creer que renunciamos á la lucha.

—¡ Al contrario! es ahora cuando se necesita mostrar más coraje y decisión para que vean que no me he acobardado y se apresuren á ceder terreno.

De todos modos, y por varios dias, es preciso estar á la expectativa: la escena de este día vá á obligarlos á tomar una medida definitiva y adoptar una regla de conducta para lo futuro.

Según lo que ellos hagan ó digan, nosotras tomaremos nuestras medidas: esto es lo mejor hasta tanto no podamos ver claro lo que tenemos que hacer.

—¡ Ay! ¡ Edelmira! ¡ yo tengo un miedo horrible! exclamó Hortensia, y á medida que pasa el tiempo en esta lucha, mis temores aumentan, lejos de disminuir.

¡ No sé por qué se me ha puesto que á tí vá á sucederte una desgracia tremenda! Ahora no sólo temo á nuestra madre sino á Barbosa mismo.

Hay algo de sombrío en la mirada de ese hombre, que me causa un horror que nunca había sentido.

—Y no vés descaminada, Hortensia: ese hombre ahí donde lo vés, chico y ruin, cobarde y falso, es un bandido á quien yo creo capaz de todo. El hombre que acepta en una familia el papel que éste desempeña, debe ser un malvado incapaz de moverse á impulsos de nada que no sea un interés sórdido, ó su propia conveniencia.

¡ Más miedo le tengo á él que á nuestra madre! porque ella es francamente mala, sin tratar de ocultar sus pasiones, mientras que él miente y se arrastra, ocultando su perfidia á través de una sonrisa de Judas.

¡ Ah! si Barbosa pudiera matarnos sin peligro de su persona, sin comprometer su seguridad, créeme que hace mucho tiempo estaríamos bajo tierra.

Felizmente es cobarde y teme, tiene miedo á las consecuencias de un crimen, y es por esta única razón que no lo intentará nunca.

—¡ Dios quiera que esto termine pronto, Edelmira, sino yo

me voy á morir de miedo y de vergüenza! ; nunca creí que nuestra madre pudiera darnos una vida semejante!

—Ahora no hay más que tener paciencia y sufrir lo que venga, pero sin descender un átomo de nuestra actitud.

El día que aflojáramos sería el de nuestra ruina para siempre: créeme, nuestra actitud les impone y no se atreven á hacer más: demuestra confianza en Dios que él nos ha de ayudar.



El asesinato.

Desde aquel día, contra todo lo que esperaban las dos hermanas, Dominga no volvió á decir una palabra que se refiriera al asunto.

—Es indudable, pensaba Edelmira, que mi conducta ha modificado la suya: me han visto resuelta á afrontarlo todo y han tenido miedo de seguirme en este terreno, porque no hubieran tenido más recurso que matarme y está visto que esto no les conviene.

Es preciso entónces que yo persista en mi sistema, que siempre que se me ofrezca afée su proceder y le muestre que el decoro de todos exige la separación de Hortensia.

Más de lo que me han hecho no me han de hacer ya, entónces no tengo que temer nada nuevo que me imponga al extremo de hacerme variar de conducta.

Más de tres días Edelmira había permanecido en su aposento, cuidando su salud y curándose las lastimaduras del rostro.

Durante estos tres días, lejos de incomodarla, Dominga, como arrepentida de lo que había hecho, le mandaba allí la comida y el almuerzo, pasando ella misma á informarse de su estado, sin hacer la menor alusión á las causas que habían producido este estado.

Hablaba de cosas indiferentes, como si todo se hubiera olvidado y no tuviera con sus hijas el menor resentimiento.

Edelmira observaba esta conducta sumamente complacida, y

esperaba que la reforma fuera completa, es decir, que dejara en libertad á Barbosa, y de este modo la felicidad de Hortensia fuera completa y segura.

Así es que antes de insistir en sus exigencias se propuso observar cuál era la nueva conducta de la madre referente á las otras cosas.

Así que las manchas y cicatrices hubieron desaparecido de su semblante Edelmira abandonó recién su aposento, para ir al comedor y otras habitaciones de la casa.

En esos días, varias amigas y su abuela habían estado á verla, pero Dominga les decía siempre que las jóvenes estaban en la quinta de Morón, ó andaban de paseo.

No quería que Edelmira fuese vista por nadie, pues las cicatrices de su semblante hubieran provocado una explicación peligrosa por lo difícil de dar de una manera creíble.

Por esto Dominga había dejado á su hija en completa libertad, sin obligarla siquiera á venir al comedor.

Barbosa estaba contento y se esmeraba en ser para las dos hermanas lo más agradable que podía, sin enojar á Dominga.

El creía que, gracias al último correctivo, las hermanas habían abandonado sus pretensiones y no volverían más á insistir sobre ellas.

Esta misma creencia tenía Hortensia, que decía á Edelmira: ya ves como este es el mejor medio de vivir tranquilas y felices; desde que nada se les dice no ha habido la menor cuestión y espero en Dios que así sigamos hasta que él no disponga otra cosa.

—Te equivocas, hermana mía, esta situación ha sido debida á mi última entrevista; si aflojamos y no insisto, los escándalos volverán á producirse; si por el contrario vuelvo á herir la misma fibra han de ceder totalmente.

—; Por Dios, Edelmira, no volvamos á empezar! déjalos que hagan lo que quieran con tal que vivamos tranquilas.

—No te engañes, mi pobre Hortensia, hay que volver á insistir; vamos á observar unos días más; si Barbosa no se separa de nuestra madre y cambia de conducta, entónces volveré yo á la lucha, pero pisando ya un terreno más firme y ventajosamente conocido.

—No por Dios, hermana mía, déjalos no más, yo soy feliz con que podamos vivir en paz: de ese hombre á mí no me importa nada, al contrario, acercándose á mí subleva todos mis sentimientos y siento por él un ódio de que no me creía capaz.

¡No sé, no me explico cómo puedo haber querido á semejante miserable, sin apercibirme de su doble y ruín manejo!

Felizmente esto es un sueño que ha pasado para no volver más.

Déjalos, pues, hermana, que hagan lo que quieran, y no provoquemos nuevos disgustos y peligros.

Edelmira pensó que contrariarla era mortificar más á la pobre hermana: resuelta á obrar ella como lo creyera más oportuno, le hizo entender que nada intentaría y que por ahora dejaría las cosas como estaban.

Muy consolada con este temperamento, Hortensia no se afligió más desde entónces por los peligros y sinsabores que las amenazaran: algún día ha de concluir todo esto, dijo, naturalmente y sin peligro para nosotras.

Edelmira había prometido sin la menor idea de cumplir: quería sólo tranquilizar á su hermana, pero más que nunca estaba dispuesta á contrariar á los amores de Barbosa con la madre y mostrarle siempre á ésta cuán criminal era su conducta.

Todavía pasaron unos quince días sin que nada sucediera, pero sin que Dominga hubiera reformado en nada su modo de vivir.

Por el contrario, como si quisiera provocar á las jóvenes, su relación con su yerno se hacía cada vez más íntima y hasta delante de ellas usaban palabras que no podían escucharse sin enrojecer de vergüenza.

Una tarde se encontraron en el jardín las dos hermanas y Barbosa: éste, por serle más agradable, juntó dos ramitos de flores y se los ofreció en términos comedidos y cariñosos.

En el primer momento Hortensia no supo qué hacer y quedó perpleja, pero Edelmira vino á salvar la situación con un rasgo de magnífica fiereza.

—Para ofrecernos flores á nosotras, y que éstas sean aceptadas, es preciso que quien las ofrece sea una persona digna, cuya presencia no ofenda y cuya palabra no manche.

Usted es un sér indigno de otra cosa que no sea el más cruel desprecio y el rencor más justo: retírese, pues, de aquí, y no nos provoque, porque hasta las hormigas, señor Barbosa, muerden el pié que las aplasta.

Y arrebatando el ramito de flores que éste no había atinado á retirar, se lo azotó en el rostro con tal violencia que sonó como una bofetada.

—¡Gran canalla! dijo, á ver si esto sirve de prueba que entre nosotros no puede haber nada de común.

Cobarde, cobarde y ruín por naturaleza, Barbosa quedó aterrado y sin atinar á moverse de aquel sitio, miéntras Edelmira, dando la mano á su hermana, se retiraba llena de sublime majestad.

—Esto no puede quedar así, pensó cuando las dos jóvenes hubieron desaparecido: Dominga está creyendo que han desistido de sus pretensiones, y yo veo que están más soberbias y más altaneras que nunca.

Pero no se atrevió á decir á su amante todo lo que le había sucedido, por temor á que ésta hiciera una barbaridad.

—Me parece que las muchachas, le dijo, por más esfuerzos que haga, no me pueden tragar, tienen por mí un ódio invencible.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esta tarde paseando en el jardín les ofrecí un ramito de flores y ninguna me lo quiso aceptar, mirándome Edelmira de una manera que te aseguro me dejó helado.

—¡No hagas caso á esas mocosuelas, porque me voy á ver en la necesidad de dejarlas sin sentido de una paliza!

Te juro que á la primera que me hagan las he de escarmentar para siempre.

Ruego á Dios que no vuelvan á las andadas; ¡pero si empiezan que se atengan á las resultas!

Barbosa no se atrevió á decir una palabra más: Dominga estaba en un mal día y al momento comprendió que no debía irritarla.

—No les hagas caso, ni des tú importancia al hecho, que no vale la pena; miéntras que no empiecen con las ridiculeces de la vez pasada, que Dios las ayude.

¡Bien insignificante cosa es para mí la opinión en que me tengan! tenga yo tu cariño, y que se rasquen si no les gusta.

—Sí, pero que no me incomoden, porque ya estoy cansada de estas inmundicias y dispuesta á cortarlas de raíz.

Aquel día á la hora de comer Dominga se mostró muy seca con sus hijas, mirándolas de una manera que hizo estremecer varias veces á Hortensia.

—Ya sabes, hermana mía, lo prometido, dijo ésta: nuestra madre no está de buen humor esta noche, ¡por Dios, no la irrites!

—Al contrario, respondió Edelmira, si está malhumorada, pienso desenojarla.

No espero sino que se retire ése, que sin duda habrá venido con el cuento para ponerla contenta.

Terminada la comida, Hortensia se retiró á su pieza á arreglar unos vestidos, porque al otro día tenían proyectado un paseo.

Barbosa salió también y se fué á su tienda como todas las noches, quedando en el comedor Edelmira y Dominga, que por hábito se había sentado delante de la chimenea apagada, como que era ya el mes de Noviembre y el calor era bastante intenso.

El altercado se produjo inmediatamente, siendo Dominga quien lo provocó de la manera siguiente:

—Me ha dicho Barbosa que al irles á dar un ramo de flores hoy, no solamente no se lo has aceptado sino que lo has mirado de mala manera.

Esto no es propio ni lícito, ya les he dicho que deben respetar á ese hombre y que no quiero yo que estos incidentes se repitan porque pueden traer malos, muy malos resultados.

—Veo que Barbosa no ha contado toda la verdad, dijo Edelmira con un valor imponente.

—Me alegro mucho que sea así, porque ya estaba muy disgustada.

—No es eso, madre, es que le he prohibido que se me acerque á obsequiarme porque yo considero eso un insulto que una niña delicada no debe permitir.

—¿Pero qué es lo que te has propuesto? exclamó Dominga asombrada.

¿Quieres envenenarme la vida? ¿no quieres dejarme gozar un día de paz, de felicidad? ¿te has propuesto acaso que yo cometa contigo una atrocidad?

—Todo lo que usted quiera, madre mía; pero le prevengo que ni la muerte misma me hará variar de propósitos: ese hombre es un infame que nos avergüenza á todos, y miéntas él siga viviendo aquí no cesaré un minuto de pedirle que lo eche, y que nos libre de esa ignominia.

Dominga estaba irritata de una manera terrible, no sólo por las palabras de la jóven sino por su impotencia para vencer tanta obstinación.

Trémula y desencajada, miraba á su hija de una manera tremenda y amenazadora, como si la ira le hubiera embargado la palabra.

—¡Maldita! exclamó por fin, no hay contigo manera de vivir en paz, pero te notifico que vas á pasar una existencia bien amarga, pues yo no he de permitirte tus insolencias: concluiré por encerrarte en tu cuarto, de donde no saldrás hasta que no te enmendes.

—¡Y todo será inútil, madre mía, porque no cesaré de suplicarle que nos libre de la vergüenza de ese hombre!

¿Qué no le dá lástima la vida que llevamos, madre mía?

Todos huyen de nuestro contacto, como si temieran mancharse, y no hay una sola persona que nos mire sin una sonrisa de burla.

—¿Pero, qué tengo que ver yo con los demás? ¿qué tienes tú que reprocharme? ¿qué mal te hace tu cuñado con vivir aquí?

—¡Pero señora! ¿por qué repetir lo que ya he dicho? usted sabe que su conducta no es ya un misterio para nadie: todos conocen las relaciones que usted mantiene con mi cuñado y todos como yo las condenan; lo que hay es que á mí me hace mayor impresión porque soy parte más dolorida.

—¡Ah! ¡bandida! gritó Dominga dando á su hija un terrible bofetón—¿conqué yo soy la querida de Barbosa? ¿conqué vuelves á lanzar esa infamia?

—¡Pero, si todo el mundo lo sabe! si usted me obliga á de-

cirlo ¿por qué me pega? gimió la pobre joven, cubriendo con las manos su hermoso semblante para que no se lo estropeará.

—¡Te he de matar! ¡te he de matar, bribona! rugió Dominga en el colmo de la ira: yo te he de enseñar á que me insultes de esta manera y me digas en mis narices que soy la querida de nadie.

—Estoy dispuesta á sufrir con resignación y humildad cuanto de usted venga, dijo la jóven arrodillándose ante la madre, ¡pero por Dios, por lo que más ame en el mundo, sepárese de ese hombre infame que nos tiene á todas condenadas á la más infamante vergüenza!

Y rompió á llorar silenciosamente, creyendo que de aquella manera ablandaría el corazón de aquel mónstruo depravado.

En el paroxismo de la ira, Dominga tomó de la chimenea el punzón de atizar el fuego y dió un golpe á su hija con tanta violencia, que la pobre Edelmira cayó de espaldas bañada en sangre, sin pronunciar una palabra.

—Toma, malvada, ahí tienes lo que sacas, agregó levantando el punzón nuevamente—ya te había dicho yo que esto concluiría mal.

Pero Edelmira no se movía, ni daba señales de vida.

—Levántate, hipócrita, continuó la madre dándole con el pié, levántate y anda á tu cuarto y que no vuelva yo á mirar tu cara maldecida.

Pero Edelmira no se movió ni dió la menor señal de haberle escuchado.

Alarmada Dominga soltó el punzón y se acercó á la jóven creyendo estuviera desmayada; pero al pretender levantarla retrocedió asombrada, no pudiendo dominar un movimiento de horror.

La sangre brotaba de una herida abierta en la sien con el punzón y la jóven no daba la menor señal de vida: parecía un cadáver, en toda su aterradora rigidez.

Espantada más que por la misma muerte de su hija, por las consecuencias que ella podía tener, Dominga abrió el balcón y gritó á su vecina:

Esta, que era una pobre mujer, estaba en casa despierta, pues era temprano.

—¿Qué se ofrece, vecina? preguntó la buena criolla, ¿hay algún enfermo?

—No, respondió Dominga con pasmosa serenidad, es que lavándome los piés me he cortado, y quisiera preguntarle si conoce algo bueno para estancar la sangre, porque me sale mucha.

—Haga una mecha de trapo quemado y póngala en la lastimadura, eso es muy bueno.

—Bueno, muchas gracias y buenas noches, hasta mañana vecina: y cerró el balcón sin oír los ofrecimientos que ésta le hacía.

Inmediatamente Dominga rompió un pedazo de su ropa misma, é hizo la mecha como se lo indicaba: fué á aplicarla á la herida de Edelmira para estancar la sangre, pero esta vez retrocedió en el colmo del terror.

La sangre estaba coagulada sobre la herida y no salía más: el cuerpo de Edelmira estaba perfectamente rígido y helado.

No podía obrar la menor duda, Edelmira había muerto asesinada por ella.

Dominga sacudiendo prontamentè la impresión que le había causado aquel suceso estupendo, pensó en la intervención que la autoridad debíá tomar en el hecho, y su solo pensamiento desde aquel instante fué evadir la acción de la justicia para escapar al castigo tremendo á que se había hecho acreedora.

En el acto salió del comedor cerrando perfectamente las puertas para que nadie pudiera sospechar lo que había sucedido, y llamando al mulatillo Joaquín mandó buscar a Barbosa.

Eran apénas las nueve de la noche y su amante no venía hasta cerca de las once.

Aquellas dos horas eran pues preciosas y necesario ganarlas á toda costa.

Miéntas Barbosa venía, Dominga se encerró en el comedor á borrar los rastros del crimen y á meditar la mejor manera de hacer desaparecer el cadáver.

Increíble era la serenidad con que aquella mujer recogía la sangre coagulada y limpiaba prolijamente las manchas que habían quedado, empezando por lavar la frente del cadáver, cuya herida revisó con la mayor atención.

¿Cómo hacer para que aquel cadáver desapareciera ó por lo ménos para que desaparecieran las huellas de su muerte, pudiendo atribuirse á otra cosa?

Y aquella impía, con la vista dilatada por el terror al castigo, buscaba en su imaginación perversa la mejor manera de salir airosa.

Al verla extender sobre el cadáver una mirada de ódio profundo, con los cabellos revueltos y el semblante descompuesto por el miedo, se hubiera pensado que aquella mujer era una loca, á cuyos ojos aquel tremendo espectáculo no había arrancado una sola lágrima.

De pronto sonrió de una manera convulsiva, se golpeó el pecho, frenéticamente y pareció respirar con delicia: había encontrado el mejor medio de ocultar su crimen.

Cuando vino Barbosa la halló perfectamente serena y repuesta, al extremo de que él, que había venido alarmadísimo con aquella llamada inesperada, se tranquilizó al ver la actitud de Dominga.

—¿Qué sucede? preguntó cuando se retiró el mulatillo: me has llamado tan apurada que temía hubiera sucedido algo grave, pero te veo tranquila y me tranquilizo yo también.

—Sucede algo que puede ser muy grave si no acudimos pronto á repararlo, respondió Dominga volviendo á temblar al pensar en la policía; por eso te he mandado llamar á prisa para que á prisa también tomemos una resolución.

—¿Pero qué es lo que sucede? dímelo pronto: tú te muestras asustada y cuando tú te asustas algo sério debe de ser.

—Muy sério sí, pero tiene aún remedio, respondió Dominga con precipitación y en voz baja.

Lo que sucede es que sin querer he muerto á Edelmira hace un momento y aquí lo primero que hay que hacer es ocultar el cadáver y ya he encontrado el medio seguro.

Tan terrible fué para Barbosa aquella revelación que no escuchó el final que ponía Dominga como parte del inmediato consuelo.

—¡Por Dios! exclamó aterrado—¡cómo has sido capaz de cometer semejante crimen! ¿sabes las terribles consecuencias que puede tener para nosotros?

—¡ Oh! ¡ Dominga, Dominga! ¡ ya me temía que algún día iba á llegar este caso!

—¡ Vamos, no seas cobarde, y déjate de lamentos! todo ha sido obra de la casualidad y no hay ahora más que ocultar lo hecho, antes que vaya á traslucirse.

Ven y te explicaré lo que ha sucedido y lo que es necesario que hagamos.

Y condujo á Barbosa al comedor, donde se hallaba el cadáver, teniendo cuidado en cerrar tras sí las puertas.

La vista de la muerta hizo en Barbosa una impresión terrible.

Lívida y extendida en su fría rigidez, Edelmira estaba más bella que nunca.

Barbosa la contempló extático y conmovido á pesar del desprecio que le demostraba la jóven, al verla muerta tuvo un sentimiento de profunda pena, pues al fin y al cabo la pobre jóven tenía perfecta razón en cuanto había dicho y hecho.

Dominga entretanto y con una frialdad aterradora, le narraba minuciosamente cómo había muerto á Edelmira, queriendo sólo darle un golpe con el fierro de la chimenea.

—Ya ves que no he tenido la intención de hacerlo, pero no me arrepiento, ésto había de suceder al fin y al cabo, porque ya no se podía soportar la actitud que éstas habían tomado.

—¿ Y cómo vamos á hacer para ocultar el crimen, para que nadie trasluzca lo que aquí ha pasado?

—De una manera muy sencilla: ahora vamos á llevarla á la orilla del río, de manera que nadie pueda vernos: una vez allí la desnudamos, ponemos la ropa sobre una tosca y lo entramos al río, abandonándola en la corriente: de esta manera, cuando la encuentren se creará que se ha ahogado yéndose á bañar, voz que desapareceremos nosotros mismos.

Después, miéntras regresamos, y antes de dar cuenta de la desaparición, porque habrá que dar cuenta, ya nos pondremos de acuerdo sobre lo que tenemos que decir.

—Sí, contestó Barbosa, que estaba terriblemente asustado, pero esa herida de la frente vá á echarlo todo á perder: ¿cómo van á explicarla sino por un asesinato?

—No, porque al chocar el cadáver contra las toscas, por el embate de las olas puede haberse causado esa herida y muchas más.

La verdad es que había que tomar una resolución inmediata y Barbosa no encontró otra salvación que ejecutar el plan propuesto por Dominga.

Era necesario hacer esto ó entregarse á la justicia como asesinos de Edelmira.

Es cierto que Barbosa no había tenido participación directa en el hecho material de la muerte ¿pero quién no lo supondría así, conociendo los secretos íntimos de aquella familia?

La misma Dominga ¿no llegaría á acusarlo por salvarse?

Los dos criminales, con una resolución inaudita cargaron con el cadáver y lo sacaron de la casa á las 11 de la noche, hora en que ningún viviente cruzaba por aquellos barrios.

El cadáver fué descendido al bajo, desnudado sobre las costas frente á la barranca del Socorro y arrojado al agua.

Sobre la tierra no quedaban más que las ropas de la desventurada Edelmira, aparentando que allí se había desnudado para bañarse y se había ahogado.

Las olas se encargarian de guardar el secreto del terrible crimen, llevando el cadáver sabe Dios donde.

Cuando éste apareciera, si aparecía, no sería posible ni siquiera la identificación del cadáver.

¿Quién señalaría á la justicia de los hombres los cobardes asesinos?

Los testigos de la Providencia, sólo los testimonios de la Providencia que enseñan con tremenda aunque muda elocuencia á los autores de todo crimen, por más guardados que se crean.

Los dos amantes, concluida la infame tarea, regresaron á la quinta para ponerse de acuerdo sobre lo que habían de decir al mundo y á la justicia.



Los testigos de la Providencia.

Los criminales despacharon la volanta en que habían conducido el cadáver y regresaron á la quinta.

Allí pasaron la noche tejiendo hábilmente la trama de que habían de valerse para la mejor ocultación del delito.

—Mañana ó pasado recién avisarás á la autoridad la desaparición de Edelmira, decía Dominga, con el pretexto de no haberlo hecho antes por temor que hubiera huído con algún amante y no querer hacer pública esta vergüenza.

Diremos ambos que Edelmira fué esta noche á recogerse y al día siguiente muy avanzada la mañana notamos recién que no estaba en casa, y que damos cuenta del hecho porque teniendo Edelmira propensiones al suicidio tememos haya puesto fin á sus días de alguna manera.

Mañana hacemos en casa gran aparato de buscarla.

Ante todo es preciso saber si el mulatillo Joaquín ha sospechado algo, para tomar nuestras medidas y enseñarle lo que ha de decir, ó matarlo para librarnos de un testigo importuno.

Llamado el mulatillo, bastó ver la descomposición de su semblante y el terror pintado en él para comprender que lo sabía todo.

En efecto, alarmado Joaquín por las voces que sentía en el comedor y el llanto de Edelmira, a quien quería lealmente, vino á escuchar de cerca y mirar por el ojo de la llave, pudiendo ver parte de la última escena que tuvo lugar.

Dominga y Barbosa, comprendiendo que el chico lo sabía todo, no se atrevieron á matarlo por el momento, porque el chico se resistió á acercarse, temiéndolo todo de una mujer que acababa de asesinar á su propia hija.

Bajo las más terribles amenazas, dieron entónces al chico la lección que había de repetir en caso de ser interrogado, lección que aquel juró no olvidar.

—Y si la olvidas, dijeron, peor para tí: ya sabes te hemos de matar por más seguro que te consideres.

Aterrado el pobre chico lloró amargamente, prometiendo que no olvidaría una sola de las palabras que le habían dicho.

Creyéndose así seguros por esta parte, los criminales se entregaron al descanso, como si nada tuvieran que temer.

Eran ños almas perversas ligadas por una terrible similitud de pensamientos é instintos.

No tenían qué echarse en cara uno al otro.

Esto sucedía en la noche del 27 de Noviembre de 1856.

Al día siguiente, después de haber hecho un gran aparato de registro, Dominga llamó á Hortensia y le preguntó por su hermana.

—No lo sé, respondió ésta, vivamente conmovida y pudiendo apenas dominar el llanto.

La he buscado hoy en su cuarto pero allí no está, el lecho está intacto y no parece que Edelmira hubiera pasado allí la noche.

¡Pobre hermana mía! ¡qué será de ella! sollozaba la jóven llorando cada vez más intensamente.

¡No seas tonta y no llores! le dijo Dominga ágríamente: ¡tu hermana falta de casa desde anoche y sabe Dios si merece que la busquemos! una jóven no desaparece de su casa sino por causas que por el momento no quiero calificar.

Este lenguaje causaba más pena en la pobre jóven, que se afirmaba más en su primer pensamiento de que á Edelmira le había pasado una desgracia.

¿Pero cuál era esta desgracia? éste es el misterio que no se atrevía á penetrar, porque presentía el crimen monstruoso que había tenido lugar.

Al medio día, Barbosa salió á la calle y como pariente más inmediato y cariñoso, contó al general Iriarte la desaparición de Edelmira y los temores que abrigan de que se hubiera suicidado.

—Es extraño, decía el general, desconfiando de la sinceridad de aquel relato: ¿qué causas puede tener esa niña para atentar contra su vida? ¿por qué creen ustedes que se haya suicidado?

—Lo suponemos porque siempre andata hablando del género de muerte que ambicionaba y lo hastiada que estaba de la vida.

—¡Pero si se hubiera suicidado, en alguna parte estaría el cadáver! aquí no hay más que una cosa que hacer, dar parte á la autoridad inmediatamente para que se busque á Edelmira: no podemos cruzarnos así de brazos en presencia de su desaparición.

—Vamos á esperar un día más, tal vez vuelva á casa y así le evitamos á ella misma la vergüenza del escándalo: si hoy no aparece, mañana á primera hora daré aviso en la Policía.

Entretanto esperamos que usted nos ayude á buscarla.

—¡Con el alma y con la vida! exclamó el general aceptando aquel temperamento, que le pareció bueno por la razón aducida, y desde aquel mismo instante se puso en campaña.

La jóven fué buscada por todos en las casas de sus relaciones sin resultado alguno, como era de esperarse.

Hortensia andaba como una loca, llorando y preguntando si habían visto á su hermana; y Dominga, miéntras se hallaba en presencia de alguien fingia un llanto amargo y una desesperación dolorosa, pero con tan mala suerte que estas mismas muestras de exagerado dolor, hacían desconfiar á cuantos la veían.

Conocida la enemistad y querellas que tenían lugar entre la madre y las hijas, y las causas que habían determinado ambas cosas, muchos murmuraban: ;ella misma la ha de haber muerto! —no faltando quien agregara: y la otra hija si no se separa de ella correrá igual suerte.

La voz de las personas que iban conociendo en la desaparición de Edelmira, culpaban sin ninguna reserva á los verdaderos criminales.

Habiendo pasado el día y la noche del 28 sin tener de Edelmira la menor noticia, Barbosa no tuvo más remedio que ceder á

las instancias del general Iriarte y dar cuenta á la autoridad.

La Policía entónces, con un gran celo y un interés recomendable, empezó á hacer las más activas indagaciones, pero sin obtener el menor resultado.

Barbosa había referido al Jefe de Policía la misma fábula que contó á Iriarte, dando las causas de por qué no había avisado antes.

El Jefe de Policía comisionó entre otros al comisario don José María Pizarro, persona activa y de una integridad incorruptible, para que hiciera la pesquisa.

El señor Pizarro no fué más feliz que los demás: en vano dió vueltas por todas partes: no pudo tener la menor noticia.

En la mañana del día 30, supo por uno de los vigilantes que lo ayudaban, que en la costa del río y frente á la calle Suipacha, otro vigilante al servicio del comisario Cárdenes, había hallado un cadáver y una ropa.

El señor Pizarro se trasladó al paraje indicado, pero era demasiado tarde.

Su colega, sin la menor formalidad y no sabiendo lo que hacía, había hecho cargar el cadáver en una carretilla y conducirlo á la Recoleta.

Se perdía así la pesquisa más preciosa: el exámen médico legal del cadáver, sobre el terreno donde había aparecido, que es la pesquisa que más luz arroja para llegar á la verdad en esta clase de crímenes.

A la noticia de la aparición de este cadáver, se trasladaron al cementerio el general Iriarte, Barbosa y los agentes de la autoridad, reconociendo los primeros, sin gran dificultad, que aquel cadáver era de Edelmira Iriarte.

El fierrazo que había producido la muerte estaba allí, acusando con su elocuencia de muerte que allí se había cometido el asesinato.

En el acto la autoridad mandó médicos para que reconocieran el cadáver, y quedó constatada esta verdad terrible: que aquella muerte no había sido producida por la asfixia, sino por el golpe que aparecía sobre la sien.

¿Cómo se explicaba además en una jóven que va á suicidarse arrojándose al río, perdiera tiempo en desnudarse y acomodar la ropa antes de arrojarla al agua?

Lo natural y lo lógico era suponer que se hubiese arrojado vestida.

El informe del doctor Albarellos era el más concluyente de todos, pues declaraba que los hechos observados en el cadáver, tendían á alejar toda idea de muerte por sumersión, siendo otra muy distinta la causa que debía haberla producido.

Aquí las sospechas de la autoridad quedaron plenamente confirmadas, encargándose nuevamente al comisario Pizarro la pesquisa del hecho hasta descubrir al criminal.

Con una actividad asombrosa y un tino exquisito el comisario Pizarro principió por tomar declaración á los vecinos más inmediatos al sitio donde fué hallado el cadáver y aquí tuvo la primera luz.

Unos pescadores habían visto el 27 á eso de media noche, llegar allí un carruaje del que bajaron un hombre y una mujer que, alumbrándose con un farol del mismo, estuvieron allí haciendo algo y partieron como á los cinco minutos en dirección á Palermo.

Alguno decía que había creído reconocer á la señora de Rivadavia, aunque no lo aseguraba.

Don Andrés Rubira y don Ricardo Hughes, vecinos de la de Rivadavia, declararon también que aquella noche habían visto un carruaje parado á la pueria de Dominga y que este carruaje echó á andar más tarde, deteniéndose á inmediaciones del paraje donde se halló el cadáver.

Hughes aseguraba que uno de los faroles fué sacado y vió que hicieron serpentear la luz por debajo y hácia atrás del carruaje, creyendo él que hacían alguna compostura ó buscaban algún objeto que se les hubiese perdido, y que como siete ó diez minutos después el carruaje siguió como en dirección á Palermo.

Don José Bisio aseguraba también que el 27 á la noche vió un carruaje parado en el sitio donde apareció el cadáver y que vió bajar un hombre y una mujer vestida de blanco, que se demoraron un momento y siguieron hácia el oeste.

Todas estas declaraciones arrojaban sérias sospechas sobre Dominga Rivadavia, sospechas que cada vez se hacían más vehementes.

El comisario Pizarro se trasladó entónces á casa de Dominga, con el objeto de practicar allí una pesquisa y tomar las declaraciones necesarias.

La primera persona por quien preguntó Pizarro fué por Dominga, quien compareció vestida de riguroso luto y aparentando un dolor que estaba muy lejos de sentir.

A través de su mirada se comprendía toda la perversidad de aquella alma, dejando entrever todo el ódio que le inspiraba el digno agente de policía.

Hemos hablado con el señor Pizarro y aún recuerda la expresión fría y falsa de aquella mirada, que tanto contrastaba con las lágrimas que un esfuerzo supremo le permitía derramar.

—No era aquella, nos decía, la actitud de una madre que acaba de saber que su hija ha muerto: era más bien la actitud de una fiera á quien se le ha arrancado una presa ó de un verdugo á quien la muerte arrebató una víctima.

Doña Dominga, en presencia de aquella terrible noticia, no había podido hacer ninguna de aquellas manifestaciones naturales á tal situación, porque hay dolores que no pueden imitarse, por más comediante que se sea.

Dominga á ratos, aparentaba un dolor infinito, pero olvidándose de su papel, había momentos que hablaba con una indiferencia y una tranquilidad aterradoras.

—Yo no sé, había dicho á Pizarro: habíamos comido todos juntos y como siempre en la mayor armonía; primero se retiró Hortensia y en seguida Barbosa.

Nada me hizo sospechar que esta niña tuviera semejante idea; permaneció conmigo como una hora, retirándose después á acostarse luego que me dió las buenas noches y me hizo unas caricias.

¡Quién había de decirme que éstas serían las últimas que de ella recibiría!

Aquí Dominga creyó prudente gemir un poco, continuando en seguida:

que aparecía sobre la sien.

—Al otro día, como no apareciera á las horas de costumbre, mandé á llamarla, pero se me dijo que no estaba en su cuarto.

Llamé á Hortensia y la buscamos por toda la casa, sin obtener mejor resultado, siendo entónces que me decidí á hacerla buscar por casa de las amigas.

Yo desde el principio tuve un gran desconsuelo, porque hace tiempo había oído manifiestar á Edelmira ideas de suicidio, creyendo que serían romanticismo de jóven, pero desgraciadamente sus intenciones eran firmes y las ha realizado.

—¿Y cómo se explica usted que yendo al río á suicidarse y no á bañarse, haya perdido tiempo desnudándose y acomodándose la ropa, con peligro de que fueran á sorprenderla?

—Francamente no me explico esto, que realmente es extraño, no habiendo reparado en ello.

—¿Y no cree usted, no sospecha que en todo esto pueda ocultarse un crimen?

Aquí Dominga se turbó ligeramente, turbación que no pasó desapercibida para el comisario Pizarro.

—¡No, señor! respondió sonriendo; ¿quién puede haber tenido interés en matarla? ¡una criatura tan dulce que jamás hizo mal á nadie!

Es una idea que ha tenido siempre y que al fin la ha realizado.

—Pero hay quien sostiene, los médicos que han reconocido el cadáver, que la muerte no ha sido producida por la asfixia: creen más bien que esa herida de la cabeza sea la que determinó la muerte.

—Yo no he tenido valor para ir á ver el cadáver é ignoraba que tuviese herida alguna: tal vez esa herida haya sido causada por algún golpe contra las toscas en el momento de arrojarle al agua: ¡quién sabe!

Al comisario Pizarro había llamado la atención desde el principio, la persistencia con que doña Dominga rechazaba toda idea de crimen, cuando todo hacía suponerlo, y desde entónces corroboró más y más el mal juicio que se había formado de aquella mujer.

—¿Y ese carruaje que estuvo aquí en la noche del 27 al 28 á qué vino?

Dominga que no contaba con esta pregunta se turbó más todavía y por el momento no supo qué contestar.

—Yo no he visto carruaje alguno, dijo al fin; no sabía que en tal noche hubiera venido aquí un carruaje.

—Sin embargo, ha sido visto por varias personas que así lo han declarado, manifestando hasta el sitio donde el carruaje se detuvo y la dirección que tomó en seguida.

Dominga no sólo se turbó, sino que palideció intensamente. lo que hizo pensar á Pizarro que si había crimen en la muerte de la joven, aquella mujer no era extraña á él: si no era criminal ella misma, por lo ménos era cómplice.

En seguida y no teniendo más que preguntarle, Pizarro llamó á Barbosa, quien estaba mucho más entero que su amante, aunque por dentro le bailaba una procesión de todos los diablos.

Barbosa después de consumado el crimen había mostrado una serenidad que no se había sospechado en él ni la misma doña Dominga.

El había estado en el cementerio y presenciado la autopsia del cadáver con una serenidad asombrosa.

Fingiendo un dolor conmovedor le había acariciado la frente y murmurado palabras de infinita ternura, llegando hasta cortar-le las trenzas para llevarlas de recuerdo á la madre.

¡Pobre niña! había murmurado de manera que lo oyesen, ¡quién se hubiera figurado tan dramático fin! ¡ella tan bella y tan jóven, morir de una manera tan dramática! ¡qué Dios le perdone su crimen; pobre y desventurada Edelmira, descansa en eterna paz!

¡Quién al oírlo hablar así se hubiera sospechado al cómplice no sólo de la muerte sino de la vida amarga que llevó Edelmira!

No se podía llevar á mayor exageración el cinismo de aquel hombre.

Cuando vino á declarar ante el comisario Pizarro, estaba tan tranquilo como siempre.

No se imaginaba que la autoridad había empezado á tener

sospechas, porque nunca pensó que el crimen fuese á descubrirse por detalles que él mismo no conocía y rastros que no soñaba haber dejado.

Y como tenían ambos tan bien estudiada la fábula que habían de contar, su declaración no discrepó un ápice de la que había prestado doña Dominga: en todos los puntos estaban perfectamente de acuerdo.

La armonía más perfecta reinaba en la familia, por lo que nunca había podido darse cuenta de estas tendencias al suicidio, manifestadas francamente por Edelmira.

—Muy bien, exclamó Pizarro, después de oír y anotar con toda flema esta declaración: ¿podría darme usted algunos informes sobre un carruaje que estuvo aquí la noche del 27 al 28?

Si grande había sido la turbación de Dominga al oír estas preguntas, mayor fué la de Barbosa, porque se apercibió de que este era el punto peligroso de las declaraciones, como que sobre ello no se habían puesto de acuerdo, como que ni siquiera sospecharon que el carruaje hubiera sido sentido.

—Francamente, murmuró, no recuerdo haber sentido por aquí ningún carruaje, ni esa noche ni ninguna otra.

—Sin embargo, repitió Pizarro, queriendo ligar las mismas preguntas, hay personas que lo han visto aquí y han observado el punto á que se ha dirigido.

—Yo no recuerdo nada que se refiera á carruaje, respondió visiblemente mortificado: sin embargo, puede ser que así sea, y que no lo haya sentido porque tengo el sueño un poquito pesado.

—La autoridad cree, dijo entonces Pizarro observando atentamente á Barbosa, que aquí se oculta algún crimen, por la circunstancia de que un suicida que se arroja al río no se toma el trabajo de desnudarse, y por el reconocimiento médico que asegura que la asfixia es extraña á la muerte.

Luego la misma herida de la frente, inferida según los mismos médicos con instrumento desgarrante, parece producida antes de la muerte.

—¿Sospecha usted, señor Barbosa, que alguien pudiera tener interés en la muerte de esa jóven?

—Absolutamente, respondió Barbosa más muerto que vivo: ella era una niña ejemplar en su conducta y de un carácter sumamente bondadoso: ¿quién podría tener interés en matarla?

Si ella ha ido al río, lo ha hecho voluntariamente y aquí desaparece la idea de un crimen.

¡Pobre Edelmira! ¡siempre que habló de suicidio, dijo que el mejor género de muerte era la del ahogado!

Como se vé, Barbosa como Dominga ponían especial empeño en borrar toda idea de crimen, lo que era sumamente extraño por la cantidad de coincidencias que lo hacían sospechar.

—¿Y por qué no dieron ustedes cuenta desde el primer momento que notaron la desaparición?

—Porque abrigábamos la esperanza que volviera y queríamos evitarle una vergüenza mortificante.

—¿Y cómo no supusieron que podría haberse ido á suicidar, dada esta tendencia que siempre ha manifestado?

—Conservábamos una esperanza y hasta que ella no se desvaneciese no queríamos aventurar otras diligencias que las personales.

Estas últimas respuestas las daba Barbosa sumamente emocionado, lo que hizo sospechar á Pizarro que si había crimen, aquel también debía ser cómplice.

Vino en seguida la pobre Hortensia, pero su inocente declaración poco podía iluminar á la justicia.

Aquí había verdadero dolor y sentimiento, dolor desgarrante que se comunicaba impresionando hondamente.

Los sollozos ahogaban la voz de la desventurada Hortensia y el dolor que experimentaba no permitía desenvolver su pensamiento aturdido.

Para la desventurada niña, actora en todos los escándalos que se habían sucedido uno á otro, era indudable que Edelmira había muerto á manos de su marido y su madre.

¿No las había ésta amenazado de muerte más de una vez? ¿no las había golpeado hasta el extremo de dejarlas sin sentido?

¿Pero cómo decir: mi hermana ha sido asesinada por mi madre? ¿cómo narrar la causa de aquel crimen? ¿cómo acusar á Bar-

bosa mismo, cuando de aquella acusación podía deducirse la de la madre?

Aturdida por el dolor y la vergüenza, ni siquiera dió á entender las querellas que se habían producido entre los cuatro se reservó el derecho de hablar más adelante, con el espíritu más libre y más tranquila.

Conmovido por el dolor que sofocaba á la pobre jóven, el comisario Pizarro estimó prudente y humano suspender el interrogatorio hasta mejor oportunidad, y así lo hizo diciendo á Hortensia que podía retirarse.

Vino en seguida á declarar el mulatillo Joaquín Rivadavia, que estaba aleccionado por Dominga bajo terribles amenazas.

¿Qué podía declarar el pobre muchacho, que no fuera la lección recibida?

Demostrando un miedo tremendo, el mulatillo prestó su declaración, que parecía copiada de las de Barbosa y Dominga.

Recientemente aleccionado por ésta sobre el asunto del coche, juró y perjuró que aquella noche no había pasado por allí ningún carruaje, y que tanto la señora como el señor se habían recogido temprano.

A medida que hablaba, Joaquín miraba á Dominga y á Barbosa como consultándoles sus respuestas ó tomándoles parecer sobre las que daba.

Fuera de toda duda, el mulatillo aquel era poseedor de algún secreto grave: se veía en su palabra, en sus miradas y en la intensa palidez de que su semblante estaba bañado.

El mulatillo tenía miedo y tenía miedo de sus patrones, de disgustarlos con su declaración..

—Aquí hay un misterio, pensó Pizarro, y misterio que hay que aclarar: es preciso ante todo, sacar á este mulatillo de la influencia de sus patrones para que les pierda el miedo.

Algunos otros vecinos y vecinas fueron interrogados, pero ninguno quiso decir la menor palabra: se veía que todos tenían un miedo profundo á doña Dominga y que ninguno de ellos quería comprometerse en lo más mínimo.

En vano el señor Pizarro les manifestaba que nada tenían que temer y que debían declarar la verdad de lo que supieran,

Pero algunos llegaban hasta exclamar: es en vano, señor, contra doña Dominga yo no declaro nada, porque nada sé.

No habían visto coche, no habían tenido noticia de que madre é hija se llevaran mal, no sabían nada, absolutamente nada.

El comisario Pizarro no podía forzar á que declarasen lo que no querían y antes de retirarse practicó una pesquisa en la casa, pesquisa que no produjo ningún resultado.

Las huellas del crimen habían sido borradas perfectamente y como no se sabía el punto donde se cometiera, era muy difícil una inspección prolija.

El cuarto de la desventurada víctima estaba intacto: nada faltaba allí que diese el menor indicio.

El comisario Pizarro se resolvió entónces á retirarse, no sin tomar sus medidas eficaces respecto á las sospechas que había contraído, y que lo dejaran en situación de cumplir con facilidad las órdenes que indudablemente iban á darle.

Dos de los vigilantes que lo acompañaban quedaron de facción en la casa, con la orden terminante no permitir saliesen de ella, ni Dominga Rivadavia ni Cayetano Barbosa.

Y para evitar que pudiesen ponerse de acuerdo sobre algunas contradicciones que aparecían en lo declarado, hizo entrar á Barbosa en una pieza, á cuya puerta quedó uno de aquellos vigilantes.

Así, si como lo temía Pizarro, le daban orden de prenderlos é incomunicarlos, podía hacer lo primero con toda facilidad, mientras lo segundo quedaba ya hecho.

Al retirarse, el señor Pizarro manifestó que se llevaba consigo á Joaquín Rivadavia porque aún lo necesitaba, lo que alarmó á Dominga al extremo de echarse á temblar.

—¡ Ese es un atropello! gritó, que usted no tiene derecho ni puede cometer: ese mulatillo es mi sirviente y yo como su patrona, le intimo que me lo deje.

—Me es muy sensible no poder complacer á usted, respondió el comisario con exquisita finura, pero yo creo que no sólo estoy en el derecho sino en el deber de llevarme á este sirviente.

—¡ Es un abuso infame que no consiento! gritó Dominga intentando tomar de un brazo al mulatillo, que Pizarro había entregado ya á un agente.

que aparecía sobre la sien.

Dominga estaba sumamente irritada, al extremo de haber olvidado la comedia de su dolor.

Temía que lejos de ella Joaquín fuese á contar toda la verdad de lo sucedido y hacía todo género de esfuerzos porque lo dejaran allí, pero no pudo lograr su objeto.

El comisario Pizarro era un hombre de carácter rígido y severo en lo que él conceptuaba el cumplimiento de su deber.

Volvió á dar sus órdenes á los agentes, que allí quedaban y se retiró llevándose al mulatillo.

En cuanto salió Pizarro, Dominga se mesó los cabellos desesperadamente, empezando á temer que todo fuera á descubrirse.

Intimidato por el aparato policial, tal vez Joaquín fuese á confesarlo todo, y quedar descubiertos.

¿Qué hacer para destruir aquella declaración tan temida?

Dominga quiso ir á hablar con Barbosa para ponerse de acuerdo sobre este punto, pero el vigilante le cerró el paso, notificándole la orden que tenía.

—¡Estoy en mi casa! gritaba Dominga hecha una leona, ¡y puedo hacer en ella lo que me dé la gana!

—Todo, respondía flemáticamente el agente, ménos hablar con el hombre que está ahí dentro.

En vano vociferó, en vano quiso intimidar al vigilante, éste fué incorruptible: ¡bien sabía Pizarro los agentes que había dejado allí!

—¡Muy bien! gritó doña Dominga tratando de que Barbosa la oyera, ¡se han llevado á Joaquín, tal vez para hacerlo declarar lo que querían, pero lo que yo he declarado es la verdad y veremos quién se atreve á destruirla!

Dicho esto se retiró al comedor, entregándose á profundas reflexiones, no sobre la muerte de la hija, sino sobre la mejor manera de salir airosa del abismo en que se veía caer.

Ignorando las órdenes que sobre ella tenían los agentes, pensó huir y salvarse en el primer momento, pero después reflexionó que huir sería declararse culpable y quedar más expuesta aún en el caso que la llegasen á hallar.

Se resolvió entónces á esperar lo que resultara de todo aque-

llo, fingiendo que se quedaba dormida sobre el sofá, á dos varas del sitio en que por su mano fué asesinada Edelmira tres días antes.

En su actitud tranquila y reposada nadie hubiera podido sospechar la tormenta que pasaba por aquel corazón perverso.

Entre tanto el comisario Pizarro se había trasladado al Departamento de Policía, donde dió cuenta minuciosa del sumario, de las importantes observaciones hechas y de la detención del mulatillo Joaquín.

El Jefe de Policía, en vista de todo esto y de la voz pública que acusaba á Dominga y Barbosa del asesinato de Edelmira, mandó en el acto que tanto uno como el otro fuesen reducidos á prisión.

Y á cumplir esta orden se trasladó nuevamente á la quinta el comisario Pizarro.

Dominga Rivadavia hizo una resistencia heroica, diciendo que aquel era un atentado cobarde, pero todo le fué inútil.

El inexorable comisario procedió á capturarlos trayéndolos á la Policía.

Incomunicados en sus respectivos calabozos, fueron puestos á disposición del Juez del Crimen, á quien se pasaron todos los antecedentes que conocemos.



Cargos terribles.

La instrucción del proceso empezó á hacerse con rara actividad.

La sociedad se había conmovido profundamente con este crimen, cuya referencia hacían los diarios, pintando el asesinato con colores vigorosos y haciendo apreciaciones tremendas sobre la conducta de Dominga y su amante.

Se pedía justicia en todos los tonos, y una justicia ejemplar para aquellos dos miserables que no se habían detenido ante ninguna consideración humana.

Así toda la sociedad se había irritado contra ellos, deseando cayera sobre sus cabezas un castigo tan tremendo como el crimen cometido.

Se llamaron primero á declarar á Dominga y Barbosa, quienes no alteraron el texto de la declaración primera, aunque incurrieron en algunas contradicciones.

Siempre la misma tendencia á demostrar que Edelmira se había suicidado y á alejar toda sospecha de crimen.

Pero los informes médicos, sobre todo el del doctor Albarellos, eran inexorables y no dejaban lugar á la más remota duda.

Se hizo comparecer entónces á Joaquín Rivadavia y esta fué la perdición de los criminales.

El mulatillo no sólo declaró cuanto sabía, sino que agregó un detalle de terrible importancia.

—¿Cómo has dicho en tu primera declaración que nada sabías? se le preguntó: ¿cómo has asegurado que entre tus señores reinaba la más completa paz, y sales ahora asegurando lo contrario y acusando á tu patrona de haber muerto á la niña?

—Es, respondió el mulatillo con toda ingenuidad, que la señora me enseñó lo que había de decir, amenazándome con matarme si confesaba lo que yo sabía.

—Y si entonces tuviste miedo, ¿cómo no lo tienes ahora?

—Porque ahora la señora está presa y nada puede hacerme, y la policía me cuida; además, como á la señora la fusilarán, fuera de duda, ningún mal puede hacerme y por eso yo no le tengo ya miedo.

Esta declaración era importante y decisiva, pues ella venía á irradiar toda la luz de la verdad en las tinieblas de aquel crimen.

Se hizo comparecer nuevamente á Dominga, á quien se le leyó la declaración de su sirviente, preguntándole qué tenía que decir.

¡Digo que esta es una nueva infamia del comisario Pizarro! gritó Dominga en el colmo de la irritación, ¡qué ha asustado ó ha dado dinero á ese imbécil para que diga tales monstruosidades!

Mis enemigos son muchos y están dispuestos á perderme, pero yo rechazo tan brutales calumnias y desafío á que se me pruebe todo ese cúmulo de embustes.

¿Cómo es posible que yo que amo á mis hijas de una manera entrañable, pudiera cometer un crimen tan luego en la persona de Edelmira, mi hija más querida?

¿Y qué motivos podía tener para ello?

Las infames causas que se invocan, siendo ciertas, podrían haberme llevado á un acto de violencia contra Hortensia, pero contra mi hija Edelmira, la más pura y la más buena, ¿por qué razón?

—Sin embargo, ya vé usted que hay quien asegura que su hija estaba enemistada con usted y que habían tenido lugar entre ustedes escenas violentas.

—¡ Infamia sobre infamia! eso no lo puede decir persona de juicio ni honrada.

Mi desventurada hija se ha muerto ella misma, ahí está su eterna manía sobre el suicidio y los deseos de hacerlo que varias veces manifestó.

—¿ Y qué causas podían haber engendrado esa manía? una persona feliz no atenta contra sus días y usted asegura que Edelmira lo era en toda la extensión de la palabra.

¡ Rarezas y caprichos fantásticos de jóven! Edelmira era exageradamente romántica, y de ahí viene su pobre manía.

De este terreno no se pudo arrancar á Dominga: en él se encontraba fuerte y comprendía que sin más pruebas que la declaración del mulatillo nada de grave podía resultar contra ellos.

Como persona más caracterizada y de parentesco más cercano con la víctima, se mandó llamar al señor General Iriarte, cuya exposición debía tener gran importancia.

Preguntado si había llegado á su conocimiento que Edelmira Iriarte tuviera inclinaciones al suicidio, declaró que nó, manifestando que « él ignoraba la propensión ó monomanía del suicidio, que al decir de los individuos de su familia se había apoderado de aquella desventurada niña: que aunque él quería entrañablemente á la jóven, sus visitas á casa de Dominga sólo tenían lugar muy de tarde en tarde, de dos en dos meses, por razones que creía inútil exponer ».

Si el General Iriarte ignoraba aquellas propensiones al suicidio ¿ cómo se decía que éstas eran conocidas de toda la familia?

La misma Hortensia que nada había querido declarar en contra de la madre, puesto que con una desgracia más en nada podía reparar la primera, sin saber que la madre había manifestado lo contrario, expuso que jamás había escuchado en boca de su hermana la palabra suicidio.

Ella no podía explicarse su muerte, manifestaba, pero respondiendo á las preguntas que se le hacían, afirmó que nunca su pobre hermana había manifestado hastío de la vida.

¿ Quién mejor que Hortensia, dada la intimidad que tenían, podía conocer los pensamientos íntimos de Edelmira?

Preguntada si no suponía que en aquella muerte pudiera ocultarse algún crimen, la pobre jóven tuvo miedo por la madre y calló, por temor de comprometerla.

Pero había una exposición terriblemente escandalosa que ponía de manifiesto los secretos que tanto quería ocultar Dominga.

Esta exposición era la que hacía el testigo José Diaz á fojas 214 del proceso.

Diaz, desde la foja 214, hacía un juicio tremendo sobre las relaciones que existían entre suegra y yerno, relaciones que habían provocado los constantes reproches que hacía Edelmira á la madre, reproches que habían ocasionado los golpes que con frecuencia aplicaba Dominga á sus hijas.

—Todo el mundo conoce esas relaciones, por lo que es inútil insistir en ello, decía.

El casamiento de Hortensia con Barbosa que se tiene por verdadero, es simulado, agregaba este terrible testigo: ese casamiento es figurado: primero se intentó hacerlo con Edelmira y cómo ésta lo resistiera tenazmente, se realizó con Hortensia, de quien jamás Barbosa ha sido el marido, ni lo será jamás: no es doña Dominga mujer que parta su amante con nadie.

Es mismo hijo que pasa por de Hortensia es de ella; la pobre Hortensia no ha podido tener familia, porque después de casada con Barbosa ha sido tan soltera como antes.

Fué ésta la causa de que don Bernardino Rivadavia (hijo) se separase de Dominga para no verla más en su vida.

Fué también desde aquel aparente matrimonio que Edelmira se volvió triste y melancólica.

Daba pena verla salir al balcón, porque descansando sobre la palma de la mano su mejilla, abatía sus hermosos ojos, permaneciendo así triste y pensativa.

Cuando la madre aparecía en el otro balcón, ella se entraba y si alguna que otra vez hallándose aquella en la puerta de la calle la llamaba para que presenciase alguna cosa, sólo cedía después de reiteradas instancias, y sin detenerse se retiraba al momento.

Diaz concluía manifestando las muestras de excesiva repugnancia dadas por Edelmira, cada vez que Barbosa se le acercaba.

—Es evidente, concluía, que la jóven Edelmira despreciaba á aquellos infames, que le pagaban su desprecio con un ódio á muerte.

Nada sabía él sobre la muerte de la jóven, pero para su conciencia allí había tenido lugar un crimen cuyos autores no era difícil señalar dados los antecedentes expuestos.

Los cargos que el tribunal hacía á Dominga no eran ménos sérios.

¿Cómo es que en sus declaraciones aseguraba que reinaba entre ella y sus hijas la más perfecta armonía, cuando estaba claramente probado lo contrario?

¿Cómo es que sabedora de las propensiones de Edelmira á suicidarse, resulta haberlas ocultado al general Iriarte; no obstante que por el respeto y aprecio que le tenía la jóven, era la persona más á propósito para influir favorablemente en su ánimo, según resulta del informe de éste, de fojas 235, y que además habiendo expuesto en su declaración indagatoria que sus propensiones eran al suicidio por sumersión, no aparecía haberse buscado el cadáver en el pozo de la casa?

Además de estos cargos, se hacían los siguientes:

1.º Por el certificado del doctor Albarellos, que aleja toda idea de muerte por sumersión, presunción que arroja también el informe expedido por la junta de médicos.

2.º Porque el cadáver se encontró sobre una tosca, quando el río no había podido llegar hasta allí por estar bajo.

3.º Porque el cadáver se encontró en medias y sin camisa, siendo de suponer que si Edelmira se hubiera suicidado, esa pieza de ropa se hubiera hallado sobre ella.

4.º Que el cadáver ni siquiera podía haberse mojado, porque cuando Barbosa lo examinó en el cementerio, tenía el cabello suelto y seco, que de él se desprendieron unas hojas secas de flores y que en él estaba enredado un clavel blanco también seco.

Contra Barbosa la justicia hacía cargos no ménos sérios.

¿Cómo es que Barbosa en su declaración indagatoria ha dicho que las diligencias que hacía para buscar á Edelmira tenían lugar en la noche del 28 al 29, cuando de la declaración de D. Eduardo

Zimmermann resulta haberle dicho á éste que Edelmira se ahogó en la noche del 28, yendo á bañarse con su hermana Hortensia?

¿Cómo es que habiendo asegurado que Edelmira tenía la manía del suicidio por sumersión, no la buscó en el pozo de la casa?

El otro cargo resultaba del parte del comisario, quien aseguraba que recién el 29 á las 6 de la tarde le comunicó la noticia de haber desaparecido Edelmira, demora tanto más notable cuanto el general Iriarte instaba con empeño porque se pudiese en conocimiento de la autoridad la desaparición de su sobrina y porque aunque esto se hizo, se ocultó al comisario el nombre de la jóven, ocultación que parece contenía algún misterio, atento lo expuesto por Rafael Ravera y por Joaquín Rivadavia á fojas 26.

Ravera agregaba, que estando en una pieza al lado de la en que se hallaba Barbosa, en la quinta, éste decía á una mujer que no conoce: «no hablara con ninguna mujer, que no dijese á nadie nada y se callara la boca.»

Le hacía cargo también á Barbosa de que en su indagatoria, de fojas 109, ha dicho que Edelmira tenía propensiones por el suicidio y á fojas 116 añade que estando Edelmira una tarde en la última azotea de la casa acompañada de su prima Mercedes Iriarte, visiblemente preocupada con la contemplación de esta idea, el suicidio, y fijos los ojos en la tierra, le dijo: ¡qué buena altura para tirarse de aquí abajo y darse la muerte!

Pero Mercedes Iriarte declara que paseaban con Edelmira embromando con buen humor y que mirando al piso del callejón le dijo: ¡qué se haría uno si se cayese de aquí! y volvieron á sus paseos sin que se alterase el buen humor de antes.

Todos estos cargos y otros muchos no habían podido ser levantados por los acusados aunque para ello habían hecho visibles esfuerzos.

La causa seguía su marcha morosa habitual á nuestros tribunales, estando los dos encausados en la antigua Cárcel Pública, esperando el fallo definitivo.

Muchos empeños se habían puesto en juego por parientes é interesados para salvar á Dominga, pero se tocaba el inconveniente

que salvada ella se salvaba también Barbosa, sobre quien recaía el desprecio de toda la sociedad justamente indignada.

La desventurada Hortensia, con una abnegación sublime, era la primera en tomar parte en aquellos trabajos y ver á todas las personas de su relación interesándolas en su favor.

—¿Qué será de mí, gemía la pobre niña, si sobre todo lo que pesa sobre mí, se agrega el horror de ser la hija de una ajusticiada y la viuda de otro?

Las lágrimas de la jóven y sus súplicas conmovedoras, movieron á piedad á muchas personas de valor, que empezaron á trabajar con actividad y decisión por conseguir la libertad de Dominga.

Los mismos restos del Presidente Rivadavia estaban por llegar á Buenos Aires, y se invocaba esto mismo para incitar á los jueces al perdón, diciendo que no se debía arrojar el oprobio de una condena sobre el apellido del ilustre estadista que aquella desgraciada llevaba.

Entónces la justicia no era tan rígida como ahora, el país recién se estaba organizando y se hacían concesiones que no se harían hoy.

La misma Sociedad de Beneficencia, fundada por el eminente don Bernardino Rivadavia, se puso en campaña, y la cosa no fué ya tan difícil.

En Junio del año siguiente, la causa sustanciada aunque no con mucha prolijidad, pasó al agente fiscal para que diera su dictámen.

Ya se habían hechos grandes trabajos porque el dictámen fuese lo más suave posible, pues por el dictámen podía sacarse mucho de favorable.

El fiscal, después de estudiar la causa, encontraba que el crimen no estaba suficientemente probado y que podía sobreeserse en el sumario y hacer poner en libertad á los presos.

Estos nombraron defensor al Dr. D. Roque Perez, abogado de gran fama entónces y que gozaba de mucho prestigio.

El Dr. Perez tomó á su cargo la defensa de Dominga y Barbosa, un año después de su prisión y después de haberse expedido el fiscal.

Aquella defensa fué un supremo esfuerzo del talento de aquel abogado, en la que demostraba la inocencia de sus defendidos, y pedía para ellos la libertad, después de sobreseída la causa como lo indicaba el fiscal.

Todos los cargos hechos tanto á Dominga como á Barbosa, habían sido largamente estudiados por el Dr. Roque Perez y destruidos con una argumentación lucidísima aunque floja en los hechos á aducir.

Según Perez, allí no había asesinato sino un simple suicidio: la declaración del mulatillo Joaquín arrancada á la fuerza y todos los otros cargos refutados con una habilidad y buen acopio de objeciones y argumentos.

La opinión del fiscal era traída á colación á cada momento y tachadas de falta de formalidad é impericia manifiesta las indagaciones policiales.

Esta defensa verdaderamente brillante y digna de mejor causa, dió alguna esperanza á los que batallaban por la libertad de los presos, á cuya cabeza andaba siempre la infatigable Hortensia.

La pobre niña, en la esperanza de ver libre á la madre después de un año de prisión, se mostraba contenta y feliz, considerando aquello un beneficio marcado del cielo.

¿Qué sería de ella si fusilaran á su marido y á su madre?

La pena y la vergüenza concluirían seguramente con la poca vida que le quedaba.

Por fin se expidió el tribunal como nadie lo esperaba, mandando poner en libertad á los encausados y sotreseer en la causa: habían permanecido en la cárcel cerca de dos años.

Nadie estuvo conforme con aquella sentencia, pues el crimen estaba en la conciencia de todos; pero ella fué cumplida al pié de la letra, aunque el cielo reservaba á los criminales el fallo terrible de su justicia ineludible.



Justicia de Dios.

Dominga y Barbosa una vez en libertad, se trasladaron á la quinta del teatro del crimen, que fué el presidio que les impuso la sociedad.

De allí no salían para nada, tratando de ocultarse á las miradas de desprecio de cuantos ojos se fijaban en ellos.

Ellos mismos tenían que hacerse los servicios más íntimos del hogar, pues la quinta inspiraba horror á la gente del pueblo, no encontrándose una sola persona que se atreviera á aceptar una colocación en su casa.

La víctima expiatoria era la desgraciada Hortensia, que seguía pasando una existencia miserable y desesperada, pero soportaba en silencio y sin dejarla traslucir de nadie.

Así pasaron muchos años, sin que nadie se acercara á aquel hogar maldito ni se atrevieran muchos á pasar por la esquina.

Después de diez años recién Dominga se atrevió á salir á la calle, pero nadie la conocía entónces: estaba vieja, demacrada y con una expresión de semblante que aterraba verdaderamente.

Dominga Rivadavia murió hace muy poco tiempo, víctima de una enfermedad terrible que la hizo sufrir inmensamente en los últimos años de su vida.

Hortensia vivía por milagro: una tisis lenta había devorado su físico, amenazando concluir con ella de un momento á otro.

Muerta la amante, Barbosa creyó recuperar la esposa que nun-

ca había poseído, pero se encontró con un cadáver, que le soltó una carcajada estridente y fría á su primer palabra cariñosa.

Lo sombra de Edelmira estaba entre los dos.

Hortensia fué consumiéndose poco á poco, hasta que expiró al fin en medio de una agonía plácida y tranquila.

Solo sobrevive Barbosa, á cuyo poder pasó toda la fortuna de Dominga.

Pero solo, y aislado en la cárcel de su quinta, siendo señalado por un movimiento de horror de cuantos lo conocen.

Pronto comparecerá también ante la justicia de Dios.

FIN.

I N D I C E

PAGINA

Los dos hogares	5
El amor idólatra	25
El amor del Facundo	27
Cómo empieza y cómo acaba	45
El agente de Rosas	51
Los desertores	61
La fuga	75
La evasión	83
Un desengaño	107
La madre maldida	123
El principio de un odio	131
El verdugo	143
Crueldades sobre crueldades	157
La resolución del crimen	169
Provocación de muerte	181
El asesinato	193
Los testigos de la Providencia	205
Cargos terribles	221
Justicia de Dios	229